

Cuadernos de Ruedo ibérico

nº 1 · junio-julio 1965



- 2) Presentación **páginas 3-4**

- 3) La generación de Fraga y su destino, Juan Triguero [José María Moreno Galván]
páginas 5-16

- 15) Madrid: 25 notas sobre una agitada primavera, Juan Claridad [Eduardo García Rico] **páginas 49-62**

- 32) Julián Marías y el «liberalismo» o cómo se hace un diccionario de literatura, Francisco Fernández-Santos **páginas 63-69**

- 42) Asturias: minas, huelgas y comisiones obreras, Jordi Blanc [Manuel Castells]
páginas 70-74

- 49) Trabajadores españoles en el extranjero, Ángel Olmo [José Luis Leal]
páginas 75-79

- 55) Diálogo con el profesor Enrique Tierno Galván **páginas 80-87**

- 65) «Las ruinas de la muralla» (de Jesús Izcaray) o los escombros del naturalismo, Jorge Semprún **páginas 88-89**

- 69) Un nuevo filósofo marxista · Francisco Fernández-Santos **páginas 94-96**

- 74) Realismo y formalismo · Joan Roig [Francesc Vicens] **páginas 101-105**

- 79) ¿Dialogar? La anteúltima maniobra · Luis Ramírez **páginas 106-112**

Presentación Cuadernos de Ruedo ibérico

Una revista más, podrá decirse. Y se dirá, sin duda.

Cuando la hora de España –la histórica, es decir, la que está sonando al nivel de las estructuras reales– exige la unificación, o reunificación, de fuerzas, la convergencia de las empresas políticas y culturales, una revista más en el paisaje ya abigarrado, incluso atomizado, de la oposición Intelectual de dentro y de fuera.

¿No hay suficientes tribunas de expresión? ¿No podría el esfuerzo del equipo de Ruedo ibérico volcarse en el marco de algo ya existente?

La cuestión es que se trata de un esfuerzo radical; es decir, que se propone acometer las cosas en su raíz; es decir, comenzar desde la raíz. Esa fundamental radicalidad proyectada trae consigo sus exigencias específicas. En primer lugar, la de autonomía. Sólo se puede ser radical –hoy por hoy, y en el cuadro peculiar de nuestras circunstancias españolas; no se dé, por tanto, a esta afirmación, valor universal ni ahistórico– al margen de los esquemas preestablecidos, de los subjetivismos de grupo o de partido, de las tradiciones operantes, por su propia dinámica rutinaria. En segundo lugar, la del rigor. Es éste un postulado de toda empresa intelectual, bien es sabido. Pero también, bien poco cumplido. Rigor quiere decir, modestamente, en nuestro caso, atenerse a la realidad, para proyectar sobre ella los esquemas teóricos de su posible transformación, dentro de las normas metodológicas del pluralismo científico: polo opuesto de toda ortodoxia mineralizada, de todo pensamiento dogmático.

Autonomía y rigor son exigencias multívocas, que entrañan el contraste, acaso el choque, de opiniones. Pero no son, forzosamente, exigencias amorfas, de yuxtaposición ecléctica de lo blanco, lo gris y lo negro: de la cal y la arena. Ese contraste que nos proponemos se configura en torno a dos ejes maestros.

Por un lado, el que se ve constituido por el criterio de la práctica. Entiéndase aquí, dado el carácter de una empresa intelectual como la [4] nuestra, la práctica teórica, no la política, en su sentido funcional estricto. Lo cual implica una voluntad decidida de

ajuste progresivo –y de hecho inagotable– a la aprehensión de la realidad española y mundial.

Por otro lado, el eje de un común proyecto revolucionarlo global: el de la necesaria transformación socialista de la sociedad. Proyecto común que admite y presupone enfoques diversificados, contraste entre éstos, elaboración de convergencias dialécticas, siempre rebasadas por el proceso mismo de la historia. El pluralismo socialista es un hecho innegable, e incluso, en alguno de sus aspectos, aguda y dolorosamente antagónico. Se trata de darle un órgano de expresión y de elaboración que permita, dentro de los límites impuestos por la dispersión de fuerzas, ir superando sus aspectos negativos, en un libre y riguroso contraste de opiniones.

Radicalmente libre y radicalmente riguroso: nada más, pero nada menos.

José Martínez

Jorge Semprún

Juan Triguero [José María Moreno Galván]

La generación de Fraga y su destino

La verdad es que España ha cambiado bastante en estos célebres «25 años de paz». El desarrollo del capital monopolista, la estabilización, el desprestigio –casi oficial– del falangismo, la televisión, los cinco títulos europeos del Real Madrid, el Opus... todo ha contribuido a darle a nuestro país una fisonomía distinta. Cuando uno se toma una cerveza en la terraza de un café de Madrid o cuando se baña en una playa mediterránea, le cuesta imaginar que éste fue un país de curas fanáticos que mandaban matar para defender a la Santa Madre Iglesia, de santones tétricos y de beatos de misa y olla. La tradicional miseria de España subsiste, claro, pero está escondida, alejada de las zonas turísticas por una exultante brillantez de Seat 600, turistas suecas, Samuel Bronston y gambas al ajillo. Además, como alguien ha escrito aquí mismo, se exportan pobres y se importan ricos: se manda a nuestros obreros a sacar divisas para nuestro capitalismo a Alemania, Francia o Venezuela, y se fabrican hoteles para millonarios de esos que luego salen encantados de la tradicional cortesía española.

Hay que reconocerlo: no poco de esa brillantez se la debemos al actual gabinete ministerial. Por ejemplo, parece ser que en determinadas «boites» de la Costa Brava se ha llegado a tolerar el «strip-tease», pero, por el momento, para ser realizado sólo por extranjeras con el fin de no renunciar con tanta facilidad a la tradición honesta de nuestras mujeres, herederas de Isabel y de Teresa. Y dicen que en la noche inaugural, algún ibero reprimido por demasiados siglos de «valores del espíritu» no pudo contener su entusiasmo cuando vio desnudarse a una americana y gritó, perdidos los estribos: ¡Viva Fraga Iribarne! Claro está que se continúa siendo enemigo del concepto materialista de la historia, pero eso no impide que la economía que nuestro capitalismo proyecta esté decidida a sacrificar a ella todo el espíritu de España. Aquí se está dispuesto a venderlo todo al mejor postor: hombres, espíritus, obras de arte, costas, paisajes... aquí se venden hasta pueblos enteros y, dentro de muy poco, ese Calleja que escribe en el ABC incitará discretamente a nuestras mujeres a vender un poquitín de sus pudores –sólo un poquitín– a cambio de divisas turísticas. Sí, este país ha cambiado mucho. [6]

¡Quién la vio y lo ve! Hace no más de veinte años, España era aún un país romántico del siglo XIX. No le faltaba nada para ambientar aquel encanto: ni costra piojosa, ni guerrilleros en la sierra, ni persecución sanguinaria de liberales, ni hambre pedigüeña. Es claro que hace veinte años colaboraba a la ambientación general del país el clima de terror de la represión. Por eso, el actual ambiente «liberalizador» es algo así como una «desfranquización», pero con Franco. Como todas las reformas españolas de nuestro siglo, la reforma actual trata de cambiar los aspectos pero deja inmaculadas a las estructuras, porque hay que mantener los sagrados principios. Se liberalizan los manejos capitalistas, pero se siguen reprimiendo las ideologías; se sueltan suavemente las amarras de la moral sexual, pero se atan cada vez más las de la moral ciudadana. De esa manera, se pervierte, se involucra, se mistifica, y a vivir que son tres días.

Lo que, para el objetivo que este trabajo persigue, es más significativo de todo ello es que uno de los artífices de esa campaña de liberalización desmoralizadora es, nada menos, que Fraga Iribarne. Si hubiera sido un chulo aprovechado como Girón, o un arribista bajuno como Solís, o un tío de grandes tragaderas como Arburúa, el fenómeno parecería tener más lógica. ¡Pero Fraga! El universitario estudioso, intelectual, empollón y erudito Fraga parecía que iba a destinar sus varios talentos a menesteres más decorosos que al de celestina del desvirgamiento español.

Porque, además, Fraga perteneció a aquella generación de jóvenes universitarios españoles, serios, rigurosos, que entre los años «cuarenta» y los «cincuenta» prometían ser los futuros prohombres de la regeneración moral del país. Y, curiosamente, algunos de los hombres del «Equipo Fraga», como su cuñado Carlos Robles Piquer, fueron también apóstoles de aquella legión regeneradora que sentía al catolicismo como misión, a la «Hispanidad» como destino, y a la política como moral; que fundaban publicaciones ardorosas como *Alférez*, *La Hora*, y *Alcalá* y que habían hecho suya la sublime pamplina aquella de «mitad monjes y mitad soldados». Lo que pretendo hacer aquí es recordar las ilusiones de aquella gente para compararlas con las nuevas dedicaciones. Creo que vale la pena evocar lo que fueron y echarle una mirada a lo que son, porque algo del estilo de estos últimos veinticinco años se puede vislumbrar a través de esa rendija. Nada más que una rendija, eso es verdad, pues la verdadera realidad española es la de los treinta millones de hombres que sufrieron, trabajaron y lucharon en ese tiempo y no la de aquellos jovencitos que hoy son padres de familia, generalmente numerosa. Sin embargo, algo puede verse a través de ahí: el proceso de una desilusión, o el de una desintegración moral, o el de un escepticismo, o simplemente el de algunos encumbramientos a cambio de ciertas acomodaciones. He querido aquella introducción ambiental para trazar la escenografía de la España de [7] hoy, la España donde naufragaron las ilusiones de aquella generación iluminada. Lo que pretendo es evocar desde ahí a las ilusiones mismas con su escenografía correspondiente.

Hablo de una gente que hoy puede tener entre 38 y 43 años, con algunas excepciones por arriba o por abajo de los límites. Un conjunto de nombres, hoy muy heterogéneo, pero que entonces, con leves variantes, tenía mucha homogeneidad serviría para situarlos: el mismo Fraga Iribarne, José M^a Valverde, Miguel Sánchez-Mazas, Jaime Suárez, Alfonso Sastre, Rodrigo Fernández Carvajal, Carlos Robles Piquer, José Luis Rubio Cardón, Torcuato Fernández Miranda, José Manuel Caballero Bonald, Carlos Alonso del Real, Antonio Lago Carballo, Carlos Pascual de Lara, Jaime Ferrán, Carlos Edmundo de Ory, José María de Labra, Rafael Sánchez Ferlosio, Ramón Vázquez Molezún, Ignacio Aldecoa, Manolo Mampaso, Ismael Medina, Carlos Zalamás, Salvador Jiménez, Jaime Campmany, Miguel Angel Castiella... Empleo en su honor y para ellos las palabras «vocación», «destino» y «generación». Sobre todo, «generación»: esa gente la adoraba. La teoría orteguiana de las generaciones había puesto a su disposición uno de los más sugestivos ingredientes aglutinadores: «Nuestra generación», «el destino generacional de...», «nosotros, los hombres de la generación de postguerra», «lo que le pasa a nuestra generación es...», &c. La guerra civil había dejado flotando en el ambiente la mitología del héroe. Esos muchachos querían sentirse héroes de algo, y como no podían serlo de hazañas bélicas eran los héroes de... su generación. ¿Pero qué hacían, de dónde venían, a dónde iban?

Desgraciadamente, por mucha que fuese su coherencia ideológica, no se puede esquematizar una definición de todos ellos recurriendo a un solo arquetipo. Resumiendo mucho, podría señalar dos niveles, dos categorías determinadas no tanto por su procedencia social como por la altura de su dedicación intelectual. El primer nivel, el más alto, leía o colaboraba en *Alférez*; el segundo, leía o colaboraba en *La Hora* y luego en *Alcalá*.

Tracemos un retrato ideal, arquetípico, de un muchacho cualquiera correspondiente al primer nivel jerárquico, que podría servir, con ligeros retoques, para cualquiera de los colaboradores de *Alférez*. Es un muchacho de lentes, serio y grave, que ha llegado a la Universidad de Madrid procedente de una provincia española. Su padre es un discreto abogado, o un oscuro militar; tal vez sea propietario agrícola. En Madrid vive en un colegio mayor (Ah, los colegios mayores, crisoles de exigentes minorías). Su habitación, allí, es sencilla y luminosa; tiene una pequeña biblioteca, una reproducción de Van Gogh pegada a la pared, una cama sencilla y, sobre ella, una cruz de línea simplísima y austera. Sus libros –Ortega, José Antonio, Maritain, Unamuno– están todos en rústica y, sobre la mesa, hay algunos cuidadosamente anotados. Por la mañana, después de ducharse con agua fría, va a la Universidad o a «la biblioteca del Consejo» para preparar su doctorado. Por la [8] tarde pasea con su novia, una chica ni fea ni guapa, pero inteligente, católica sin gazmoñerías y algo deportiva. Él lleva debajo del brazo un tomo de *Literatura del siglo XX* y *Cristianismo*, ella lleva a León Bloy. Luego, irá a casa de Luis, o a casa de Dionisio, donde se encontrará con Pedro, con Leopoldo, con Luis Felipe... (Luis es Rosales, Pedro es Laín, Dionisio es –claro– Ridruejo, Leopoldo es Panero y Luis Felipe es Vivanco). Se hablará de poesía o de «España como problema» frente a la tesis «derechista» de «España sin problema». El domingo por la mañana es posible que asista a la misa de rito oriental de los benedictinos de San Bernardo. Allí se palpa la pureza del cristianismo primitivo cuando uno de los oficiantes transmite el abrazo de la buena nueva a uno de los fieles y éste se lo transmite a los demás. Es emocionante materializar así la *Comunión de los Santos*. La tarde estará reservada al diálogo intelectual o quizás a oír música gregoriana en el «picap» de algún amigo. Se hablará de don Antonio Machado, para el que se proyecta un número homenaje de *Cuadernos Hispanoamericanos*.

El segundo nivel ya era otra cosa. El arquetipo correspondiente al segundo nivel podría ser madrileño –es curioso– porque su intelectualismo estaría un poco rebajado por esa casi imperceptible salsa plebeya que la madrileñidad le otorga a sus hijos, aunque lo sean en primera generación. Pero si no lo es, entonces nuestro arquetipo tampoco reside en un colegio mayor sino en una pensión algo más económica. Tal vez dispone de una habitación, a trescientas pesetas mensuales, y va a comer «al comedor del

SEU». Los muchachos de ese nivel ya no leen tanto a Rilke y a Hölderlin primorosamente traducidos y adaptados a la minoría, pero en cambio citarán los textos más españoleadores de Unamuno; ya no tienen un acceso tan directo a los cenáculos de los maestros pero, si disponen de unas pesetillas, se tomarán un café con leche mientras hacen tertulia nocturna en el Café Gijón. Las distinciones podrían seguir hasta el infinito, pero no sé si tanta sutileza puede fatigar al lector. En fin, los muchachos del primer nivel no tratan de abolir nada sino que tratan de construir una España ideal; los del segundo, arremeten violentamente contra todo lo que es «decrépito». Los primeros son desdeñosos; los segundos, rebeldes consentidos. Los primeros aman a Heidegger; los segundos, atacan a don José María Pemán. Los primeros, son herméticos en cuanto a la explicitación de su ideología política; los segundos se llaman a sí mismos «de izquierda» porque son partidarios de la reforma agraria y enemigos de la monarquía.

Dejemos aparte niveles y jerarquías. Esa gente no hizo la guerra y, si la hizo, no se manchó las manos en su sangre. Casi todos ellos, no todos, se sienten ligados al bando vencedor por muchos lazos: por el de la catolicidad, por el de una ideología aristocráticamente falangista, por razones familiares, por todo; pero se sienten al mismo tiempo tenuemente desligados de la [9] chocarrera gritería de la victoria. Por dos razones fundamentales: porque le huele mal la sangre corrompida y por estética. Ellos son capaces de admirar la «gallardía juvenil» de José Antonio y, sobre todo, su «aristocrática exigencia de estilo» pero no les gusta Raimundo Fernández Cuesta, ni el fascismo descarado de Arriba ni el Sindicato de Hostelería y Similares. Ellos estaban para otra cosa. ¿Para qué estaban?

Lejos de la algarabía que formaban aquellos años los camaradas victoriosos, los estraperlistas enriquecidos y las grandes queridas infatuadas; lejos de los hambrientos que, con la media barra de su ración en el bolsillo esperaban aún aterrorizados la llegada de la guardia civil; lejos de ser delatores y de ser delatados ellos se preparaban «para la misión y para el mando». Eran universitarios serios que vivían para la universidad, por la universidad y de la universidad, como en un círculo virtuoso donde de lo que se trataba era de ser un buen universitario para poder hacer luego a buenos universitarios. «A la minoría siempre», decía su revista más significativa, *Alférez*. *Alférez*, es decir, hombre que llega a la edad de ser soldado sin dejar de ser un universitario. Allí, muchos de ellos purificaban su alma de la impureza general; allí se podía hablar de José Antonio sin demagogias, de religiosidad sin beaterías y de las grandes ideas abstractas: de «el Hombre», pero no de los hombres que pasaban hambre o que se enriquecían con el hambre de los demás; de España, pero no de las tierras acumuladas en latifundios ni de los braceros apaleados; de la Catolicidad, pero

no de los grandes beneficios que reportaba ser católico. Ellos tenían las manos rigurosamente limpias de todas aquellas suciedades, pero porque rigurosamente se las lavaban todos los días mientras contemplaban el espectáculo del país desde la ventana de su residencia universitaria.

Todo ese conjunto de jóvenes contaba, pues, con un arsenal de mitos muy sugestivos para dinamizar su vida: la catolicidad, el retorno al sentido cristiano de la vida, la revitalización del concepto de aristocracia, la Hispanidad, &c.

La catolicidad estaba ligada, más o menos orgánicamente, con el concepto de la universalidad, el cual se relacionaba a su vez —y no por una simple cuestión etimológica— con las ideas sobre la universidad. La revitalización del cristianismo estaba genialmente condicionada por la renovación de la liturgia. Esa gran familia, tan exigente con el estilo, se quedaba arrobada cuando veía un altar escueto de líneas severas. La hermandad cristiana empezaba a restablecerse, no por la distribución del trigo de los graneros de España sino por la distribución del Pan Litúrgico en la Misa. Casi todos ellos, en años más ardorosamente juveniles, se habían dejado inflamar por el fervor misionero de algún cura fanático y hasta, en algunas ocasiones, [10] habían asaltado centros protestantes en las capitales de sus provincias respectivas. Más tarde, su catolicismo se había remansado y ya era sólo cuestión de renovar los símbolos externos para que todo quedase rejuvenecido. Luego estaba la Hispanidad. Lo que en los años del Frente de Juventudes había sido chillar por Gibraltar, se convertía en esos años más maduros en un concepto serio sobre la hermandad de los pueblos hispánicos. Se fundaron así, por instigación del Instituto de Cultura Hispánica, los ACI (Asociación Cultural Iberoamericana) provinciales, donde todos esos chicos de buena familia cultivaban el patriotismo plurinacional de la Cultura. En el de Madrid, por cierto, tuvo Carlitos Robles Piquer una actividad muy destacada.

Ahora, Carlos Robles Piquer es una especie de pichafría fondón y rubio, grandón desangelado, que se atiene fiel y laboriosamente en su despacho del ministerio a los dictados del mando para planificar el envilecimiento dorado y turistizado de nuestro país. Pero en aquellos tiempos prolongaba aún candorosamente sus ardores juveniles en el despacho, más modesto, del ACI madrileño. Dicen que detrás de su asiento había un gran mapa donde se dibujaban las efigies cartográficas de cada una de las tierras que la pérfida Albión había sustraído a la heredad de los pueblos hispánicos: Gibraltar, Las Malvinas, Honduras británica, &c., con un cartel explicativo debajo: «Las tierras robadas». Un catecúmeno que ya en aquellos tiempos empezaba a dejarse ganar por

el escepticismo, cambió aviesamente un par de letras de forma que el letrado quedó así: «Las tiernas bobadas».

Este trabajo carecería de sentido si no se tratase en él del destino posterior de toda aquella generación: de la evolución de muchos de esos muchachos hacia compromisos morales y políticos, de la acomodación de algunos otros a la prebenda y a la regalía otorgadas desde el poder, de la simple adaptación al estilo cocacolizado y turistizante que ha adoptado el país o, en fin, de la llegada de algunos de ellos a la cima magistral para la que se preparaban. ¿Pero cómo referir esa trayectoria de manera conjunta y coherente?

Hay un año de la vida de nuestro país que fue decisivo para esa generación: 1956. Por una serie de circunstancias, en ese año se precipitaron todas las tomas de conciencia que se estaban fraguando y se dejó establecida, de una vez y para siempre, la zanja dialéctica que había de separar en el futuro a los que de verdad quisieron comprometerse moralmente con España y los que quisieron, por el contrario, comprometer a España en el juego de su carrera personal. En los dos o tres años inmediatamente anteriores, casi podría decirse que los hombres de la «catolicidad - hispánico - universalista» habían, casi, alcanzado sus últimos objetivos estratégicos. Para caracterizarlo con dos o tres datos significativos me referiré solamente a la llegada de Joaquín Ruiz Giménez al Ministerio de Educación y a la obtención subsiguiente de las rectorías de Madrid y Salamanca por Pedro Laín Entralgo y [11] Antonio Tovar, respectivamente. Esos hombres, y todo el grupo de intelectuales que les daba escolta amical, no eran exactamente de «la generación» sino algo mayores. Si los del 98 eran los maestros, ellos eran los jóvenes maestros. Ruiz Giménez encarna paladinamente el prototipo del universitario que se trataba de troquelar: maduro en su juventud, limpio de las impurezas de la represión, católico universal –pues era el gran preboste español de Pax Romana– y, además, catedrático de Salamanca. No le faltaban ni siquiera los símbolos exteriores que debían caracterizar a un universitario de esa especie. Tenía –y tiene– buena facha, aunque de tono un tanto aclerigado, posee afectuosidad sinceramente paternal y era padre de familia numerosa. Los católicos profesionales españoles –Ruiz Giménez, Martín Artajo, Blas Piñar– son de una productividad filial aterradora. Antimaltusianos sistemáticos, yo sospecho que practican el método Ogino pero al revés, como si trataran de repoblar al país con gérmenes católicos asegurados a todo riesgo contra las contaminaciones heterodoxas. Luego estaban los «jóvenes rectores» Laín y Tovar. Es cierto que ambos eran aún en aquella fecha falangistas y, en el caso de Tovar, rabiosamente fascista e hitleriano. Pero a don Pedro Laín lo salvaba el hecho de ser un hombre «en el buen sentido de la palabra, bueno» y también la gravedad elegante de su implícito liberalismo, o mejor,

de «su liberalidad», o mejor de su «comprensión de el Otro»; y a Tovar, la seriedad crítica de sus investigaciones lingüístico-filológicas. Finalmente, estaba «el grupo»: Ridruejo, Rosales, Panero, Vivanco, Aranguren, puntualmente reunidos en una cena de sábado en la noche, con señoras y con Vicky Eiroa, Lili Álvarez y Juana Mordó. Es curioso, pero los acontecimientos del 56 precipitaron también la toma de conciencia de esa generación de jóvenes maestros.

La España de esos nuevos ilustrados estaba reencontrando su propio pulso, porque las condiciones estratégicas ya estaban dadas. La cosa estaba clara: se trataba de realizar una «revolución desde arriba», desde la Universidad, desde «la minoría», desde la «aristocracia intelectual». La Universidad extendía sus tentáculos fuera de ella y nació así Tiempo Nuevo, círculo de inspiración bodrio-falangista, donde aquellos hombres se reunían con promociones más juveniles y, por más juveniles, con una conciencia del deber político más a flor de piel. La verdad es que, por aquellas fechas, casi todos aquellos hombres habían empezado a darse cuenta de la majadería mistificadora que, en el mejor de los casos, significaba el falangismo donde muchos de ellos habían sido embarcados. Pero se les agudizó la conciencia por la presión de la juventud. No es necesario referir aquí lo que fue el «Congreso universitario de escritores jóvenes», terminado como el rosario de la aurora cuando el poder se dio cuenta de la carga subversiva que comportaba; ni los «Encuentros entre la poesía y la Universidad», ni la significación política [12] que adquirieron algunas de las circunstancias del entierro de don José Ortega; ni, en fin, las dramáticas jornadas estudiantiles de febrero, donde hicieron su última aparición histórica los pistoleros falangistas intentando provocar mediante crímenes imputables al enemigo. Todo lo que determinó la caída del ministerio Ruiz Giménez fueron realidades que tomaron cuerpo en aquellos años y que se precipitaron en 1956.

¿Qué era lo que ocurría en realidad, qué fue lo que transformó a las realidades en acontecimientos? Ocurría que en los cenáculos mismos donde se formulaba la «revolución desde arriba» anidaba la verdadera revolución, la revolución desde abajo, incluso sin que de ello fuesen conscientes sus propios protagonistas. Los jóvenes más responsables de aquella generación, o habían tomado ya una primera conciencia de su deber político o sentían la quemazón subversiva que anunciaba su próximo alumbramiento. Y lo que es más importante, esa inquietud, eminentemente contagiosa, había pasado incluso al círculo de los maestros. La crisis del 56 no fue más que la explosión de una situación contradictoria entre dos maneras distintas de entender los problemas políticos. El poder fascista español, que si por esencia no tiene capacidad para objetivar los problemas, tiene al menos, como todos los poderes reaccionarios, la conciencia infusa de los peligros que entraña la inteligencia, acabó

con un manotazo digno de su estilo con aquella situación de complacencia y malentendido. Una vez más ejerció lo que le caracteriza desde sus primeros años, el «muera la inteligencia» sistemático que, en rigor, debería presidirlo emblemáticamente. Por cierto que, en aquella ocasión, Torcuato Fernández Miranda actuó muy diligentemente poniéndose del lado de la represión y negando a Ruiz Giménez.

Ahora bien, aquel zarpazo de la bestia franquista, si bien sumió a sus víctimas en un mar de perplejidades y los dejó indefensos y desorganizados, tuvo la virtud de clarificar todos los ambientes y todas las situaciones. Vale decir que aquello apresuró la elección ideológica más afín con cada uno de los protagonistas. La rebeldía infusa se convirtió en ideología. En lo que se refiere a los maestros, Ridruejo fue el primero. Con la generosidad que le es característica, su vago liberalismo de aquellos años se crispó en una agresiva virulencia antidictatorial hasta hacerle derivar en la ideología que ya le conocemos, mezcla de socialdemocracia y contemporización negociadora con la burguesía. Laín dimitió, sin decir nada, de sus últimos restos falangistas y se retiró a su condición de buena persona privada, preservando su intimidad y la de muy pocos «otros» en una torre de marfil incontaminada de demagogias, que suelen forzar algunas veces los portadores de un pliego con firmas. Luis Rosales, hombre inteligente y de buena fe, hace fracasar todas las hipótesis sobre determinantes ideológicas porque, si no fuera por él, se podría afirmar sin margen de error que aquellas dos cualidades no son compatibles [13] con la condición de monárquico. Luis Felipe Vivanco se retiró también a su timidez honesta de la que sale de vez en cuando para adoptar valerosas actitudes públicas de una gran honradez civil. Aranguren, más sagaz políticamente que todos ellos, descubrió los nuevos mitos de la juventud, y comprendió en el acto que los próximos años apuntaban a la política de verdad. Asumió por ello responsablemente el papel de incitador moral hacia la acción política que por su magisterio le correspondía. Pudo, como casi todos los demás, haberse desentendido confortablemente, pero aceptó el reto del tiempo, a pesar de las molestias que eso le acarreaba. Eso tenemos que agradecerle.

¿Pero qué fue de los jóvenes de la generación iluminada? Sería excesivamente prolijo referirse a todos y cada uno de ellos, pero vale la pena sobrevolar una brevísima nómina que pudiera servirnos para establecer los arquetipos. Algunos, cumplieron fielmente su destino de universitarios. Salieron de la Universidad como alumnos y volvieron a la Universidad como maestros. Pienso especialmente en José María Valverde, y en Rodrigo Fernández Carvajal. Valverde escribió puntualmente –es decir, cuando era una promesa– sus libros poéticos nimbados de un catolicismo existencial mesurado, y sus trabajos sobre los grandes hombres magistrales y sobre los cotidianos

maestros amigos: sobre Rilke, pero también sobre la obra de Pedro Laín; sobre don Antonio Machado, pero también sobre Luis Rosales. Ahora enseña estética en Barcelona con la misma medida y moderación con que le enseñaron sus maestros a encarar la estética de su vida. Pienso que éste, como tantos hombres de su cuño que no fueron afectados ni por la pasión política ni por el escepticismo, tiene, como la Iglesia Católica y como el ABC, la sabiduría de la continuidad. Si algún cambio se ha operado en ellos consiste en que antes fueron jóvenes maduros y ahora empiezan a ser maduros juveniles.

Pasión política y escepticismo: acaso los he contrapuesto de una manera demasiado rígida. Muchas veces, una pasión política puede engendrarse en un previo escepticismo. Tal vez ese fue el caso de Miguel Sánchez Mazas, cuando abandonó por convencimiento su ardorosa militancia católica y falangista. El escepticismo le llegó aparejado a una vocación entusiasta por el rigor científico, no exenta aún, sin embargo, de idealismo. Luego, acaso el mismo rigor de las disciplinas positivas lo condujo hasta el campo de la socialdemocracia y la pasión por el socialismo lo llevó al exilio. Excesivo.

Parece que, según los cánones, la vía ética y moral no es la mejor introducción para la vía política. Sobre este problema, doctores tiene la Santa Madre Iglesia, entre ellos Aranguren. Pero yo sé de gentes cuya pasión política no sería comprensible sin una previa pasión ética y moral. Por ejemplo, José Manuel Caballero Bonald y Alfonso Sastre. ¿Cómo sería comprensible la última poesía y la última novelística de Caballero Bonald sin una reacción [14] casi colérica contra la injusticia? ¿Cómo sería posible la determinación política –la que sea– de Alfonso Sastre sin lo mismo? Claro está que cuando una cosa determina la otra, eso quiere decir que la moralidad ha dejado de ser un problema personal para convertirse en un fenómeno civil. ¿Y qué otra cosa puede ser la política sino moral cívica? En ese sentido, la sensibilidad de Alfonso Sastre ha sido agudísima y paradigmática. Nadie como él en su generación ha tenido el sentido de la protesta, la conciencia de que ejercer siempre y sistemáticamente la protesta por la injusticia constituye un deber que hay que ejercitar a toda hora, a veces con riesgo, aceptando el riesgo sin arrogancias pero con firmeza.

La moral anquilosada en la persona es el gran refugio justificativo de los hombres de esa generación que no quisieron aceptar el compromiso moral de la verdadera política o que, peor aún, siguen ligados al compromiso inmoral con los poderes constituidos, sin darle a estos ningún motivo para que prescindan de sus servicios. «Lo que hay que hacer es trabajar, hacer honradamente la propia obra, en eso consiste el verdadero

compromiso político», dirían invariablemente Carlitos Areán, o Jaime Campmany, o Jaime Suárez, si, ahora, alguien les pidiera su adhesión para la protesta o simplemente para la propuesta de un cambio regenerador. Claro está que los poderes constituidos (es decir, no sólo el Estado sino las clases pudientes, la Iglesia, &c.) tienen siempre en cuenta esa fidelidad que los intelectuales complacientes les otorgan. Ellos, los intelectuales obedientes, continuarán negando que la determinante del espíritu sea «materialista», pero no se puede ocultar definitivamente esa sospechosa correspondencia entre la fuente de sus ingresos económicos y sus «ideologías» adaptadas, cuando no reprimidas. Carlitos Areán se dedica a escribir profundísimas mojígangas estéticas para no sé bien qué departamento del ramo en el ministerio de la turistización. Campmany, ahora corresponsal, es uno de los forjadores de esa literatura poéticofascista tan peculiar de Arriba. Jaime Suárez, en otro tiempo chico con inquietudes, ha acomodado su vida en el bufete de Serrano Súñer, uno de los más pingües abogados y uno de los grandes «ideólogos» de la OAS hispánica y del fascismo europeísta. Naturalmente, ese tipo de hombre se guardará muy mucho de declararse «franquista» porque, en determinados ambientes, el franquismo ya es inconfesable, pero son más o menos directamente beneficiarios de todo lo que el franquismo defiende y protege. No es que esos exmuchachos sean unos oportunistas sistemáticos; es que la oportunidad pasa por ellos como por todos los que, en el actual estado de cosas español, no han sentido nunca, como un imperativo moral, la necesidad de la desobediencia civil.

Hay otro tipo de oportunistas, pero esos ya son de una calaña más cínica. Si bien Gabrielito Elorriaga no pertenece estrictamente a esa generación de [15] la que hablo, pues es algo más joven, como en realidad ha vivido, muy cerca de ella podría ser aquí señalado como su prototipo. Gabrielito Elorriaga es un chico listo que tuvo sus veleidades marxistas oportunamente, es decir, en su temprana juventud, pero que tuvo que pagar por ello la cuota carcelaria que el franquismo reserva siempre a esas debilidades. Lo cual, para su carrera personal, ha sido una inoportunidad porque eso es lo que, probablemente, lo mantiene ahora fuera de una dirección general. Porque, así como los chicos del Opus son gentes que vendieron su alma a Dios a cambio de excelentes carreras personales, Elorriaga, que con toda seguridad no cree en Dios y que por tanto mal podría negociar con él, decidió venderle su persona a quien quisiera comprársela, con tal de que el comprador tuviese posibilidades de meterlo en la política del mangoneo, que es la que le gusta. Ahora trabaja en el gabinete de Fraga a cargo de cierta asesoría más o menos ideológica. Completa así, con tono aristocrático, la labor un tanto «popular» de los dos grandes ideólogos del régimen, que son los ilustres Angel Ruiz Ayúcar y Joaquín Pérez Madrigal.

Porque a eso, a la politiquería ejercida desde el poder, se le llama en esos círculos «hacer política», y algunos de los jóvenes a que me refiero se llaman a sí mismos «políticos». Es triste pensar que para poder condecorarse con ese nombre han tenido que aceptar sin discriminaciones todas las exigencias del poder, renunciando expresamente a todo posible brote de inquietud verdaderamente política. Los hombres como Fraga son «políticos» de la misma manera que son guardianes los eunucos en los harenes orientales, por una castración casi física del órgano que podría ser origen de una infidelidad. Fraga: ¡gran talento de tercera categoría! Desde su más tierna juventud, los hombres con un mínimo olfato ya le habían descubierto sus cualidades «ministrables». Cuando llegó a Madrid, era un joven rollizo –católicamente rollizo–, bien alimentado material y espiritualmente por esa imperceptible legión de tías solteras e hijas de María que se adivina siempre detrás de cada chico gordo estudioso y bien vestido; bien alimentado sobre todo por las vitaminas de la mantequilla galaica y por las calorías del amor al orden constituido y a San Luis Gonzaga. Tímido y laborioso, se puso a estudiar para ministro de todo en un Colegio Mayor y se puso a vencer su timidez con el cultivo de la arrogancia mussoliniana, en la época en que Mussolini era, por lo menos, respetado por aquellos jóvenes. Para sus compañeros siempre fue un poco cargante aquel tipo que se pasaba la vida estudiando y que, de vez en cuando, en las algaradas juveniles de los colegios mayores, asomaba por la puerta de su celda, su voz tonante –aunque un poco atiplada, eso es verdad– exigiendo el silencio necesario para la concentración intelectual. Pero como luego se llevaba todas las oposiciones con el número 1, se le empezó a respetar, porque en España el héroe de las [16] oposiciones sigue siendo muy respetable. Fraga es un gran estudioso y un gran trabajador por las mismas razones que ha resultado un gran político de la política que a su paisano le conviene ahora: por obediencia. Un hombre que tiene cegados los órganos de la rebelión puede llegar a líder franquista, como un hombre que tiene muerta la pasión sexual puede llegar a ser el Casto José. Ahora me figuro que ya no se mirará al espejo ensayando el gesto de Mussolini, porque una de las cosas que ha tenido que aceptar obedientemente para ponerse a tono con el nuevo estilo del país ha sido la campaña idiota del «sonría por favor». Pero aún le queda una manera de caminar forzosamente atlética, como la de los chicarrones de Far-West pero en gordo –traicionada por su fondonería precoz– y una voz forzosamente autoritaria –traicionada por el atiplamiento–, que le denuncian un pasado menos «liberal». Desde su puesto de hotelero mayor del reino, de aposentador de millonarias descocadas, y de jefe de publicidad y relaciones públicas de la última carnavalada franquista, Fraga tiene que sentirse complacido cuando el caudillo, su amo, le conceda su sonrisa bobalicona. No importa que él, al aguantar en el gobierno después del asesinato de Grimau, se hiciera cómplice de todos los crímenes. Su destino es la obediencia.

¿Qué podía haber sido una generación a la que se le enseñó desde que eran niños que Marx era el Anticristo, privada de la más elemental pedagogía política, reducida a la indigencia espiritual de Arias Salgado? Fue, en aquel tiempo, lo que tuvo que ser. Ya hizo bastante con haber adoptado el platonismo en vez de las doctrinas de «los cruzados de la fe» y del «Angel Exterminador» que le enseñaban los padres de la patria. Y hay que agradecerle a los que tomaron conciencia de su deber que lo hicieran en momentos en que la inteligencia estaba reducida aún a la clandestinidad. Ahora ya es otra cosa. Como el régimen ha elegido el camino del inmoralismo, ni siquiera le queda fuerza moral para ejercer devastadoramente su doctrina del «muera la inteligencia». Naturalmente, no ha autorizado el paso libre a la inteligencia; eso no lo hará nunca. Pero, por lo menos, deja pasar, y hace en cierta manera la vista gorda, con la esperanza de que el espíritu de don Santiago Bernabeu y de nuestra segundona «dolce vita» acaben emporqueciendo nuestras responsabilidades políticas. Sus esperanzas no carecen de fundamentos, pero en nosotros está el que no lleguen a hacerse realidades absolutas.

Juan Claridad [Eduardo García Rico]

Madrid: 25 notas sobre una agitada primavera

Pienso que la oposición española debería emprender un «aggiornamento» –por emplear la palabra de moda– de su lenguaje, aunque tal vez habría que plantearse previamente un «aggiornamento» en las actitudes y en las ideas, en correspondencia con la dinámica interna del país. Cuando se habla de la «lucha heroica» de los estudiantes se responde a una concepción romántica de la actual situación española, se trata de infundir una forma idealizada a una serie de complejos acontecimientos que requieren para su comprensión y racionalización un criterio analítico más sereno que el definido por el desmelenamiento oratorio, de tan rica tradición entre nosotros, o la fraseología seudorrevolucionaria. El ejemplo aludido, uno entre los mil que pueden extraerse de las declaraciones, manifiestos, notas informativas y llamamientos provenientes de cualquiera de los partidos o grupos de la amplia gama en que se despliega el antifranquismo 1965, nos invita, a los que día a día tocamos directamente nuestra realidad –y a los que concretamente hemos seguido de cerca el desarrollo de las recientes acciones estudiantiles– a considerar ineludible –si pretendemos asumir una política realista– la crítica de la diferencia entre las palabras y los hechos, entre los acontecimientos y las fórmulas a que habitualmente suelen reducirlos algunos. Contra la pereza retórica y el análisis rutinario sólo cabe un esfuerzo constante de desmixtificación, a partir de un propósito firme de ver nuestra circunstancia tal como

verdaderamente es, con toda su complejidad, sus formas nuevas, su ritmo cambiante, sin desechar ninguno de sus condicionamientos por mínima que parezca su importancia.

Pero no constituye nuestra intención de ahora formular una metodología, ni mucho menos programar dogmáticamente el deshielo de los criterios en vigor, sino más sencillamente apuntar un problema y de paso justificar la actitud que preside las notas que siguen, que pueden parecer redactadas con excesiva frialdad; es que creemos que la coyuntura española reclama de nuestra parte un enfoque menos febril y apasionado que el característico de los análisis políticos habituales.

1. ¿Es cierto que existen en el seno del gobierno profundas diferencias? Los técnicos de los distintos ministerios aseguran que los ministros no se entienden entre sí, que cada uno hace su política independientemente de los demás y por consiguiente se producen con bastante frecuencia enfrentamientos y contradicciones graves. El «enfant terrible» del equipo, López Bravo, se ha jactado más de una vez de su autonomía y no suele [50] ahorrarse críticas demoledoras sobre la labor de sus compañeros. No hace mucho, Muñoz Grandes –el «delfín»– y Camilo Alonso Vega creaban, con su disparidad de criterios acerca de algo tan importante para el régimen como es la Dirección General de Seguridad, un gran desconcierto entre los jefes de la Brigada Político-Social, en el momento en que la represión contra los estudiantes alcanzaba su punto culminante. Alonso Vega defendía la candidatura de un «duro», un militar de su línea, para el cargo de Director General. De la noche a la mañana –se dice– Muñoz Grandes resolvió la cuestión en favor de otro militar, proveniente del Estado Mayor, un «intelectual» del ejército con el natural disgusto del exdirector de la guardia civil.

El estatuto de los acatólicos sigue archivado en el despacho de Carrero Blanco. Un hombre que goza de la confianza de Franco, Esteban Bilbao, declaraba hace meses a los periodistas de Madrid: «Si la Iglesia quiere suicidarse que lo haga; pero nosotros no la ayudaremos». Mientras tanto, don Fernando María Castiella, presionado por sus embajadores, se deshace en explicaciones ante los representantes de las diversas iglesias no católicas y difunde por todos los medios posibles la infinidad de apologías de la libertad religiosa que logran salvar la censura de Fraga, una barrera en la que los «integristas» se escudan todavía. Pero Fraga –ha redactado, como todo el mundo sabe, el discurso de fin de año del caudillo, apareciendo– a través de una campaña desarrollada con mucha habilidad en los periódicos europeos de mayor prestigio – como el gran campeón del llamado neofranquismo. Y al mismo tiempo establece

íntima amistad con el jefe en Madrid de los goldwateristas, y condecora a generales, y organiza una amplia campaña en favor de Tchombé —a la que Ullastres no ha sido ajeno— con el pretexto sentimental, efficacísimo, del salvamento de unas monjas españolas. Y frena desde el sedicente «Departamento de Consulta» —discreto eufemismo que disfraza la censura pura y simple —las audacias del «Gallito» de primera página de Pueblo. Y alienta en secreto, según se dice, a los «ultras» de Qué pasa, El Cruzado Español y Juan Pérez. El comisario López Rodó se atrinchera en una revista, Desarrollo —que aspira a la condición de diario— para defender su plan, cubiertas sus espaldas por la oligarquía (en la composición del Consejo de Administración de esta empresa figuran miembros del Opus y de la Falange de derecha). Los falangistas que se dicen de izquierda y los partidarios de Solís ponen un buen día en circulación el bulo de su fuga con los fondos (?) del Plan de Desarrollo. Durante una semana se verá obligado a mostrarse en público y posar para los fotógrafos de prensa. ¿Y el plan? Como es sólo un plan indicativo nadie podrá demandarle nada a su autor, por más que la curva del desarrollo real descienda cuando la del Plan remonta a las alturas, y al revés. Por su lado, Solís cree ver aproximarse velozmente su caída: los precios suben y los salarios están congelados. Solís sabe que la responsabilidad de la inexistencia de una dialéctica normal empresa-trabajador corresponde a los que defienden a muerte a estructura esclerosada del sindicalismo vertical. Aunque los trabajadores no gritasen tan fuerte, su amigo Emilio Romero se lo hubiera dicho al oído. Pero la burocracia sindical, enriquecida y ligada estrechamente a la oligarquía, con muchos privilegios que defender, le impediría todo movimiento renovador si la vieja guardia de la Falange — Raimundo, Pilar, en el lenguaje familiar de los más fanáticos— aflojara la presión. No hay posibilidad de revisionismo. Romero Gorría, este hombre gris relegado a un oscuro segundo término por [51] la mayor labia de los demás, anuncia medidas espectaculares para evitar que la carrera de los precios se derrumbe sobre el bolsillo de los trabajadores. Pero la política de rentas del señor Navarro Rubio no parece marchar en el mismo sentido.

Tal es el gobierno que preside un caudillo senil que sofoca sus nostalgias guerreras dedicado a la caza en los latifundios de Andalucía, en la Babia feliz que continúa la tradición de los antiguos reyes leoneses. Tal es el gobierno que han minado con su presencia en la calle los estudiantes de Madrid. ¿Cuánto durará? ¿Tiene reservas la oligarquía?

2. Mientras que una acción obrera, mucho más eficaz y decisiva en una perspectiva larga, se halla siempre sometida a una enérgica reacción puesto que la oligarquía se siente en peligro, una acción estudiantil, aunque menos trascendente, se desarrolla en un clima social de mayor benignidad y puede incluso lograr la complicidad, o al menos

la neutralidad, de amplios sectores de las capas social y económicamente dirigentes, poco satisfechas de algunos de los matices de las estructuras políticas en vigor. Como consecuencia, cunde la desmoralización o el desconcierto entre los instalados en los puestos de responsabilidad afectados por los acontecimientos, pues no encuentran en su base social el apoyo que necesitan para adoptar actitudes sólidas.

En esta particularidad reside, a mi modo de ver, la razón de la acelerada extensión del movimiento estudiantil y de la impotencia del gobierno para establecer los diques indispensables para su contención, sin que por ello debamos descontar el paciente trabajo político de los distintos grupos opositores a través de muchos años de esfuerzos parciales, ni las repercusiones positivas logradas por las acciones obreras últimas, si queremos establecer una valoración objetiva de lo realizado.

Porque, en efecto, hay que retornar a una época anterior, al menos a la definida por las huelgas de la primavera del sesenta y dos, y aún más atrás, si se pretende alcanzar una visión totalizadora de los acontecimientos. No es nuevo el malestar que se siente en las Universidades; data de hace varios lustros. Tal vez habría que volver a 1956 para conseguir una explicación cabal del fenómeno, y fijar en 1958 –como lo han hecho en una declaración conjunta acerca del historial del proceso los estudiantes de Madrid– la primera conquista sería en orden al aumento de representatividad del SEU, al llegar esta última «a nivel de centro» después de una fuerte presión estudiantil. A la vista del peligro que se cernía sobre sus estructuras, los dirigentes de entonces, presididos por Ortí Bordás, se reunieron en Cuenca, en Consejo Nacional, para dar un nuevo sentido a la reestructuración decretada al comenzar el curso de 1961 de un modo muy insatisfactorio. Pero los integristas de la Falange hicieron imposibles los intentos de democratización allí nacidos.

A partir de este momento, el SEU empieza a sufrir una crisis de desintegración que lo irá despedazando sin remedio. Facultades y escuelas especiales anuncian abiertamente su desgajamiento, operación automática cuando se resuelve no reconocer la autoridad de las jerarquías designadas desde arriba. En Barcelona y en Madrid se van sumando a la rebeldía una y otra facultad. En Bilbao, la de Económicas decide su propia autonomía. En Madrid es también la de Económicas la Facultad que arranca en este sentido. El anterior jefe [52] nacional, quizá, se ha comprendido sobrepasado por la situación y ha regresado a sus enchufes menores, y la entrada de Regalado en la jefatura reviste gran espectacularidad. Su primera resolución consiste en desviar el planteamiento de la problemática universitaria de sus cauces reales, para situarlo, en jugada política que sin duda se pretende hábil, en la zona de las posibles

diferencias entre estudiantes y profesores. Su caída se produce de modo fulminante. Ortí Bordás, raro ejemplar de dirigente falangista, caracterizado por un masoquismo político sin precedentes, se instala, una vez más, en el punto más golpeado por la ofensiva estudiantil. El nuevo jefe recurrirá a toda clase de marrullerías para conducir a puerto un barco a la deriva: tenderá trampas, se servirá del chantaje, utilizará la represión cultural o económica según los casos. Pero ya no se le dará tregua; las Facultades se mantendrán firmes en su autonomía, establecerán entre sí vínculos estrechos, saldrán a la calle unidas y por último coordinarán formalmente el movimiento y vitalizarán un instrumento de lucha de poderosa efectividad: las Asambleas Libres. Y se elegirá, cuando desaparezcan todas las plataformas de un posible diálogo, la acción en la calle.

La anécdota de la agitación estudiantil en la primavera de 1965 ha sido ya difundida muy matizadamente a través de diversas publicaciones y por tanto no reiteraremos un relato de sobra conocido. Trazaremos, sin embargo, un esquema de sus principales capítulos para fijar el contexto en que debemos insertar las reacciones, los cambios de rumbo personales o de grupo, las radicalizaciones individuales en el plano de la oposición, los desconciertos e inquietudes en las esferas dirigentes; y en definitiva, los avances impresos al ritmo evolutivo que experimenta el Régimen.

26 y 29 de enero, y 12 de febrero. Marcha sobre Madrid de los metalúrgicos del «cinturón», manifestaciones de los obreros ferroviarios y de la construcción, reprimidas con extraordinaria dureza. Muchos detenidos y despedidos.

18 de febrero. Manifestación estudiantil ante el Rectorado para protestar contra la suspensión de un ciclo de conferencias anunciado bajo el lema «Hacia una verdadera paz, hoy».

19 de febrero. Conferencia del canónigo señor González Ruiz, en el salón de actos de la Facultad de Ciencias. El sacerdote granadino declara: «En el marco de la más pura teología cristiana debemos luchar honradamente contra toda forma de alienación religiosa junto con los marxistas». Le aplauden 2000 universitarios.

20 de febrero. Suspensión definitiva del ciclo de conferencias. Se constituye la Asamblea Libre de Estudiantes. Es la cuarta edición de este eficaz instrumento de

representación y de lucha creado en 1956 y vigorizado en 1962 para sumarse a las acciones obreras de abril y mayo.

22 de febrero. El rector, Gutiérrez Ríos, atemorizado por el signo adquirido por los acontecimientos pide la intervención de la policía. Millares de estudiantes convocados en la Facultad de Ciencias para continuar las sesiones de la Asamblea, son dispersados por los agentes, sin respeto alguno para el fuero universitario.

24 de febrero. «Primera asamblea de profesores y estudiantes». Desde la «mesa» se solicita la presencia de los catedráticos. Sin vacilar, se ofrece a los universitarios el latinista García Calvo, que se hallaba entre los reunidos. [53] Se resuelve demandar el apoyo de José Luis Aranguren, que accede a prestarlo. Se unen después los profesores Montero Díaz y García de Vercher. Aranguren pide a los asambleístas que marchen pacíficamente y en silencio, para presentar ante el Rectorado un documento en que se reclama la creación de un Sindicato autónomo, la amnistía total para los estudiantes represaliados, la libertad de expresión y de asociación, la reforma de la Universidad, la solidaridad con los trabajadores en sus acciones en favor de un Sindicato libre y el cese del clasismo que preside el acceso a los centros de enseñanza superior. La manifestación, al frente de la cual figuran los profesores citados, es cortada por la policía a mitad de camino. Aranguren ruega a los participantes que se sienten en el suelo mientras él gestiona la autorización para seguir. Sin previo aviso y a toque de clarín, comienzan a funcionar las mangueras de los coches-cisterna. Después hay una violenta carga policiaca; son detenidos los catedráticos y veinticinco estudiantes. Se registra un herido grave: Luis Tomás Poveda Sánchez. Por reflejar en su periódico objetivamente lo sucedido se le retirará el carnet de periodista al corresponsal de Le Monde, J.-A. Nováis, contra el cual desatarán una virulenta campaña los órganos del Ministerio de Información.

25 de febrero. La «Asamblea Libre» reunida en la Facultad de Letras declara la huelga general, y pide ser reconocida oficialmente como organismo estudiantil representativo. Ofrecen su adhesión los profesores Tierno Galván –que ha llegado de Salamanca, donde enseña Derecho Político– y Aguilar Navarro, quien declara: «Este será un combate penoso, puesto que se trata de un largo proceso de liberación».

26 de febrero. Se anuncian drásticas sanciones contra todos los profesores adheridos al movimiento estudiantil. Se cierra la Facultad de Filosofía. Los universitarios se reúnen en «Asamblea libre» en la Facultad de Medicina.

28 de febrero. Clausura de la Facultad de Medicina. Doscientos profesores acuerdan aprobar por unanimidad la acción emprendida por los estudiantes.

1 de marzo. Nueva «Asamblea» para preparar el «Día del Estudiante Libre». Se comunica la adhesión al movimiento universitario del exministro Ruiz Jiménez.

2 de marzo. «Día del Estudiante Libre». Manifestación en la plaza del Callao, ante la dirección de la Asociación de la Prensa, para protestar por la falsedad, de las informaciones publicadas acerca del acontecimiento. Espectacular destrucción de periódicos en este lugar, uno de los más concurridos de Madrid. Una hora después, impresionante manifestación en torno a la Cibeles, con participación de más de cinco mil estudiantes. Dura represión. Se reciben noticias de Barcelona: casi todas las Facultades siguen la línea marcada por Madrid. En Valencia, «Primera Asamblea Libre» y adhesión a la de la capital. En Sevilla 1500 universitarios son dispersados por la Policía Armada. En Salamanca se tributa una emocionante despedida al profesor Tierno Galván y se organiza una manifestación. Los alumnos del «Estudio General de Navarra», universidad opusdeísta, recorren las calles de Pamplona gritando «slogans» anti-SEU, y asaltan el periódico El Pensamiento Navarro. En Oviedo es detenido y expulsado del país un estudiante cubano matriculado en la Escuela de Comercio.

3 de marzo. El SEU, en una nota facilitada a la prensa, anuncia su voluntad de modificar sus propias estructuras. Esteban Bilbao da cuenta de que las [54] Cortes preparan una nueva ley de reforma universitaria.

4 de marzo. Herrero Tejedor se reúne en Villacastín con representantes del movimiento estudiantil.

6 de marzo. El SEU celebra una asamblea en el Valle de los Caídos. Por su lado los estudiantes madrileños exigen la dimisión del rector, Gutiérrez Ríos.

22 de marzo. Manifestaciones, protestas, declaraciones... Todo el mes político ha sido configurado por la acción estudiantil, desarrollada a escala nacional. El gobierno, en escuetas y ambiguas notas, se ha mostrado poco dispuesto a ceder. Herrero Tejedor es prácticamente desautorizado, por haber aceptado la propuesta de creación de un sindicato, único, obligatorio, democrático y autónomo. En Barcelona se han reunido delegados de Bilbao, Madrid, Oviedo, Salamanca, Valencia... Se acuerda la redacción de un anteproyecto para la constitución de un sindicato estructurado en secciones profesionales, independiente y representativo. Asimismo, se dispone la ruptura del diálogo oficial u oficioso con los hombres del Régimen mientras no queden en suspenso las sanciones impuestas como represalia.

7 de abril. Nueva manifestación –obrera y estudiantil– ante la Delegación de Sindicatos. Los ministros Lora Tamayo y Solís Ruiz reciben el encargo de redactar un plan de reforma del SEU «de acuerdo con la legalidad y las organizaciones existentes». Se anuncia que este plan no será dado a conocer antes de tres meses. La decisión del gobierno encuentra en los medios universitarios una repulsa general.

3. ¿Qué significado ha revestido, al nivel de la lucha contra el Régimen la gran marca universitaria de 1965 ? En primer término conviene considerar el sentido y la forma que han asumido las acciones, elocuentemente definidos por los estudiantes en sus documentos, como expresión de decisiones libremente adoptadas en las sucesivas asambleas. El 6 de marzo, la «Cuarta Asamblea Libre» daba a conocer el resultado de sus diez primeras sesiones. Entre los puntos aprobados figuran los que suponen una toma de posición con respecto a los problemas generales de la lucha antifranquista: «Solidaridad con los trabajadores en sus justas reclamaciones sindicales». Proclamación por unanimidad «del carácter apolítico de la Asamblea». «La exposición de las reivindicaciones se hará por medios pacíficos». «Sindicato Libre» y «Libertad de expresión docente y discente en la Universidad».

El punto citado inicialmente expresa muy bien la moderación de la actitud universitaria. La solidaridad con la clase obrera se establece en el plano de las reclamaciones sindicales. De ahí que la influencia directa en el frente general de la oposición deba considerarse limitada, en una valoración objetiva. Algunos grupos se esforzaron, a lo largo del desarrollo de las distintas acciones, en politizar abiertamente algunos de los actos celebrados (por ejemplo, el de la Facultad de Medicina). No

solamente no alcanzaron ningún éxito sino que, incluso, pusieron en peligro la unidad estudiantil al suscitar recelos en los sectores menos radicalizados.

Las reivindicaciones formuladas poseen un carácter específico: son reivindicaciones estrictamente inscritas en el campo profesional. Cabe pensar que si las organizaciones universitarias situadas a la izquierda no estuvieran atravesando una aguda crisis original por sus problemas internos, se hubiera [55] conducido el proceso hacia un planteamiento más profundo y enérgico, del que no sólo resultaría beneficiada la oposición: el esfuerzo desplegado hubiera, de este modo, conseguido una mayor rentabilidad en el orden de las reivindicaciones profesionales formuladas.

Pero si frontalmente, al nivel de la oposición política, la acción estudiantil, aunque muy importante, no ha alcanzado la trascendencia deseada, en el cuadro, sometido a evolución, de las condiciones generales del país ha jugado un papel primordial, al constituir uno de los factores de mayor influencia en la progresiva desmoralización de la por algunos llamada «clase política» del Régimen, provocar la desconfianza de ciertas capas de la clase dominante en sus instituciones, suscitar una aceleración en la toma de conciencia de amplias zonas intelectuales, crear en todo el país un clima de desconcierto en extremo desfavorable para actuales formas de poder, y radicalizar las posiciones de los diversos grupos de la «oposición democrática». Anotemos, en una visión muy parcial, muy esquemática, algunas de las reacciones provocadas.

4. A la derecha, las organizaciones universitarias del tradicionalismo han contribuido, en medida no despreciable, al éxito de muchas de las acciones desarrolladas. Su ideología aún difícilmente un programa político socializante y una reivindicación dinástica poco acorde con la época; pero su propaganda y la actividad de sus grupos – sobre todo en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas– han sido bastante eficaces. Instalados en la oposición a pesar suyo, los tradicionalistas –y en especial sus organizaciones juveniles– han desplegado una intensa labor al servicio de la firmeza frente a la represión y en favor de las reivindicaciones planteadas en las Asambleas. Unidos al «Opus» tantas veces –basta pensar en la composición de la Redacción de periódicos como El Alcázar o La Actualidad Española– defienden un programa independiente y tratan por todos los medios de justificar su actualidad a pesar de la raíz de su doctrina.

Pero el Opus tampoco ha estado ausente en esta compleja coyuntura. Aparte de la filiación de Herrero Tejedor y de las manifestaciones de Pamplona –reducto de la Obra– en Madrid han intentado, con ejemplar paciencia, y a veces con mucha suerte, conducir el agua de la rebeldía hacia su molino. Los acontecimientos han representado una llamada de atención para muchos de sus miembros: el subsecretario de Comercio, Villar Palasi –uno de los colaboradores de Arias Salgado en el Ministerio de Información– ha abandonado voluntariamente su cargo para ganar, en no muy problemática oposición, la cátedra de Derecho Administrativo de la Universidad Central.

No obstante, una de las notas más destacadas de esta movida primavera nos la han proporcionado las reservas de la Falange, y concretamente la «Agrupación de Antiguos Miembros del Frente de Juventudes», que se reunió en Asamblea cuando el curso de las luchas estudiantiles llegaba a su punto culminante. En el acto fundamental, que tuvo lugar en los salones del Instituto de Previsión, su líder, Cantarero del Castillo, trazó las nuevas líneas programáticas: «Negamos –dijo– la lucha de clases en el sentido de que en el óptimo de nuestro sistema socioeconómico vendrá naturalmente superada. Pero entretanto tal sistema no se alcance –y no se nos oculta la lejanía actual de su posibilidad– entendemos que la lucha de clases está ahí y que de nada vale querer ocultárnosla». Y más adelante: «Estamos [56] asistiendo a una grave crisis de las instituciones, como consecuencia de una total inadecuación entre la realidad y las estructuras». Otro de los oradores, José Antonio Baonza, fue aún más radical al defender, «la plena realización de la libertad y la justicia entre los hombres, pero sin ensoñaciones mesiánicas de paraísos imposibles».

5. Dividida la Falange, sus mil reinos de taifas coinciden en asumir una actitud de descontento que, sin embargo, nunca llega a alcanzar una formulación precisa. Cuando en Gijón, a raíz de la manifestación minera de Mieres, de inusitada violencia, y de la radicalización del movimiento estudiantil, el gobernador de Asturias, Mateu de Ros – un «ultra» que no admite la más mínima disidencia– trata de convocar a los falangistas locales, junto con los máximos representantes de los oligarcas de la ciudad, para organizar una manifestación con motivo de la clausura de la asamblea de alféreces provisionales, los componentes del «Círculo José Antonio», a la vista de su papel de «compañeros de viaje» del capitalismo abandonan la reunión y escriben a la dirección de su grupo en Madrid, justificando su postura, y exigiendo dramáticamente la vigorización de los postulados fundacionales del falangismo. La manifestación se realizará finalmente, y Mateu de Ros hará un desesperado llamamiento a la unidad, presentando el acto como un ejemplo de la vitalidad de los «principios del 18 de julio». Pero cuando en La Coruña se repite el «número» con la presencia de Nieto Antúnez,

éste, de regreso en Madrid, convencerá al gobierno de la inutilidad de tal clase de demostraciones «porque he comprobado –confesaba a sus íntimos– que no tenemos a la juventud con nosotros, que allí sólo había hombres de cincuenta años».

6. El mismo descontento reina en la zona que se autotitula «pura», y que tiene su biblia en las Obras Completas de José Antonio Primo de Rivera. Ya están en curso las acciones estudiantiles cuando el grupo de «La Ballena Alegre», presidido por Ceferino Maestú, sedicente «sindicalista», llama a Emilio Romero para intervenir en uno de los coloquios que ofrece en el Café de Lyon, antiguo lugar de reunión de la tertulia de José Antonio.

Emilio Romero acaba de publicar su libro Cartas a un príncipe, en el que marca su desacuerdo con la Falange y formula su peculiar socialismo. En su intervención, Romero se enfrenta sin reservas a sus oyentes. Emplea un lenguaje desusado. Dice : «Vosotros los falangistas», y «el general Franco», y «nosotros los socialistas»... Les habla de la invalidez del sindicalismo vertical, de la imposibilidad de realizar la política joseantoniana. A Romero se le acoge con estupor, con desconcierto... Nadie reacciona. Nadie tiene nada que decir.

7. Emilio Romero ilustra muy bien la evolución que se registra en algunas esferas del régimen. No hace mucho, a finales del año pasado, en una agria polémica sostenida con el colaborador de Pueblo que firma «Felipe» –el turbio Felipe Mellizo– a propósito de un asunto muy oscuro referente a la construcción de viviendas en una céntrica zona de Madrid, el «ultra» del periódico Arriba, Antonio Izquierdo, aludiendo claramente a Emilio Romero, se sirvió de Unamuno como recurso polémico: si en tu camino encuentras un ladrón «llámale ladrón y sigue adelante». Pocos [57] días después, y como para disculparse, Romero reunía en torno suyo, en el flamante edificio de Pueblo, a todos los directores de los periódicos madrileños. Cerca de Romero se sentaba Rodrigo Royo, director de SP y uno de los «ultras» más calificados. Emilio Romero trató de razonar su posesión de un «Mercedes», su «dolce vita», ganada con el sudor de su pluma –venía a decir– su actuación pública y privada. Como Rodrigo Royo se «sobrepasara» en la afirmación de ciertas concepciones políticas, Romero le interrumpió para decirle muy suavemente: «Si yo estuviera en el poder, Rodrigo, a los hombres que piensan como tú los fusilaría». Royo, que no tiene pelos en la lengua, replicó rápido : «Si yo estuviera en el poder, Emilio, las cosas ocurrirían a la inversa».

8. Pero donde Emilio Romero se vio obligado a definirse enteramente fue en los Colegios Mayores. A medida que los acontecimientos universitarios se sucedían, Romero, aparte de enviar emisarios a las Facultades para seguir de cerca el fenómeno, iba tomando contacto con los sectores más conscientes de la Universidad madrileña. En una consecuente peregrinación de Colegio en Colegio, Romero fue exponiendo su «socialismo superador», su fe en una renovación dentro de los condicionamientos del Régimen. Todo marchó bien para él hasta que, en el Colegio Mayor Menéndez Pelayo, se analizó la postura de Pueblo en relación con lo que en la Universidad estaba sucediendo. Romero trató de justificarse con la censura y confesó su adhesión al movimiento estudiantil, lamentando que se desarrollase con mezclas «extrañas». Pero no se sintió con valor para aceptar el posible resultado de una votación a mano alzada entre los presentes, para enjuiciar la moralidad de su situación al frente del periódico.

Hay que anotar, sin embargo, que la aproximación de Emilio Romero a la izquierda es un intento real, no sé si sincero pero sí en apariencia limpio. Romero al que se le ha ofrecido la subdirección de ABC para cuando salga de Pueblo ha sostenido entrevistas con diversos dirigentes de la oposición, sin ocultar nunca sus temores, sus dificultades, su deseo de emprender otro camino.

9. Mientras Pueblo mantenía una postura indecisa, limitándose a reflejar escuetamente en sus páginas los comunicados de la agencia oficial, otros periódicos sostenían puntos de vista precisos sobre la situación creada en la Universidad. ABC, por ejemplo, se fue, desde el primer momento, por la vía del anatema, destacando tipográficamente una carta de la Asociación de Padres de Familia que condenaba lo sucedido y dando acogida, en sus páginas de «hueco» a artículos críticos o satíricos acerca de los acontecimientos. Ya siguió, sin embargo, un comportamiento muy diferente. En sus editoriales no ocultó la preocupación que le embargaba a la vista de los sucesos acaecidos. Subrayó el absurdo papel de un SEU reformador de sí mismo en la teoría desde hacía años y esclerosado en la práctica. Habló de «esta hora confusa» y al mismo tiempo que condenaba el desorden pedía una renovación real de las estructuras universitarias.

Arriba, periódico contradictorio dirigido por Sabino Alonso Fueyo, un hombre que se proclama castrista a gritos en los salones de la Embajada Cubana y apela a su condición de hijo de socialista para persuadir al auditorio de [58] su sinceridad, consagró todo un serial, en sus páginas editoriales, al análisis del fenómeno estudiantil, presentándolo como producto de una lenta labor de subversión, más que como resultado de un malestar cierto y justificado. Pero a medida que la ola de protesta cobraba mayor

ímpetu, fue modificando sus posiciones, para terminar, bajo la batuta de uno de los «izquierdistas» de la Falange –José María del Moral– defendiendo la necesidad perentoria de la institucionalización de la oposición. (Los artículos animados por Del Moral serían luego reproducidos por la mayor parte de los periódicos de la cadena del Movimiento.)

10. La prensa de la Iglesia es ahora la víctima propiciatoria de la censura. Los artículos que desarrollan temas religiosos gozan de la preferencia de los inquisidores de la «Consulta» del Ministerio de Información: los estudian a fondo, los releen sin prisa, les buscan todas sus posibles vueltas, para terminar mutilando lo que en los sectores integristas, que aún dominan las estructuras eclesíásticas españolas, se pueda entender como «progresismo» ; es decir, todo aquello que corresponda al rumbo adoptado por el Concilio. Signo, órgano de los Jóvenes de Acción Católica, constituye uno de los manjares predilectos de los Torquemadas de Jiménez Quílez y Robles Piquer, ávidos de prosa «progresista» y ligeros en el juego del lápiz rojo. El equipo de Signo, juvenil y combativo, carece sin embargo de la audacia de un Emilio Romero, que siempre que quiere se salta a la torera las normas establecidas y publica sin «visto bueno» lo que luego causará estupor al lector ingenuo. Conoce el truco y está bien respaldado: se le abrirá expediente en el Ministerio y acaso pagará una multa y Pueblo seguirá saliendo todos los días. Pero el equipo de Signo sabe que, de vulnerar las reglas, pone en el tablero la vida de la revista.

11. La actitud de la prensa eclesíástica oficial ha sido, pues, moderada, sin que ello dé pie para sospechar de su postura no manifiesta o expresada veladamente. Entre los publicistas católicos más jóvenes predominan los que tienden decididamente la mano a los enemigos de ayer, en nombre de un diálogo al nivel de la teoría y de la práctica. Ha habido jóvenes católicos entre los estudiantes más combativos. Jóvenes católicos hay, plenamente conscientes de su responsabilidad en la coyuntura histórica española, en el equipo de Cuadernos para el diálogo, que sostiene y anima Joaquín Ruiz Jiménez y cuyas páginas están abiertas al entendimiento y la comprensión, sobre posiciones católicas no sectarias.

Con pocos seguidores en su círculo íntimo, el profesor Aranguren sigue simbolizando, por su coraje y su valor en los más difíciles momentos, la corriente católica renovadora a nivel universitario. Ha dicho públicamente otro catedrático, que el seminario de Aranguren «es el único reducto donde se ha podido refugiar la dignidad humana en este país». Esta afirmación resulta exagerada: tales reductos se han multiplicado en los últimos tiempos. Pero es cierto que Aranguren ha alentado con eficacia, desde su

rincón universitario, las empresas más dignas, aunque también lo es que en torno suyo no ha cuajado una agrupación, orgánicamente constituida de alguna consideración, tal vez por no haberlo pretendido el profesor. Víctima de la represión, ha contado Aranguren, sin embargo, desde el primer momento, con millares de testimonios de adhesión, encarnándose así en él –lo mismo que en el [59] profesor Tierno Galván hombre con más amplia «base» –un sentimiento, muy general en la Universidad española, de franco desacuerdo con la conducta oficial.

Aranguren no ha ido a Los Molinos. Aranguren no es, tal vez, como apuntábamos, un hombre político: su concepto de la dignidad profesional y su conciencia de español lúcido han determinado su salida al escenario de la lucha contra el Régimen. A Los Molinos –cincuenta kilómetros al Norte de Madrid– han ido los jóvenes católicos más radicales, animados con tenacidad ejemplar por el veterano Jiménez Fernández, antiguo ministro de la CEDA, y por varios dirigentes de Acción Católica. Y en Los Molinos, al fundar la Unión Demócrata Cristiana, han formulado con mucha claridad lo que debe significar en España un movimiento católico que pretende representante del «humanismo cristiano y de la democracia económica, social y política». Por lo pronto, la Unión Demócrata Cristiana –nacida al calor de la batalla estudiantil de febrero– «rechaza toda colaboración con el actual Régimen español», a la vez que «propugna una amplia y leal apertura al diálogo y a la colaboración con todos los grupos y organizaciones políticas y sindicales democráticas que respeten sus principios».

12. Al esfuerzo de la Iglesia por revisar el criterio reaccionario que ha presidido su conducta pública desde, por lo menos, el siglo pasado contribuyen muchos de sus hombres «de base». Mientras Herrera Oria, al dejarse abrazar por el caudillo, consagra definitivamente su solidaridad con las supervivencias de una guerra civil a cuyo estallido él tanto había aportado, el cura de Ajurias, don Alberto Gabicagogeascoa, defiende desde el púlpito a un grupo de nacionalistas vascos maltratados por la guardia civil y la policía política. «Son muchos los cobardes –grita el padre Alberto– y sin embargo los cristianos tenemos la obligación de manifestar nuestra opinión en defensa de la justicia y luchar por ella en la medida de nuestras posibilidades, aún cuando ello nos acarree complicaciones». Si las jerarquías íntimamente comprometidas con el Régimen callan, el padre Alberto tiene suficiente voz para gritar: «En las comisarías de policía del país vasco se tortura con frecuencia en estos últimos años. Esto no es lícito; es contra todo derecho; es contrario a los derechos del hombre». Naturalmente, el cura de Ajurias será sometido a proceso, lo mismo que el catalán padre Dalmáu, cuya comparecencia ante el tribunal coincide con el flujo de la marea estudiantil. Es el 13 de febrero y el padre Dalmáu deberá responder, junto con otros intelectuales catalanes, a varios cargos de naturaleza política. «Para llevar el

Evangelio al pueblo debemos tomar parte en su vida». El padre Dalmáu se mantiene firme ante el juez. Firmes se mantienen también, frente a los «grises», cerca de cien sacerdotes que han venido a acompañarlo y que ahora entonan, mientras la acusación se formula jurídicamente, una «Salve» impresionante, en los locales del tribunal de «orden público».

13. Estudiantes y obreros han contado con la colaboración de los intelectuales más conscientes, expresada en un documento dirigido a Fraga Iribarne en el cual se solicitan, en ponderados términos, las reivindicaciones democráticas más elementales. Tras las de mayor prestigio en el ámbito de la inteligencia española, figuran otras mil firmas de funcionarios, empleados, [60] clérigos y obreros, que infunden al escrito un carácter eminentemente representativo. Ciertamente es que algún líder político –de la que podríamos denominar «oposición de derecha», aunque reniegue de esta filiación– se ha manifestado contrario al documento, a pesar de haberlo firmado. (Cualquiera que milite activamente en el antifranquismo se figurará enseguida de que líder se trata.) Ciertamente es también, que los documentos dirigidos a Fraga terminan sin pena ni gloria en los archivos del Ministerio (no es precisamente un secreto la sordera del ministro a la voz intelectual), después de haber sido químicamente analizados en los laboratorios particulares de Jiménez Quílez (en estos análisis es muy docto el escritor Alfonso Albalá, lo mismo que el pseudoensayista pseudopolítico y antiguo pseudomarxista, Gabriel Elorriaga, jefe del «Departamento de Anticomunismo» del Ministerio de Información) para descubrir las «contaminaciones» comunistas. Y después, asimismo, de haber confeccionado listas, dentro del mejor estilo maccarthista, con destino a los organismos oficiales, para denunciar a los «malos».

14. Debatiéndose entre sus mil contradicciones, el ministro Fraga juega su papel «liberalizador» con enorme dificultad. El periodista vallisoletano Arean es juzgado y condenado por un ingenuo artículo en el que ha vertido conceptos que el ejército considera injuriosos. Pero el ministro Fraga es «el hombre de los generales», por muy «liberalizada» que presente su cara al auditorio. Es el mismo fascista duro, con nostalgias mussolinianas, de su tiempo de estudiante, discípulo de Carl Smith; aunque ahora ha cambiado de añoranzas. Según confidencias de los más cercanos a su despacho, sueña con un régimen burgués estabilizado, semejante al mejicano. Sueña con la presidencia de esta república hipotética, para cuya construcción ideal, Elorriaga, su «teórico», le ha facilitado los materiales. Y Fraga, el ambicioso, necesita a su lado a los «duros», a los africanistas de la guerra civil. Por eso, Arean es juzgado y condenado ante la impasibilidad cómplice del Ministerio de Información. Los periodistas españoles –los profesionales con menos independencia y peor tratados del mundo– parecen identificarse con su ministro en tal complicidad. Sólo un tímido y estéril documento en

favor de Arean buscará inútilmente las firmas de los redactores de los diarios de Madrid. Algo parecido sucederá semanas más tarde, cuando la ira de «Manolo» se vuelque sobre Nováis, corresponsal de Le Monde en España, culpable del nefando pecado de contar la verdad.

15. Esta fría y agitada primavera tiene la virtud de resucitar a los muertos. José María Gil Robles, mudo durante treinta años, sepultado en el anonimato de su fructífero bufete, es el Lázaro que obedece al «Levántate y anda» de la Universidad y el «cinturón» obrero de Madrid. Se levanta, anda... y no va demasiado lejos. Ni sus arterias físicas, ni las políticas, le permiten caminar mucho, pero le autorizan a llegar por lo menos a la «catacumba» de los «europeístas» –en la gran vía madrileña reducto de los sedicentes «conservadores liberales»– curiosa y contradictoria ideología debe ser la suya –para rendir homenaje a la memoria de Winston Churchill, al lado de Satrústegui y Tierno Galván. Los asistentes al acto vivirán, no sin estupor, el choque de dos épocas, de dos mentalidades radicalmente diferentes, de dos ideologías que en otras condiciones se excluirían. Gil Robles habla. Es el orador florido, parlamentario a la medida de los [61] años treinta, de latiguillo fácil y recursos sentimentales. A su intervención se asoma el nombre de Churchill, naturalmente, pero el personaje central de la oración es otro que no se nombra. Un viejo amigo de Gil Robles. Aquel general que él instaló en el Ministerio de la Guerra hace treinta años para que dirigiera la represión de Asturias. ¡Cómo pasa el tiempo! Su ataque es duro, acerado, implacable. Gil Robles jura –qué lejos está ya su pasado político– sostener firmemente una actitud de repulsa total al amigo de entonces, al entonces «salvador». Pero tenemos la sensación de que son sólo palabras, palabras... ¿Dónde está su «base»? ¿Quién colocaría el futuro de España en sus manos? En contraste, Tierno es escueto, serio, hombre de verbo contenido: «Yo soy socialista». Gil Robles no se inmuta; cómo pasa el tiempo... Qué poder tiene esta fría y agitada primavera...

¿Se ha iniciado el deshielo político? ¿Será autorizada una oposición hecha a la medida?
¿Resistirán la presión que llega de abajo las actuales estructuras políticas?

Para llevar a cabo un análisis objetivo de la realidad española, hay que partir de unos hechos cuya presencia es tan palpable que constituiría un grave error desconocerlos o menospreciarlos. El capitalismo español está en período de transformación, se registra un desarrollo económico desigual, pero real, en un sentido que podríamos denominar «neocapitalista». La oposición está dividida; no hay por el momento posibilidad de plataforma común. Politizada en ciertas regiones –Asturias y Vizcaya, principalmente– y muy escasamente en otras, la clase obrera plantea reivindicaciones específicas y

desoye las consignas políticas que la inducen a llegar más allá; los trabajadores más conscientes y combativos reconocen esta dificultad. El régimen no la ignora. «A los comunistas los temimos en 1959 y en 1960. Ahora no tenemos preocupaciones» comentaba no hace mucho López Bravo entre sus amigos. No hace falta subrayar el carácter revestido por la lucha estudiantil. No cabe, pues, pensar, en un proceso revolucionario próximo. La presión obrera y universitaria, que se hará sin duda más fuerte en un futuro inmediato, ¿determinará una evolución de las actuales estructuras? ¿Puede permitírsela la oligarquía?

El entendimiento de la oposición, seguido de una comprensión realista de las condiciones objetivas que presenta hoy el país, deben de constituir nuestras metas inmediatas. Abandonemos el reino de los mitos, de las bellas palabrasseudorrevolucionarias, y entremos en el mundo real sin miedo, con la seguridad de que éste es el camino que más derechamente conduce a la revolución española.

Y pongamos también todas nuestras fuerzas al servicio de la exposición ante nuestro pueblo del panorama en que se encuentra inserto y adormecido tal como éste es, para hacerle cobrar conciencia de que la historia tiene que continuar su marcha y él, el pueblo, debe de impulsarla.

Hace algún tiempo, el ministro Alonso Vega contó a los periodistas reunidos en su despacho una anécdota que vamos a transcribir, de acuerdo con la versión que nos han facilitado. «Charlando un día con el embajador americano –decía don Camilo– él me reprochaba lo que calificaba de falta de democracia en España. (Risas entre los periodistas más serviles.) Y entonces yo le puse el siguiente ejemplo: los pueblos son como los perros. Hay perros [62] pequineses que los puedes tener en el regazo, jugar con ellos, porque no molestan, no ensucian, y perros callejeros de los que hay que guardarse, porque muerden. Esta es quizá la diferencia entre el suyo y el mío.»

Nos parece obvio todo comentario.

Francisco Fernández-Santos

Julián Marías y el «liberalismo» o cómo se hace un diccionario de literatura

Hacia 1960 ó 1961, hacía Julián Marías en su artículo «El ensayo en España» (recogido en su libro *Los españoles*, Revista de Occidente, 1963), una serie de consideraciones interesantes sobre la suerte del ensayo español después de la guerra civil. Tras afirmar que para la opinión crítica común los dos géneros principales en la España de la posguerra son la poesía y la novela, propendiéndose a «olvidar o desatender el ensayo, que aparece resueltamente en segundo plano y con imagen borrosa», Marías replicaba que en su opinión «el ensayo es, de veinte años a esta parte, el género cultivado con más dedicación, calidad y acierto en nuestro país» y que «si dentro de cincuenta años se hace el balance de la producción total de ese periodo, se verá con sorpresa que en él han aparecido unas cuantas docenas de libros excelentes, que –al menos en su conjunto, e individualmente sólo de manera precaria– no constan. ¿A qué se debe esto?, se pregunta Marías. La culpa es, según él, de los críticos y de las publicaciones periódicas. Al contrario que la novela o la poesía, el ensayo «atrae ojos inquisitivos y con frecuencia inquisitoriales. El crítico siente una fuerte tentación: no enterarse, no ser en ningún sentido "cómplice" de aquellos decires que afirman o niegan algo, que pretenden decir "verdad" –no simplemente belleza, pasión o interés dramático. La consecuencia natural es el silencio o sus aproximaciones.» Según nuestro autor, esos libros de ensayos «silenciados» «prueban que hay en España... vida intelectual. Lo que falta –y esto explica que esa vida sea relativamente desconocida o esté soterrada– es "convivencia" intelectual.» (Las cursivas son mías. F.-S.). En consecuencia, «hay que volver a hacer pública la vida intelectual»: que los escritores se reconozcan y se lean unos a otros, que se acaben las discriminaciones y los silencios. Y Marías concluye, con palabras que merecen toda clase de beneplácitos y loas: «¿No será la hora de desechar todo temor servil e instaurar el reinado de la generosidad, la veracidad, la libertad?»

No es cuestión de discutir aquí si Marías tiene razón en cuanto al «olvido» en que los críticos han tenido a la producción ensayística española de 1940 a 1960. Me parece que exagera mucho en cuanto al valor de esa producción y un poco en cuanto al silenciamiento. (Dicho sea entre paréntesis, el género más afectado por la dictadura político-intelectual franquista tenía que ser necesariamente el ensayo.) Marías, con ligeros tonos de vanidad y despecho, hace un verdadero alegato pro domo: ¿no es él uno de los más destacados ensayistas, por lo menos en cuanto a producción, del periodo considerado? Pero dejemos al margen esta cuestión: lo que aquí debemos

retener es la indudable nobleza de intenciones, el claro «temple liberal», con que Marías enfoca el tema de la vida intelectual española, en particular del ensayo, en la posguerra: nada de discriminaciones, nada de silenciamientos; «generosidad, veracidad, libertad» –palabras que deberían grabarse en el frontispicio del Templo de la Inteligencia, como diría un humanista clásico.

Retengamos pues cuidadosamente estas nobles afirmaciones liberales y pasemos a otra música –me temo, mucho menos liberal. A fines de 1964 aparece en Madrid la tercera edición, «corregida y aumentada» del Diccionario de literatura española, editado por la Revista de Occidente y dirigido por Germán Bleiberg y... Julián Marías. Bleiberg se encarga especialmente de la literatura de creación. Marías, de literatura ideológica o conceptual, es decir, del ensayo, la filosofía, la sociología, la crítica cultural... las «ciencias humanas» en general. La edición anterior data de 1953; han pasado once años y en esos años han surgido nuevos ensayistas (y poetas y novelistas), se han editado muchos libros de jóvenes intelectuales –la quinta generación española de este siglo–, han penetrado en el pensamiento español, a veces con gran empuje, nuevas corrientes europeas y mundiales (como el marxismo, el neopositivismo y el existencialismo sartriano); en fin, se ha diversificado y enriquecido [64] considerablemente la cultura española –aunque siga siendo, comparada con la europea, bastante pobretona y provinciana, diga lo que diga, pro domo suo, Julián Marías. Bien. Ha habido, decimos, novedades en la producción ensayística española, durante el último decenio. Un instrumento neutro y objetivo como debe ser un diccionario no dejará de registrarlas, piensa el lector de buena fe. Con mayor razón si el director de la publicación es Julián Marías, especie de Quijote «generoso, veraz y libre», que ha roto más de una lanza en favor del ensayo español contra quienes pretendían mantenerlo cautivo, oculto o silenciado. Tranquilizado por tamaña garantía, el lector de buena fe, que, supongamos, se interesa por los nuevos valores del ensayismo español, abre el bonito diccionario de la Revista de Occidente y busca el artículo «Ensayistas españoles actuales». Helo aquí, página 254. Aunque no lleva firma, el lector piensa que el artículo ha sido redactado por Marías mismo, o al menos bajo su dirección y supervisión. Bien, pero que muy bien. Leamos. Nombres, muchos nombres. Aparentemente, todos. ¿Todos? Veamos. Desde 1953 han aparecido muchos libros de nuevos ensayistas. Por ejemplo... ¿Cómo? ¿No está Enrique Tierno Galván, conocidísimo profesor y ensayista? Sin duda se trata de una errata de imprenta. ¿Cómo podía desconocer Julián Marías a un colega suyo, casi de su generación, que cuenta ya con una producción ensayística importante en volumen y calidad? De todos modos, es raro... {1}

Pero sigamos adelante. ¿Posteriores a 1953? Ramón Xirau y Marichal en el extranjero, José María Castellet en España. Nombres importantes sin duda: el diccionario de Julián Marías no los silencia. ¿Y los más jóvenes? «Entre los ensayistas más jóvenes hay que citar a Javier Muguerza, que se interesa por la filosofía, y a José Ramón Marra-López, que ha cultivado el cuento y empieza a destacarse como crítico literario... Puede citarse entre los ensayistas a Marino Gómez Santos; destacan entre sus libros sus conversaciones con Pío Baroja y la historia y crónica del Café Gijón de Madrid». ¿Esto es todo? Esto es todo. Entonces, el lector de buena fe, un poco desconcertado, piensa que el nuevo ensayo español es muy pobre, casi inexistente. ¿Todo se reduce a alguien que «se interesa por la filosofía, —y de quien yo no sé que haya publicado un libro o, al menos, ensayos importantes—, a un crítico literario autor, éste sí, de un libro importante sobre la novela española en el exilio —y a un periodista que ha escrito un libro de conversaciones con Pío Baroja y... la historia del Café Gijón? ¡Flojo panorama del joven ensayo español! Y es en ese momento cuando el lector de buena fe empieza a dudar de la «generosidad, la veracidad y la libertad» del director de la publicación, señor Julián Marías. Hace sus cuentas, consulta a los amigos, relee el artículo, apunta las omisiones y he aquí el resultado a que llega.

De los tres ensayistas jóvenes citados, el único que merece tal nombre —aunque sea sobre todo crítico literario— y el único realmente conocido como tal es Marra-López. Veamos ahora algunos ensayistas omitidos, casi todos ellos autores de uno, dos o más libros: Alberto Gil Novales, G. Ferraté, Sergio Vilar, Raúl Morodo, Elías Díaz, José Luis Abellán, Xavier Rubert de Ventós, Luis Rodríguez Aranda, Antonio Jutglar, Juan Goytisolo (que no es sólo novelista), Enrique Ruiz García, E. Pinilla de las Heras, Manuel Sacristán Luzón (profesor de la Universidad de Barcelona), Ignacio Sotelo, José Aumente Baena, Ramón Tamames, Francisco Fernández-Santos; J. A. Valente y J. Gil de Biedma (ensayistas además de poetas); Ignacio Fernández de Castro, Manuel Tuñón de Lara, Alfonso Sastre (no sólo dramaturgo), Luis Martín Santos (que, además de novelista, ha escrito ensayos importantes), Juan Fuster (que, además de escribir en catalán, ha publicado bastantes libros en español), Vicente Aguilera Cerni, M. Sánchez Mazas, Eloy Terrón... Tate, tate, demasiadas omisiones para que sean todas «erratas de imprenta». El lector de buena fe se resiste todavía: ¿es posible que un ilustre liberal como Julián Marías, digno defensor del ensayo de su generación contra los que, según él, lo han silenciado en favor de otros géneros, silencie ahora a tantos ensayistas nuevos...? ¿Es el Marías del artículo de Los españoles el mismo que dirige y redacta el diccionario de la [65] Revista de Occidente? ¿Cómo explicar tan flagrante contradicción?

Remontemos el hilo del tiempo, a ver si llegamos al ovillo de la cuestión. ¿Cómo? ¿Tampoco está Luis Araquistain? Inexplicable omisión, porque el escritor socialista vasco era conocidísimo y había publicado decenas de libros, la mayoría de contextura y estilo típicamente ensayísticos. ¿No será que...? El lector tiene una súbita sospecha: recuerda que Araquistain, escritor de tendencia marxista aunque moderada, publicó allá por el año 1934, en su revista *Leviatán*, unos artículos de crítica radical, muy dura, contra Ortega y su ideología aristocraticista, crítica que después ha repetido, muy suavizada, en su libro *El pensamiento español contemporáneo*, de 1962. ¿Será éste el ovillo o uno de los ovillos, a que nos conduce el hilo de las exclusiones? Así se explicaría la omisión de bastantes de los ensayistas anteriormente citados –desde Tierno Galván y Tuñón de Lara hasta Aumente, F. Fernández-Santos, Juan Goytisolo y Martín Santos–, que sostienen posiciones intelectuales más o menos radicalmente antiorteguianas o han criticado aspectos diversos del pensamiento del filósofo madrileño. Pero aún hay más: la mayoría de los ensayistas y escritores mencionados sostienen posiciones marxistas o influidas por el marxismo y, en todo caso, claramente socialistas; algunos son cristianos de tendencia crítica y revolucionaria. Ahora bien, para el señor Marías, todo lo que en el terreno del pensamiento huelga a marxismo o, simplemente, a socialismo, no es más que... «extremismo». Veamos sus propias palabras en otro artículo del citado libro *Los españoles*: «En estos últimos años, especialmente en los tres o cuatro más inmediatos a esta fecha, lo más valioso de la cultura española, la tradición de sesenta años de esplendor, esforzadamente sostenida y conservada en los últimos decenios, vuelve a encontrarse asediada por dos extremismos opuestos, que por motivos distintos tratan de anularla. Si se leen con atención los escritos de los tiempos más recientes, se advierte que para muchos esa tradición intelectual que va de la generación del 98 a la fecha actual es el enemigo que hay que destruir, negar, desprestigiar, minimizar. Se dice que todo eso es "impiedad" o que es "reaccionarismo"... Los ataques a Ortega son representativos; pero no hay que engañarse: no se trata sólo de Ortega.» (Las cursivas son mías). Luego insistiré en la deshonesto amalgama {2} y en el increíble tartufismo patentes en este párrafo, muestra y señal de la pobreza ideológica y del provincianismo en que aún vive parte de la intelligentsia española, incluso la que se cree más europea y liberal. Observemos simplemente por ahora que en estas palabras de Marías se cifran los dos criterios o claves principales para descalificar a los nuevos intelectuales españoles no ortodoxos –según la ortodoxia de Marías y de la *Revista de Occidente*: la crítica ideológica a Ortega (Marías dice «ataques») y el marxismo o corrientes afines (Marías dice, graciosamente, «extremismo»). El intelectual español que «peque» por cualquiera de estos lados, y más si peca por ambos, puede estar seguro: no entrará en el cielo «liberal» del *Diccionario de literatura*. Así haya escrito diez libros de ensayos.

Pero continuemos con el tema de las exclusiones. El lector curioso, que ha perdido ya toda fe en la «generosidad, veracidad», &c., del director del diccionario, observa ahora que en el artículo sobre los ensayistas y fuera de él no hay lugar para ningún escritor socialista, vivo o muerto. Veamos unos ejemplos: Jaime Vera, Tomás Meabe, Besteiro, Jiménez de Asúa, Fernando de los Ríos, Carmona Nenclares, A. Nin, Maurín, Ramos Oliveira... Y ya citamos antes el caso más curioso: el de Araquistain, culpable sin duda del «pecado mortal» de antiorteguismo. (No se diga que aquí suele tratarse de escritores políticos, porque el diccionario incluye a otros escritores puramente políticos como... J. A. Primo de Rivera y R. Ledesma Ramos.) [66]

¿Otras exclusiones? Carranque de Ríos, Joaquín Arderús, Manuel Andújar, Clemente Cimorra, María, Teresa León, Ricardo Bastid, José Ramón Arana, Jesús Izcaray, José Herrera Petere, Clemente Airó, V. Botella Pastor, Manuel Lamana, Julián Gorkín, Agustín Bartra, Eduardo Ortega y Gasset (¡también él!), Bosch Gimpera, Recanséns Siches, Nicolás Sánchez-Albornoz, Juan Rejano, Juan Andrade, Pablo de Azcárate... Escritores todos que ofrecen la particularidad de ser... exilados antifranquistas o bien hombres de... izquierda ("extremistas", quizá diría Marías). Señalemos de todos modos que la responsabilidad por las exclusiones recae aquí tanto en G. Bleiberg como en Marías: se trata frecuentemente de novelistas y poetas. Y son demasiados «olvidos», todos del mismo lado, para suponer que se trata de ignorancia (lo que ya sería de por sí grave en los redactores y directores de un diccionario) {3}.

Pero veamos todavía otras exclusiones. Artículo «Novelistas españoles actuales». ¿Están, entre los novelistas jóvenes, todos los que cuentan? Reconozcamos que el diccionario se muestra mucho más justo y ecuánime con la novela (y la poesía) que con el ensayo –lo que representa un vivo reproche a Marías, que, como hemos visto, se queja precisamente de ese trato de desfavor para con el ensayo, pero, ya se ve, sólo en lo que afecta a él mismo y a sus próximos. De todos modos, entre los novelistas jóvenes faltan nombres. ¿Cuáles? Por ejemplo, Francisco Candell, Daniel Sueiro, Juan Marsé, Alfonso Grosso, Antonio Ferrer y... Luis Martín Santos. Exclusiones significativas de novelistas que a veces cuentan con cuatro o cinco libros: todos se sitúan, si no me equivoco, a la izquierda. ¿Serán, como dice Marías, «extremistas» y, por tanto, no «diccionarios»? El caso de Martín Santos es el más grave y significativo de todos: su novela *Tiempo de silencio* es, en opinión general, posiblemente la más interesante, original e inteligente de toda la posguerra española –algunos críticos europeos la sitúan entre las obras de creación más importantes aparecidas en los últimos años en todo el mundo. Pero, he aquí el quid de la cuestión: Luis Martín Santos, además de ser «extremista» se permite en su novela ironizar sarcásticamente en torno a Ortega.

¡Doble pecado mortal! Sentencia: condenado a las tinieblas exteriores, a la inexistencia literaria. Aún después de muerto...

Otro botón –y ya más que suficiente para la muestra. Artículo «Hispanistas franceses». Más o menos están todos, salvo dos excepciones notorias: Pierre Vilar y Noël Salomon. Ambos –¡qué curioso!– de tendencia definidamente marxista. (Entre los hispanistas italianos, otra exclusión significativa: Dario Puccini, también «extremista».) {4}.

Enumeradas todas estas omisiones, más o menos importantes pero en conjunto gravísimas, añadamos que el diccionario de Marías y Bleiberg muestra una «generosidad» inagotable para con centenares de escritores secundarios o insignificantes, a menudo completamente desconocidos, cuya obra se reduce a algún que otro artículo o cuento publicado en revistas. Basta con que un escritor o escritorcillo no sea «extremista» ni antiorteguiano para que se le abran las puertas del diccionario de la R. de O. ¿Qué juicio merece este procedimiento discriminatorio? Imagínese que, en Italia, un crítico crociano escribiera un diccionario de literatura excluyendo a todos los pensadores marxistas o afines (Labriola, Turati, Gramsci, Argan, Della Volpe, Pacci, &c ...) y a todos los que han criticado a Croce desde la izquierda intelectual, calificara a unos y otros de «extremistas» ansiosos de destruir «lo más valioso de la cultura» italiana y, por último, tratara de amalgamarlos con los ideólogos fascistas como «dos extremismos opuestos» que «suelen parecerse demasiado» (todos los entrecomillados son de Marías). ¿Qué pasaría? Sencillamente, que el crítico en cuestión haría soberanamente el ridículo, [67] desataría un torbellino de carcajadas en toda la comunidad intelectual italiana. Imagínese el mismo caso en Alemania (con Heidegger y los antiheideggerianos) o en Francia (con Valery y sus adversarios). Resultado: el mismo. Pues bien, salvadas las considerables distancias –las que, en el primer caso, van de la rica tradición marxista italiana a la española, pobre, y de Croce a Ortega–, el caso de Julián Marías y de su grotesca querrela contra los «extremistas» y los anti-orteguianos de izquierda es perfectamente análogo. Y si, a pesar de todo, Marías no hace públicamente el ridículo en España –algo debe hacerlo–, eso se debe a que en nuestro bendito país apenas existe auténtica crítica intelectual, es decir, apenas existe cultura en el sentido orgánico y sociológico de la palabra. Existen, eso sí, grupitos, capillas, cabilas. ¿Convivencia intelectual? Poca, muy poca. En ello, la vida intelectual española no hace más que reflejar inexorablemente la atomización y el cabileñismo de la sociedad española, tras medio siglo pasado de dictadura franquista. Que Marías pueda acusar a quienes libremente critican, desde sus propias posiciones marxistas, neomarxistas, existencialistas, hegelianas o lo que sea, las ideas de Ortega, Unamuno y otros escritores del 98, que les acuse, digo, de querer destruir la tradición intelectual española, es un ejemplo escandaloso de ese cabileñismo intelectual o, más

exactamente aún, de una beatería y un provincianismo increíbles en quien hace profesión de europeidad y de europeísmo. Hace ya siete u ocho años, respondiendo a una especie de «denuncia» política de que Marías hacía objeto a Juan Goytisolo por el simple hecho de criticar las ideas estéticas de Ortega, quien firma estas líneas escribía en la revista Índice que, si Marías se empeñaba en seguir siendo «alumno» de Ortega, allá él; por su parte, los jóvenes preferían ser sus «discípulos». El alumno imita y repite al maestro. El discípulo asimila la aportación del maestro para pensar después por propia cuenta, para, si es necesario, «superarle» y negarle. «Mis discípulos –decía corajudamente Wagner– son los que me niegan.» Y Rubén Darío: «Lo primero, no imitar a nadie, menos a mí.» Todo verdadero magisterio es una invitación enérgica a trascenderlo. Noción elemental del mecanismo de una cultura que se desarrolla orgánicamente. Pero Marías, en su infantil beatería orteguiana, no parece dispuesto a aceptarla. De ahí su actitud, no ya «inquisitiva» sino «inquisitorial» frente a todo aquel que critique o «niegue» a Ortega, frecuentemente a partir de ideas y doctrinas aprendidas en los libros y las universidades de esa misma Europa tan cara a Marías. Nadie que sea intelectualmente responsable puede afirmar que considerar a Ortega como un pensador antidemocrático {5}, negar valor operatorio en historia a la teoría de las generaciones o rechazar lo mucho que hay de idealismo en el pensamiento de Ortega, equivalga a querer «destruir la tradición intelectual española».

Si Marías viviera intelectualmente en Europa, sometido a los modos de convivencia, a la riqueza y variedad de determinaciones de la cultura europea, no se le ocurriría despachar con el desdeñoso calificativo de «extremismo» a las diversas corrientes marxistas o conexas con el marxismo: sería un liberal (sin comillas) como Raymond Aron, Croce, Jaspers o Toynbee –salvadas las enormes distancias de talento. Pero, como no vive intelectualmente en Europa, sino en una de esas «cabilas», «reinos de Taifas» o, incluso, «mafias» tan abundantes en la vida intelectual y social de España, Marías es un... ««liberal»» con muchas comillas, por mucho que blasone de liberalismo y de europeísmo. (Porque no se es aquello de que se blasona, sino aquello que se hace.)

Después de todo esto, ¿a qué queda reducida la noble invitación a «instaurar el reinado de la generosidad, la veracidad y la libertad» que Marías hacía en 1960 ó 1961 a los intelectuales españoles? A puro tartufismo, a mera farsa.

Luego, que vengan Marías y otros «liberales» de la misma cepa acusando a los marxistas de emplear procedimientos discriminatorios y silenciadores respecto de quienes no piensan como ellos o piensan contra ellos. No seré yo quien niegue que tal

acusación puede hacerse con todo derecho, no al marxismo {6}, sino al comunismo stalinizado: los ejemplos son [68] múltiples y no sólo, por desgracia, del pasado. Nada hay más irritante y estúpido que las exclusiones dogmáticas y sectarias, y todavía tengo vivo el escozor que me produjo un caso reciente: el de una revista comunista francesa que, al trazar un panorama de la actual cultura española, excluía a numerosos escritores conocidos pero «no afectos» (entre ellos Marías), mientras reseñaba a otros mucho menos conocidos pero más cercanos a la ideología de la revista. (Añado, para mayor claridad, que quien firma esta nota no fue excluido, aunque lo hubiese preferido, porque sólo se está a gusto donde reina la verdad.) No y mil veces no: nada de discriminaciones ni silenciamientos, vengan de donde vengan, de la izquierda o de la derecha, de Démocratie nouvelle o de la Revista de Occidente. Criticar honestamente, no desconocer: he ahí la regla de toda convivencia intelectual. Guerra ideológica, sí, franca y noble, pero no guerrilla cabileña, no procedimientos «inquisitoriales», no stalinismo de izquierda o de derecha. Para superar el vacío de estos veinticinco años últimos, los intelectuales españoles pueden empezar por implantar entre ellos, en espera de que se establezca entre todos los españoles, una convivencia basada en la «generosidad, la veracidad, la libertad».

Julián Marías, cabileño de derecha, no parece haber aprendido aún los modos elementales de la convivencia intelectual. ¿Sería demasiada osadía pensar en darle una beca para que fuera a estudiarlos en la Sorbona, en Heidelberg o en Roma ? Pero quizá fuese dinero perdido...

Francisco Fernández-Santos

P.S. Después de escrita la nota anterior, leo en el nº 18 de Cuadernos para el diálogo un interesante artículo, «Los comisarios secretos» en el que Alfonso Sastre examina algunos aspectos particulares de ese «cabileñismo intelectual» a que me he referido y subraya la falta de auténtica crítica cultural en nuestro país. Entre otros ejemplos, Sastre cita el caso de la Historia de la Filosofía de Julián Marías, en la que, «sin deterioro del "prestigio" intelectual de su autor» se dedican exactamente diez líneas a exponer el pensamiento de... Marx, Engels y Lasalle, mientras Ortega vale... más de dieciocho páginas. La cosa no resulta demasiado sorprendente si se estima, como hay razones para estimar, que Marías y ciertos «liberales» españoles de su temple llevan cincuenta años de retraso respecto del pensamiento europeo moderno. Hace cincuenta, hace setenta años, en Alemania, Francia, Italia, prestigiosos historiadores liberales de la filosofía reservaban también en sus manuales o tratados un rinconcito insignificante al pensamiento dialéctico-materialista. (Véanse los casos que

circunstanciadamente expone Karl Korsch en su obra *Marxisme et philosophie*, ahora, por fin, traducida al francés.) Los historiadores liberales de esta segunda mitad del siglo, más avisados y alerta, difícilmente cometerán semejante pifia. Están sin duda más, mucho más, «a la altura de los tiempos» (Ortega) que el orteguiano Marías. Aunque sólo sea por temor a hacer el ridículo...

Y si Marías reserva tal tratamiento a Marx y Engels, ¿cómo extrañarse de que ignore olímpicamente a los marxistas o marxistizantes españoles?, ¿cómo extrañarse de que los fulmine con la inexistencia desde su puesto de mando del Diccionario de literatura o desde sus libros? Comisario general, nada secreto, de la verdad orteguiana, Marías ejerce sus poderes excluyentes con el mismo aplomo y fanatismo que los comisarios «jdanovistas» de triste memoria.

El artículo de Sastre viene pues a punto: es ya más que hora de combatir sin miramientos personales ni consideraciones de oportunidad a todos los «comisarios» culturales, secretos o no, de derecha o de izquierda. La cultura exige libertad y universalismo: terminen las discriminaciones, acaben los silenciamientos. El toque de atención de Sastre es saludable y merece aplauso. Un ligero reparo tengo, sin embargo, que hacer a su artículo: después de expresar su «radical repugnancia» por toda «presión burocrática sobre la cultura allí donde se produzca» en Oriente como en Occidente, añade Sastre que le interesa sobre todo lo que ocurre aquí, en Occidente, y que, respecto de los «modos viciosos» del mundo socialista, «los [69] combatiría – desde dentro– si, viviendo en aquél, [se] topara con ellos». Reserva y distinción, a mi juicio, poco felices. Porque ¿qué significa, para un intelectual, esa distinción entre Oriente y Occidente ?

Por lo pronto, no sé cierto que vivamos simplemente en Occidente; vivimos –además de en el mundo, claro es– en Europa. Y de Europa forma parte... el mundo socialista, Oriente. Por lo menos para mí, y sin duda también para Sastre. Lo que les ocurre a los intelectuales en Moscú, Varsovia o Belgrado nos ocurre también a todos nosotros, exactamente igual que lo que les ocurre a los intelectuales de París, Londres o Roma. La «presión burocrática» sobre la cultura en Moscú me hace a mí, intelectual español, tanto daño como la presión tecnocrática o censorial en París o la presión dictatorial en Madrid (sin perjuicio de que sea ésta la que, materialmente, me cree mayores inconvenientes). La cultura está suficientemente universalizada para que la presión anticultural en un lado repercuta más o menos inmediata y profundamente en todos los demás. ¿Qué daños incalculables no habrá causado el «jdanovismo» no ya sólo a la cultura soviética, sino también a la cultura de Occidente?

Por otra parte, no olvidemos que aquí, en el Oeste, además de las corrientes intelectuales liberales o reaccionarias, hay fuertes corrientes marxistas, de tendencia variada. Y, por desgracia, también entre los marxistas de Occidente se han cometido y aún se cometen atentados sectarios y discriminatorios contra la cultura, contra su integridad y su universalidad. En mi nota cito un ejemplo concreto: podría citar otros, sobre todo si me refiero al pasado, aún reciente, del stalinismo. No hagamos, pues, distinciones ni reservas: combatamos sin discriminaciones toda discriminación, todo sectarismo, todo «comisarismo» intelectual. Quien cree en los principios socialistas, debe tener presente que el internacionalismo de la crítica es corolario inexcusable del internacionalismo proletario. He aquí un ejemplo de conducta intelectual que los marxistas pueden dar, seguros de que no han de perder nada, sino al contrario. Estoy convencido de que esto es exactamente lo que piensa Sastre. Pero quizá lo poco feliz de su expresión, en este caso, ha podido crear cierta sombra de ambigüedad en lo que para él, creo, como para mí, está perfectamente claro.

F.-S.

{1} La «errata de imprenta» se corrige luego en ficha alfabética dedicada a Tierno. Pero firmada por Germán Bleiberg, que rectifica así la «errata» de Marías.

{2} Sin duda, para dar mayor consistencia a esta amalgama de los «dos extremismos opuestos» que «se parecen» el diccionario de la R. de O. excluye, además de a los ensayistas marxistas, marxistizantes o socialistas, a algunos, pocos, del otro «extremo», como el Padre Ramírez o Gonzalo Fernández de la Mora. Pero cabe preguntarse si ello no se debe, más que a sus posiciones integristas, a sus notorios ataques contra Ortega y Unamuno. Porque otros muchos escritores no menos integristas tienen cabida en el diccionario. En todo caso, ya se ve que éste cuida, aunque tímidamente, su respetabilidad «liberal», centrista.

{3} En su libro *Los españoles* (p. 215), Marías afirma, en tono quejoso, que los escritores españoles del interior se ocupan más de los del exilio que éstos de aquéllos. Y esto lo escribía años después de salir la segunda edición del Diccionario en que ya se excluía a decenas de escritores exilados. Curiosa ley del embudo.

{4} Hay otras muchas omisiones que un examen más atento pondría al descubierto. Algunas parecen deberse a puro y simple descuido, por muy garrafal que sea. Por ejemplo, en el artículo «Literatura mexicana actual» se olvidan tres nombres fundamentales: Juan Rulfo, Carlos Fuentes y Juan José Arreola, que son en opinión general los tres más importantes narradores mexicanos vivos y se cuentan entre los más altos valores de la literatura hispánica en general.

{5} Como acaba de demostrar cumplidamente José Luis Abellán, uno de los ensayistas jóvenes no «dicionariables», en el número 32 del Boletín Informativo del Seminario de Derecho Político de Salamanca, que dirige otro semi-«excluído», el profesor Tierno Galván.

{6} Un marxista auténtico hace exactamente como Marx: criticar a sus adversarios ideológicos, no desconocerlos o despreciarlos.

Jordi Blanc [Manuel Castells]

Asturias: minas, huelgas y comisiones obreras

(Transcripción de una charla de café)

Es un joven minero. Hablamos de Asturias, de la mina, de las huelgas.

En Pumarabule hubo huelga hace poco. En la segunda semana de abril. {1. Bien entendido, se trata de abril de 1965.} A un picador le trasladaron de puesto. Le tocó una capa dura. Hasta entonces, trabajaba en una blanda. Le pagan lo mismo. Es decir, menos: por el mismo trabajo extrae menos carbón y cobra menos prima. Protesta. Despedido. Al día siguiente, todo el pozo va a la huelga. Se pide la reintegración del compañero. El gobernador y el delegado provincial de Sindicatos intervienen rápidamente. El obrero es readmitido. La huelga sólo ha durado dos días. Mateu de Ros, el gobernador-gángster, puede respirar aliviado.

—En Asturias, cualquier protesta puede ser «la chispa». Y Asturias puede ser «la chispa de España»...

Esta vez no lo fue. Todavía no.

—En el 62, las huelgas fueron económicas. Pero ya desde agosto de ese año, en el Turón se hizo una huelga por motivos políticos: petición de sindicatos independientes. Desterraron a casi todos los dirigentes. En 1963, Turón no fue a la huelga. [71]

—¿Y los desterrados? ¿Han vuelto?

—Todos. En el verano del 62, fue esa una de las principales reivindicaciones de la huelga. Hubo sitios en que no entraron al trabajo hasta ver a todos los desterrados en su casa.

—¿Se han ganado las huelgas ?

—Se han conseguido muchas cosas. No te diré que si en el 62 ganabas 30 ahora ganas 100, pero 50 sí que los ganas. Primas de tonelaje, tanto al metro de «avance», problema de los silicosos. En La Camocha, uno del exterior gana sus 4000 pesetas al mes. Y un picador de fondo se saca bien las 12000. Por 7 horas de trabajo al día más 2 de camino al puesto (ahora se pide que estas 2 horas se paguen también). Claro que para esto los de La Camocha tuvieron que ir a la huelga 4 meses seguidos el año pasado.

—¿Y cómo aguantan la huelga económicamente?

—Las comisiones obreras hacen colectas. Ahora está más organizado. Hace un tiempo se hacían campañas en momentos de apuro. El arcipreste de Mieres, de la JOC, lanzó «la campaña del pan»: comida, ropa y dinero para los huelguistas y los despedidos.

Ahora todo está centralizado por la Comisión Provincial Obrera Unitaria. Obreros de todas las tendencias, elegidos por sus compañeros de la minas y fábricas. Al margen —

¡cómo no!— de los Sindicatos oficiales. La Comisión cuenta con la confianza de toda la red de comisiones obreras de cada mina, de cada empresa.

A mí me parece muy importante el fenómeno de las comisiones obreras. Cristalizan una organización, dirigen la lucha, prefiguran la autonomía de la acción de los trabajadores españoles a escala nacional. Sí, muy importante. Se lo digo.

Pero no es nuevo. En el 62 había más de 50 comisiones obreras en el momento de las huelgas. De ahí salieron los desterrados, los presos...

De todas formas, a partir de entonces, y en relación con el ritmo de la lucha, las Comisiones obreras se han multiplicado; su prestigio ha ido en aumento, sus huecos han sido cubiertos. Según se dice, la Comisión Provincial tiene un presupuesto de 200.000 pesetas al mes. De ello viven los huelguistas durante la huelga, los despedidos durante todo el año. (No hay subsidio de paro oficial para los «agitadores»...) Unas 4000 pesetas al mes por matrimonio, más un tanto por hijo; 3000 pesetas al mes a los solteros. Desde luego, la Comisión Provincial es más generosa que el Sindicato... El asegurar esa base material de la acción de los mineros es hoy por hoy su principal labor.

—Yo la llamo el «Fondo común» —me dice.

La Comisión organiza una colecta mensual el día del cobro. Existe desde [72] septiembre de 1964 en forma regular. Todos sus miembros (de 5 a 7 según los casos) son conocidos de todo el mundo.

—¿No les detienen?

—¡Claro que sí! Continuamente. Pero siempre los sueltan. En cuanto la gente empieza a enfadarse...

La Comisión es una emanación de los mineros, de las comisiones de empresa. Sus hombres, cualquiera que sea su valía, son lo de menos. Lo importante es su existencia. Y su respaldo. A principios de marzo, detuvieron a todos los miembros de la Comisión. A todos menos al católico que no estaba en su casa. Un exseminarista, minero, líder de la JOC. En cuanto se enteró se presentó a la Comisaría de Mieres a que lo detuvieran también. La noticia del encarcelamiento de la Comisión corrió por toda la cuenca. Los hechos son conocidos. El 12 de marzo, todos los obreros se concentraron en Mieres. Más de 10.000. En las calles adyacentes, había cientos de policías. Pero ¡habían detenido a la Comisión! «¡¡A por los presos!!». Una batalla sin pólvora. Pero con sangre. Con palos, a puñetazos, a empujones, resistiendo las cargas desesperadas de los grises, los mineros entraron en la Comisaría, destrozaron el mobiliario, subieron al primer piso, echaron a los policías y rescataron a sus presos.

—No, la Comisión Provincial no es legal, pero como si lo fuera.

Ahora son otros 51 presos los que esperan en la cárcel de Oviedo, a ver qué decide el gobernador. Gajes de la manifestación. Pero lo esencial estaba a salvo.

Pocos días después, fue en Sama. Los grupos empezaban a formarse pero la manifestación no cuajaba. Constantina Pérez, «Tina», sube a la Casa Sindical, se asoma al balcón y empieza a hablar. Un auténtico mitin. La volvieron a detener. Su marido, minero, está en la cárcel desde 1962. Su hija Blanca, de 17 años, se encuentra en la misma situación.

—¿Mucha represión?

—Sí, Claro. Pero el minero está acostumbrado. El minero sabe cuándo entra a trabajar, pero nunca cuándo saldrá de la galería, o si saldrá...

En Asturias, la Brigada Social no es lo más temido. Lo peor son los pistoleros falangistas de Mateu de Ros. Hay aquí algunos casos:

En marzo de 1964, los obreros de la fábrica metalúrgica Moreda, de Gijón, están en huelga. Han hecho dos manifestaciones. En una reunión, se discuten las proposiciones de la empresa. José Manuel Laviada pone en guardia a sus compañeros contra los manejos de la patronal. En la noche del 31 de marzo al 1 de abril, José Manuel Laviada es encontrado deshecho, a causa de una paliza, en el portal de su casa, calle Fernández Villamil 5, Gijón. Conducido al hospital, fallece poco después. Se le entierra en secreto.

Pocos días después, otro minero aparece muerto a palos en La Camocha. Más tarde, un chigre es asaltado por dos individuos que, pistola en mano, [73] lo destrozan. En fin, un minero de La Camocha, llamado Celso, es raptado en un coche en el momento en que paseaba con su mujer. Lo llevan a las afueras. Lo desnudan. «¡Te vamos a matar!» Paliza. «Anda, camina, que te terminamos...» Celso camina, espera, se vuelve: el coche ha desaparecido.

—Esos son comunistas —le dijo la policía. —Para que os deis cuenta.

El jefe de la policía de Oviedo protestó contra la intromisión del gobernador en «sus asuntos». Actualmente, desempeña un cargo en Tenerife.

—¿No han parado?

—Ah sí, ahora sí, desde septiembre. Claro, que desde septiembre no ha vuelto a haber una huelga importante en Asturias...

Las minas de Asturias, ¿poco rentables? Reconversión, nacionalización.

—¿Qué piensan los mineros?

—«Fábrica de Mieres», «Duro Felguera», «Hullera Española» y «Turón» van a concentrar todo. Las empresas pequeñas cerrarán. Ya están seleccionando a los mejores mineros. El resto, al paro.

— O a la emigración.

—Por ahora no les dejan. Si te vas, pierdes todos tus derechos. Y no dan casi pasaportes a los mineros.

—¿No intentáis nada contra estos planes hechos a espaldas vuestras?

—Allí no vemos sólo el problema de Asturias, vemos también el de España. Asturias es la vanguardia. Hay que luchar para permitir a los más retrasados que se nos unan.

—¿Y los emigrantes de otras regiones? ¿Se plantean problemas con ellos?

—La policía intentó separarnos. Pero en las minas no pudieron. Muchos andaluces están al frente de comisiones obreras. En cambio, en la «Ensidesa» de Avilés, la empresa ha conseguido ilusionar a muchos de ellos. Viven aparte, en casas de la empresa, en tiendas de la empresa, en chigres de la empresa.

—¿Las organizaciones...?

—Los católicos, los comunistas... Los socialistas no son muchos. De Toulouse les enviaron sólo una consigna: «Sobre todo, nada con el comunismo».

—Pero, ¿las comisiones obreras...?

—Ahí están todos. Hay unidad. Y son las comisiones lo que cuenta.

—...Hay que tener en cuenta que la huelga no es difícil de hacer. Lo difícil es guiarla, para que vaya a algún lado.

—¿Y la Oposición Sindical?

—Son las comisiones obreras. Desde el momento en que vas contra el Sindicato, contra la empresa, haces oposición sindical.

—Entonces, ¿la Oposición Sindical, más que una organización, es una acción, la acción de las comisiones obreras en las que participan todas las organizaciones? [74]

—Sí, eso. Y en las comisiones están todos. Todos los que de verdad están con el obrero. Porque los obreros no somos idiotas...

-¿Qué es ahora lo más importante?

—El problema de España. Hay que luchar todos juntos. Escala móvil de salarios. Derecho de huelga. Sindicato independiente.

—¿La revolución? ¿El socialismo?

—El obrero parte de las reivindicaciones más inmediatas. En Asturias, económicamente se ha ganado mucho, aunque la subida de precios siempre empuja a tener que pedir más. Pero precisamente los que más ganan son los más combativos. Y estos ven la importancia de la libertad sindical. La lucha ahora es más política. Se pide, ante todo, un sindicato. Y el final de la dictadura.

Piensa. Añade

—Inconscientemente, el obrero también quiere el socialismo.

Así sea.

Jordi Blanc, mayo 1965

Crónica

Ángel Olmo

[José Luis Leal Maldonado]

Trabajadores españoles en el extranjero

Una vez los cantos y las algaradas terminados, los españoles nos convertimos en seres mustios y solemnes. Nadie más serio que nosotros en el tren. Los franceses viajan de forma natural, ¡no faltaba más!; están en su país. Los españoles nos aventuramos en tierra extraña. Los altavoces suenan opacos al atardecer en las estaciones, los cambios de agujas conducen el tren matemáticamente hacia París. Los españoles, a la caída de la tarde, no tenemos ya ganas de hablar: son varios días de viaje. Miramos fijamente el tabique que hay delante o cambiamos de postura en el pasillo. De diez veces que tomamos el tren, nueve va lleno hasta los bordes.

Cuando llegamos ya es tarde. Las habitaciones están alquiladas, los buenos trabajos ocupados. Y la gente nos habla de otros tiempos –confidencialmente– en los que la vida era mucho más fácil; aquellos tiempos (dudan al decirlo) en que nosotros aún no habíamos llegado. Porque venimos a negarles. A amasarles el pan y recogerles la uva. Han tomado gusto al pan que cocemos y nuestra presencia parece recordarles el tiempo en que ellos amasaban.

Tras las manos vienen los brazos, el pecho, la cabeza, el cuerpo entero. Les miramos con los ojos muy abiertos mientras nos lanzan discursos en idiomas que no comprendemos. El intérprete dice que hablan de solidaridad y buenas costumbres. Estamos cansados. El intérprete habla de deberes y derechos. Antes de enviar a cada uno por su lado viene un cura y nos habla también.

Todos nos hablan en este primer día.

Parecen tener prisa por que el pan se amase y cueza.

El día cae –antes que en España– y somos los mismos de siempre.

Dicen que cualquier hombre añora su país cuando está lejos. Para la gran mayoría de los españoles que trabajamos fuera de España es una gran verdad que se manifiesta de mil formas. En el extranjero cualquiera es compatriota de cualquiera. El gallego canta las excelencias de Andalucía y viceversa. Aquello, todo aquello, es España, la gente ríe, habla tu idioma, te comprende. Aquí, en el Norte, la gente es de otra manera. Mucho más cerrada. Van a lo suyo y listo.

Durante el año, en las fábricas, en los bares, en las calles, los españoles hablamos [76] de nuestra tierra, nos acordamos de las piedras de nuestra calle, del tranvía, de la mies en las eras. Al principio con un cierto desencanto. «Allí no hay quien viva.» Según va pasado el año nos acordamos más y más. «¿Qué estarán haciendo ahora los chavales?» Vamos a la cafetería –en estos países no hay tascas– y pedimos cerveza porque el vino es caro. Y bebemos una caña y luego otra, otra. Damos a veces un puñetazo en la mesa. Nos rodean gentes bien vestidas que ahora –ya se han acostumbrado– no vuelven la cabeza hacia nosotros. Viene la camarera. Alguien le dice siempre alguna cosa pensando que no entiende. Si se sonroja es que también es española. Nos disculpamos, se queda un momento de pie junto a la mesa oyendo la conversación. Hablamos de lo de siempre, de nuestra tierra. ¡Lástima que no podamos vivir allá!

Salimos a la calle. Mira, vamos algo mareados. Pues bueno, vamos al baile. A ver qué se saca en limpio. Es sábado por la tarde y los bailes están llenos. Por cada mujer hay quince, veinte hombres; siempre hay algún escándalo. Se hace más tarde aún. Volvemos a la barraca en un taxi que pagamos a medias. La última vez, ¿sabes? El Pedro se va a comprar un coche porque a él, que nació con el pie derecho, le pagan primas. ¡Pues mejor para él! Si ganáramos en España lo que aquí a buenas horas íbamos a salir.

Pasa más tiempo aún y ya no nos acordamos de que «allí no hay quien viva» Todo es bueno allá. ¿Cerveza?, dirás lo que quieras, pero a mí me gusta más aquella. ¿Vino?, ni compararlo siquiera. ¿Que ganas menos? Pues sí, bueno, de acuerdo, ¿y qué? Estoy en mi tierra (aquí se da otra vez un golpe sobre la mesa y se dice un taco) y eso es lo que cuenta.

Volvemos de vacaciones a España, en coche, claro. Lo compramos de segunda, tercera o cuarta mano y lo venderemos otra vez al volver por la mitad de lo que nos costó; pero vamos en coche, para que se vayan enterando. También compramos un sombrero y le ponemos una pluma pequeña. Lo dejamos en la parte de atrás del coche, ¡je, je! para que se vayan enterando de quién soy yo.

Volvemos otra vez de España, hartos, porque no encontramos ningún trabajo. La cerveza de allí es una porquería que no hay quien la trague. Pero lo del trabajo... ¡mira que tener que salir otra vez! Y empieza el ciclo. Primero renegamos de todo, luego vamos a los bares y damos un puñetazo en la mesa porque la familia y los amigos tiran y después de todo ¿de qué te sirve ganar tres veces más si vives amargado? Más adelante volvemos a decir, como la copla, «España no hay más que una». Y todo recomienza.

Visitamos las barracas.

Primera Barraca

Está, como casi todas, en las afueras de la ciudad. Se trata de varios cuerpos de edificio de una sola planta de madera, recién acabadas. No hay comunicación entre ellas. En un extremo hay una cocina común, vieja y destartada, que pertenecía a las viejas barracas que se deshicieron. En las ventanas faltan la mitad de los cristales y delante de cada banco de madera sucio y alargado no siempre hay una mesa, igualmente de madera sucia y gastada. En esta cocina [77] ocurre lo siguiente: cada uno puede hacerse la comida si quiere, pero como da la casualidad que las doscientas personas que viven en las barracas acaban de trabajar a la misma hora y tienen hambre también a la misma hora, hay que esperar una larga cola hasta que llega el turno. Algunos

prefieren cocinar a cielo raso, haciendo un fuego entre dos piedras. Se pasa frío pero se acaba antes. Si llueve no hay otra solución que esperar.

Por dentro la barraca se compone de un pasillo largo al que dan las habitaciones, que son de cuatro camas cada una. En el centro hay una mesa con cuatro taburetes y al lado de cada cama un armario de dimensiones reducidas. Terminantemente prohibido cocinar. La calefacción consiste en unos tubos que atraviesan la habitación a la altura del techo. Los tocamos: están templados. El precio de alquiler de cada cama es de 75 francos por mes.

En el extremo de una de las barracas están los lavabos y los servicios. Preguntamos si hay instalación de agua caliente y nos dicen que sí. Preguntamos si funciona y nos dicen que no.

En una habitación, pequeña, han instalado una cooperativa. En ella se venden conservas, tabaco y bebidas no alcohólicas al mismo precio que en las tiendas. Preguntamos cómo funciona desde el punto de vista administrativo. Nos contestan que no tienen ningún beneficio. Algunos voluntarios se encargan de ir a la ciudad, comprar las cosas y traerlas. No tienen ayuda de ningún género y las rebajas que les hacen en las tiendas son las normales de un cliente asiduo. El responsable de esta cooperativa es un hombre maduro que habla despacio y utiliza con precisión las palabras. Le preguntamos que por qué se dedica a la cooperativa si en definitiva ello le representa un trabajo accesorio y no le produce ningún beneficio material. «A pesar de todo hay que hacer algo», nos contesta.

La gente que vive en esta barraca son peones de la construcción, la mayoría entre 25 y 35 años. Es un día entre semana y, por lo que sea, no tienen demasiadas ganas de hablar. Al asomarnos a las habitaciones, la mayoría, tumbados en las camas, ni siquiera vuelven la cabeza. Un hombre viejo, italiano, nos lleva a su habitación en el extremo del pasillo, más pequeña que las demás pero individual. Nos quiere contar su vida entera, desde la infancia. Saca una botella de un vino muy blanco, muy dulce, que guarda como oro en paño. Es vino de su tierra: Sicilia.

Segunda Barraca

Es un grupo de barracas mucho más viejas que las otras, contruídas de piedra y madera. A un lado están los dormitorios colectivos en los que hay seis y siete camas, con un armario común. En un extremo de la habitación hay un grifo del que sólo sale agua fría. Debajo de cada cama hay una maleta, y en el centro, muy alta, una bombilla. Enfrente están las habitaciones individuales. En cada una vive una familia, muchas de ellas –nos dicen– ilegalmente, pues es muy difícil obtener un permiso para que la mujer y los hijos puedan entrar en el país. Los obreros que habitan estas barracas son especialistas y trabajan en la misma fábrica. La impresión que producen es de vivir en peores condiciones que los de las barracas nuevas de madera. [78]

En el patio, es decir, entre las dos filas de barracas, hay bastantes coches estacionados. Preguntamos si pertenecen a la gente que vive en las barracas y nos dicen que sí. Miramos los coches más despacio: indudablemente son de segunda mano, pero nos sorprende el tipo medio de automóvil. No se trata del famoso «Citroën 2 caballos», sino de automóviles mucho más caros. Incluso hay un Alfa Romeo descapotable y un Mercedes.

La alegría se pierde al llegar a las grandes ciudades. Cuando el tren entra en la última estación del trayecto todo el mundo arma ruido menos los españoles. Miden el terreno tomándole el pulso a éste o aquél nuevo país.

En cada grupo hay siempre una maleta de madera y cien paquetes envueltos en papel de periódico. El último suspiro del periódico de provincias. ¿Quién diría que El Faro de Vigo o El Ideal de Granada iban a acabar sus días en la estación de Austerlitz en París o en las de Colonia o Ginebra?

La llegada es siempre la misma. Unos se quedan parados largo rato, sin saber qué hacer. Van a la primera manifestación visible de la autoridad y preguntan en castellano, despacio (es su forma de hablar idiomas extranjeros), dónde se cambia dinero. Van luego a las oficinas de cambio, dan sus billetes españoles, les dan monedas que no comprenden y parecen siempre esperar que aún les sigan dando. El empleado de la Oficina de Cambio hace pasar al siguiente y el español se aleja despacio, paso a paso, contando lo que le han dado, acostumbrándose a la nueva forma de su sudor.

A otras ciudades no se llega así: en Ginebra hay que pasar la Aduana. Antes, un policía suizo alto y fuerte (¡Qué policías más grandes tienen en Europa!) gritaba a los españoles que esperaran. Y pasaba todo el mundo salvo los españoles. Nosotros los últimos, como está mandado por las reglas del Mercado Común. Y cada uno a demostrar que tiene contrato de trabajo o que es turista de verdad. La policía suiza sabe que los pobres no hacen turismo.

Ahora ha cambiado el sistema. Sin que nadie grite nada, los que no son españoles pasan por detrás de la barrera, por donde en teoría se ponen los guardias. Los españoles pasan por delante. El que no tiene contrato de trabajo y tiene cara de pobre sabe que no podrá entrar en Ginebra. En el tren siguiente lo devuelven a España.

Está prohibido pasar embutidos. Los aduaneros miran las maletas y los paquetes. Algunos se espabilan y ponen en práctica un truco que suele dar buenos resultados: desde que salen de España, todos los papeles llenos de grasa de los embutidos que comen, en vez de tirarlos, los meten de nuevo en la cesta de la merienda. Cuando el aduanero mete la mano en la cesta para ver si hay algo en el fondo, nunca llega al final. Saca la mano llena de grasa y masculla frases tenebrosas en su lengua. Y el español pasa la aduana con varios kilos de embutidos.

En Colonia es peor. Llegan los españoles de los viajes que organiza el Sindicato en trenes especiales. Cada uno lleva colgado del cuello un cartón con su nombre para identificarlo fácilmente. Nuestro comercio de exportación de brazos se desarrolla satisfactoriamente. [79]

— ¿De dónde vienes?

— De Cuenca

— ¿Tienes familia?

— Mujer y dos hijos

— ¿Traes contrato de trabajo?

— No

— ¿Sabes leer y escribir?

— No

— ¿En qué trabajabas en España?

— En el campo.

Donde dice Cuenca puede ponerse sucesivamente: Cáceres, Lugo, Villabuena del Puente (Zamora), Berlanga de Duero (Soria), &c... y el resultado será siempre el mismo. La misma cara, la misma expresión de cansancio, la misma desorientación.

— ¡Si es que a esta gente no hay quién la entienda!

Otro dijo una vez:

— Con lo bonito y lo claro que es el español, ¿por qué tendrán que empeñarse en hablar esos idiomas que nadie comprende?

Si se les dijera que forman parte del «Ejército Industrial de Reserva» nos mirarían con ojos asombrados y dirían:

— ¡Ahí va! ¿Y qué ejército es ese?

Ángel Olmo

Diálogo con el profesor

Enrique Tierno Galván

El profesor Tierno Galván, catedrático de Derecho Político de la Universidad de Salamanca, asume la responsabilidad de un grupo de oposición cuya ideología socialista parece coherente y bien perfilada, aunque se mantenga independiente, al

menos oficialmente, de los restantes grupos y partidos continuadores o herederos del socialismo histórico español. Cuadernos de Ruedo Ibérico ha estimado muy interesante el desarrollo de un diálogo con el profesor, diálogo que asimismo intentará establecer con otros líderes de la oposición.

R. I.: Nosotros, profesor, queremos defender en nuestra revista posiciones marxistas abiertas, con exclusión de todo dogmatismo. Usted, como es generalmente sabido, se proclama socialista. En la polémica actualmente en desarrollo en el movimiento comunista internacional se enfrentan criterios que en la discusión se definen, a la recíproca, peyorativamente: uno de los términos que más circula es el de "revisionismo". Por otro lado, la socialdemocracia occidental, y particularmente la alemana, ha reformado su contenido, abandonando el método marxista. Reina un cierto confusionismo, sino en las ideas, sí en las expresiones y clasificaciones. Usted, que como hemos dicho, se proclama socialista, ¿qué actitud adopta con respecto a la actual situación de la teoría marxista?

TIERNO: Me parece que ustedes conocen mi inevitable inclinación a la exposición sistemática y concisa. Disculpen si en una conversación procedo prácticamente como en un artículo y respondo a las cuestiones enumerándolas.

1. En cuanto socialista me gustaría que los estudiosos y prácticos del marxismo, fuéramos substituyendo el término "revisionismo". No sólo tiene este vocablo una evidente connotación peyorativa, si no que parece indicar de antemano que se corrige dogmáticamente o se pretende dogmatizar la corrección. A mi juicio no hay un revisionismo marxista. El marxismo evoluciona según las condiciones objetivas le imponen y toda reflexión inteligente sobre la obra de Marx y sus comentadores es una contribución al progreso de una teoría, cuya fecundidad exige pluralidad de opiniones y cuyos postulados niegan la posibilidad de una cristalización dogmática. El marxismo no puede ser, por principio, un escolasticismo. No hay pues revisionismo, si no el inevitable proceso mecánico-dialéctico de toda idea de fecundidad [81] excepcional.

2. En cuanto a la actual situación de la teoría marxista, les diré que a mi juicio pasa por un momento de crisis, coincidente con un momento de auge. El marxismo se está convirtiendo en un tema académico. Los "intelectuales", por lo común personas condicionadas por una preparación metafísica y ajenos a las condiciones de vida reales que dan sentido práctico al marxismo, están falsificando una teoría de la acción y un

método para transformar al mundo, en un tema para disertaciones psicológicas, autoanálisis y esquemas previos de una explicación histórica. En la medida en que el marxismo se convierta en una "filosofía", es decir en una explicación concluyente de la realidad, se traiciona a sí mismo. La realidad se conoce por la acción y el proceso de la acción, que es proceso de la especie, no concluye. Ni siquiera es necesario que se convierta en una metafísica; basta que se tome como tema de reflexión sin conectarlo con la dinámica política que necesariamente exige, para que no se pueda hablar de marxismo. En esto se diferencia un marxista de un filósofo marxista. El marxista quiere transformar el mundo; el filósofo marxista quiere reflexionar o conversar sobre el marxismo.

No obstante, es inevitable que los estudios sobre el marxismo aumenten. Marx planteó las cuestiones que hoy son, explícita o implícitamente, los temas vivos del pensamiento culto.

R. I.: Usted disculpe, profesor, una interrupción. Observamos que habla de "filosofía" con menosprecio, o al menos, con algún menosprecio. ¿Cree usted que la palabra y su posible contenido no tienen ya valor?

TIERNO: Su pregunta es oportuna y contribuye a aclarar lo que quiero decir. Cuando hablo de "filosofía" con algún menosprecio, como ustedes dicen, me refiero al saber académico tradicional, que se ampara bajo este nombre y a su tratamiento convencional de temas sin vigencia práctica. A mi juicio, "filosofar" consiste hoy en la reflexión generalizada sobre las preocupaciones más comunes. Quien sepa captar las preocupaciones más comunes y construir un saber sistematizado sobre ellas es un filósofo.

Precisamente su pregunta me permite enlazar con lo que iba diciendo. Marx descubrió las preocupaciones más comunes de nuestro tiempo; citaré las que a mi juicio son principales:

a) ¿Hasta qué punto se puede hablar de un pensamiento "desinteresado", en el sentido de estar más allá de los condicionantes sociales?

b) ¿Cuál es el condicionante social que puede definir de modo más general y último el proceso del pensamiento?

c) ¿En qué medida el análisis de este condicionante demuestra que el pensamiento falsea la realidad y que es necesario cambiar la estructura del elemento condicionante –las relaciones de producción– para que el pensamiento coincida con la realidad?

d) Preciso, por último, que la coincidencia de pensamiento y realidad es una exigencia moral. Conocimiento auténtico y moral deben coincidir; de modo que en tanto cuanto la estructura de las relaciones de producción condicionen [82] el conocimiento y lo clasifiquen según los intereses, quien domine las estructuras de las relaciones de producción, dominará el mundo según sus intereses, desde un conocimiento falseado, que implicará una moral falsa.

No hay duda que estas son preocupaciones comunes y la reflexión, sobre ellas según el planteamiento marxista, es una filosofía que nos ha proporcionado un método hoy inexcusable para el análisis de las estructuras sociales. No hay que olvidar, además, que se está produciendo un fenómeno que es dialéctica y mecánicamente inevitable: la regionalización del marxismo. Toda gran idea, cuando está en conexión real con la práctica, tiende a regionalizarse. Ocurrió con el cristianismo y está ocurriendo con el marxismo. La regionalización responde a exigencias previstas por la propia teoría marxista. Las diversas condiciones objetivas determinan diversas aplicaciones de la misma teoría. Yo veo muy clara, por ejemplo, una regionalización latinomediterránea del marxismo. China y Cuba están dando su propia versión. Esto es un síntoma de fecundidad, no de agotamiento, y es inevitable.

3. Por lo que a mí respecta les diré que es cierto que quienes hacemos el análisis marxista de la realidad sin abandonar las consecuencias implícitas en los supuestos del método nos llamamos de "izquierdas", pero no es menos cierto que el método se generaliza y que hay mucho marxismo en pensadores que, por exigencias de las que no pueden escapar, se llaman, a veces sin demasiada propiedad, de "derechas". Lo mismo ocurre con los programas. No son pocos los programas políticos de grupos de derechas, contruidos sobre supuestos marxistas. Es un buen ejemplo de lo que pudiéramos llamar intensidad ideológica del marxismo.

R. I.: La revolución española —es decir, los intentos de llevarla a cabo—, se ha frustrado reiteradamente a lo largo de los siglos XVIII, XIX y XX. A este repetido fracaso han contribuido en cada caso factores concretos muy diversos: el temor al pueblo por parte de los "ilustrados" del siglo de las luces, la debilidad de nuestra burguesía, la división del proletariado. Es este un tema que conviene afrontar, puesto que puede ser rico en enseñanzas si se plantea con objetividad y se analiza desde el marxismo. Usted, que ha estudiado la historia social española, ¿qué hipótesis podría formular al respecto?

TIERNO: A mi juicio Europa ha avanzado desde el Renacimiento por consecuencia de la dirección y evolución de su dinámica industrial desde la calidad a la cantidad. Quiero decir, que los supuestos desde los cuales se han interpretado los hechos y la propia mecánica de los hechos han sido supuestos cuantativos, en estrecha conexión con el progreso técnico y científico. Las revoluciones modernas, concretamente la Revolución Francesa, son revoluciones desde la cantidad, o si ustedes prefieren, desde la mentalidad cuantitativa que definía al burgués preindustrial. Ya sé que había elementos estético-románticos, pero el romanticismo, en general las exaltaciones de lo cualitativo, suelen ser la contradicción estética del predominio real de la cantidad. En España, por razones que se han comentado muchas veces, ha habido un predominio constante en la clase dirigente de la mentalidad [83] cualitativa, correspondiente a la ausencia de un mercado con dinámica y estructura moderna, hasta fines del siglo XIX. En la medida que la mentalidad estética y predominio de la cualidad coinciden, se tiende a pensar desde unas ideas que se construyen a sí mismas como realidad, sin estar en conexión real con las fuerzas productivas. En el caso español, la debilidad de estas fuerzas productivas produjo una clase directora dominada por la ideología de la cualidad, en constante contradicción con las aspiraciones de cambio, expresadas periódicamente y de modo violento, del pueblo español al que la clase directora no ofreció cauce adecuado para sus reivindicaciones. Se ha buscado siempre lo perfecto, el héroe, la solución de los problemas sociales por la caridad, &c... Por consiguiente, no ha habido revoluciones porque no ha podido haber líderes revolucionarios. Yo no recuerdo en nuestra historia moderna un solo pensador revolucionario de altura. Las condiciones objetivas no han permitido el paso a la cantidad, condición imprescindible para forjar una revolución auténtica. Ahora en las generaciones modernas, tampoco hay revolucionarios. No me atrevo a decir lo mismo con referencia a la generación ascendente, especialmente en la universidad. Canalizar esa mentalidad, de la que descubro algunos síntomas, es una de nuestras mayores preocupaciones; me refiero a los socialistas que hemos superado la mentalidad demagógica proudhoniana o pequeñoburguesa.

R. I.: El socialismo histórico español, y especialmente el Partido Socialista Obrero Español fundado por Pablo Iglesias, a pesar de haber contado con una base social poderosa y con algunas oportunidades favorables, nunca llegó a alcanzar el poder. Nosotros creemos que su nivel teórico fue siempre bajo –y con esto no hacemos más que formular una verdad histórica, no se trata de resucitar viejas querellas ni organizar otras nuevas– lo cual en cierto modo lo desmeduló, frenándolo en su marcha hacia la dirección del Estado. ¿Cómo entiende usted esta cuestión?

TIERNO: El socialismo histórico español no alcanzó el poder –en España nunca ha habido un gobierno por completo socialista–, porque ha carecido de teorías y tácticas de altura. Ha sido un partido socialista tardío, porque surgió en los comienzos de nuestro despegue industrial y no tuvo tiempo ni contaba con las condiciones objetivas necesarias para encontrar el impulso intelectual imprescindible para definir con rigor sus aspiraciones y para construir un programa de gobierno que superase las meras reivindicaciones de clase. Le han faltado programas de movilización nacional y conocimiento bastante de sus fuentes y aspiraciones teóricas. Esto le ha dado una gran dignidad pero también impotencia. Se ha perdido en el laberinto de la pequeñez. En los momentos decisivos no ha tenido un programa coherente, a escala nacional, que ofrecer al país. Desde luego nadie ignora que ha habido en nuestro país algún teórico y dirigente socialista de gran personalidad. Pero eso no basta. La estructura económico-social de España no permitió disponer al socialismo de una organización en equipo, racionalizada, que sacase al proletario de su aislamiento y suspicacia respecto del teórico procedente de la pequeña burguesía, ni ofreció posibilidades suficientes a la clase media culta para colaborar en los cuadros de organización de base. [84]

Sin duda, de no haberse producido la guerra civil, hubiera, como el resto del socialismo europeo, alcanzado este nivel y entrado con más vigor en el sistema de convivencia democrática. Hoy queda como una tarea más que cumplir. Confiemos que no tarde el panorama político y social de España en ofrecerse propicio, ya que no favorable, para que el socialismo realice esta tarea.

R. I.: La oposición española está muy dividida; éste es un hecho que desgraciadamente podemos constatar todos los días. Es obvio que conviene analizar las causas de esta falta de entendimiento entre los distintos grupos, tanto las subjetivas como las objetivas, puesto que el fenómeno en cuestión tiene raíces muy complejas. ¿Cuál es su punto de vista sobre el problema?

TIERNO: La oposición está dividida –en algunos casos llega hasta el fraccionamiento– por una razón fundamental que se corresponde con el paternalismo en cuanto sistema de gobierno. Durante los diez últimos años el régimen español, ha evolucionado hacia un paternalismo que tolera casi toda protesta verbal, pero que no consiente la protesta en cuanto acto. Pasar de la palabra al acto, en el orden de la protesta política, equivale, en la mayoría de los casos, pasar de la libertad a la prisión. La consecuencia de esta situación es el fraccionamiento; porque en política las palabras dividen, las obras unen. Por otra parte, casi todos los españoles coinciden en la protesta verbal y esto contribuye a hacer más confusa la imagen. Los funcionarios, los miembros de Falange, los Tradicionalistas... apenas hay nadie que no proteste contra el sistema, de modo que la protesta generalizada es la base de la ambigüedad de lo que llamamos oposición. A juzgar por las palabras, casi toda España es oposición y oposición consentida. De este "babelismo" es muy difícil escapar. La protesta verbal satisface estéticamente a la burguesía comprometida con el sistema paternalista. A mi juicio esto es peligrosísimo en cuanto es una fuente constante de immoralidad, violencia y falseamiento. Es también fuente de actitudes políticas irresponsables y de la aparición casi cotidiana de liderazgos de un mes. El aglutinamiento de la oposición exige acción política cualificada y la acción está hoy constantemente frenada por el semiconsuelo de la protesta verbal. Tenemos que pasar de las palabras a los hechos, pero ya saben ustedes que a los padres les gusta que sus hijos sean sumisos y que hablen como rebeldes.

R. I.: ¿Pero usted cree que este «babelismo» como le ha llamado, durará mucho tiempo?

TIERNO: No. Si conseguimos encauzar la opinión a través de programas políticos concretos, quizás se logre una acción que vincule. En los grupos de oposición" que tienen conciencia de su función política ya se ha alcanzado este nivel, que se puede resumir así:

1. Que la actividad constructiva tiene que superar el esteticismo que se queda en palabras.

2. Que la política tiende en el mundo moderno a ser más cooperación que competencia. [85]

R. I.: A raíz de las huelgas de abril y mayo de 1962 en Asturias, y de las acciones estudiantiles paralelas, se amplió el equipo gubernamental con la entrada, entre otros, de Manuel Fraga Iribarne, que se presentó ante el país como el hombre de la "liberalización". Enseguida se advirtió que la operación, hábilmente planteada por Fraga, tendía a aislar a los grupos de izquierdas más consecuentes, incorporándose a aquellos que, por la naturaleza de sus reivindicaciones, podían ceder ante el señuelo de la "apertura". Fraga no tuvo éxito y se vio obligado a retroceder muy pronto: el régimen demostraba una vez más su falta de flexibilidad, su incapacidad para imprimir una evolución a las estructuras políticas en que se asienta. ¿Cabe considerar aún, después de esta experiencia, la posibilidad de que una liberalización efectiva –no sólo de palabras–, se realice?

TIERNO: Sería contradictorio con mis afirmaciones antidogmáticas afirmar dogmáticamente que un sistema político cualquiera carece de condiciones de evolución. A mi juicio el régimen español tiene que evolucionar, necesariamente, porque la sociedad española evoluciona. Las fuerzas productivas españolas están rebasando en tal medida el sistema institucional, sobre el que se apoya el Régimen, que apenas existe estructura político-económica que funcione de acuerdo con la realidad. Esto hace inexcusable una evolución del Régimen. No creo que sea una evolución abierta y claramente progresista. Estoy convencido, quizás me equivoque, que será una evolución encubierta y hecha de mala gana; pero es inexcusable. La propia seguridad del capitalismo español –con sus implicaciones atlánticas– exige una evolución. Si la situación actual de incoherencia en la organización, lentitud en las funciones y obscuridad en los principios y las conductas económico-políticas continúa, los intereses oligárquicos corren peligro. Ustedes se harán cargo de que grupos de presión tan inteligentes como el eclesiástico y el financiero no van a dejar que la amenaza se realice. Bajo una u otra fórmula, habrá "evolución" dentro de las coordenadas del neocapitalismo. No hay que hacerse demasiadas ilusiones sobre el signo progresista de la evolución, pero precisamente ahí está, a mi juicio, el papel de la oposición. No tiene sentido exigir un cambio radical que no es hacedero. Debemos contribuir con un estímulo constante a acelerar lo que, para entendernos, llamamos evolución. Este aceleramiento constituye hoy por hoy nuestro papel histórico, hasta que las condiciones objetivas hayan cambiado lo suficiente para crear un sistema democrático con estructura socialista. En esta tarea de estímulo para vencer las resistencias que impiden al país avanzar por el buen camino y acelerar progresivamente su proceso debe unirse la oposición sobre la plataforma más amplia posible. El socialismo, nuestro socialismo moderno, será uno de los estimulantes más eficaces para este progreso y unión. Sería absolutamente incorrecto pedir más. Hay un refrán que tiene plena vigencia en política: "No pedir peras al olmo". Empleando otro lenguaje les diré que el análisis de la estratificación social española y las consecuencias

psicológicas del proceso económico nos llevan a la conclusión de que las reivindicaciones de signo violento son hoy improcedentes. El camino más beneficioso estará a mi juicio, en la movilización ideológica de la clase media, cuyos intereses, no hay [86] duda, han sufrido un grave quebranto.

R. I.: El problema político español ha estado condicionado a lo largo de muchos años por la relaciones internacionales y la guerra fría. ¿Sigue vigente este condicionamiento?

TIERNO: Desde luego. Las relaciones internacionales suponen el condicionamiento recíproco en los asuntos internos y externos de cada Estado. El condicionamiento es mayor en cuanto las actividades económicas han creado estructuras, no sólo interestatales, sino supraestatales, de tal modo que el concepto de soberanía no tiene hoy alcance real si se toma en el sentido de autodeterminación absoluta. En términos generales la política se está convirtiendo, en el ámbito internacional, en política económica, y por consiguiente, la hegemonía política en hegemonía económica. Llevando esta hipótesis a sus consecuencias últimas resultaría que los grupos económicamente hegemónicos serían los que realmente poseen el poder político, de tal manera que una mayor conexión económica entre los grupos dirigentes implicaría una mayor complicidad en las relaciones internacionales. Parece que este proceso —estamos quizá en sus comienzos— es general en Occidente y no debe sorprendernos que el Estado español y la sociedad española estén dentro de él.

Sin embargo, que los intereses hegemónicos internacionales condicionen la vida de un país, hasta el punto de ponerle en contradicción con su pasado y su futuro, dañando a sus intereses básicos, es poco frecuente, sobre todo si la contradicción alcanza niveles irónicos. En el orden internacional, "alinearse" en una determinada dirección no debe significar, en cualquier caso, contradicción sino ventajas generales para el país de que se trate, aunque no sean exclusivamente de orden económico. Pero ustedes me preguntaban España, y sospecho que desmintiendo lo que en un principio dije, empiezo a divagar.

El caso de España ofrece, en este aspecto, a mi juicio, un ejemplo excepcional. El condicionamiento económico de los grupos hegemónicos occidentales, nos ha llevado a contradecirnos con nuestro pasado histórico cultural, de modo que siendo la cabeza natural del Tercer Mundo latino americano, obedecemos a principios hegemónicos

contrarios a los intereses e ideologías de estos pueblos con los que estamos unidos por lazos históricos muy fuertes, vigorizados por situaciones muy parecidas.

En segundo lugar ocurre que el condicionamiento hegemónico a que me estoy refiriendo ha sostenido una estructura económico-política que nos impide entrar en el Mercado Común. Cultural y psicológicamente somos europeos, no obstante no participamos en las instituciones fundamentales que están iniciando la integración europea.

Por último el condicionamiento internacional contribuye poderosamente a que el régimen español encuentre dificultades máximas para salir del problema político en que se encuentra. Tiene que ofrecer una fórmula que satisfaga los intereses hegemónicos de sus protectores que, por ahora, coinciden con los intereses de la clase dominante, pero que no satisfacen los intereses del pueblo. [87]

Se trata, a mi juicio, de un condicionamiento tan fuerte que puede incluso perjudicar en el futuro a la potencia piloto, me refiero a Estados Unidos, si no orienta su política exterior en el sentido de estimular al Estado español a que salga de sus contradicciones.

En todo caso, hay una contradicción máxima que explica en buena parte, desde el nivel internacional, la desorientación política del español medio, e incluso, su perplejidad psicológica. Le ofrecen de continuo mercancía democrática, pero le impiden consumirla democráticamente. La consecuencia irónica es que, al parecer, somos demócratas sin quererlo.

En cualquier caso, como ustedes ven, mi opinión es manifiestamente optimista. Sean cuales sean las condiciones objetivas, externas e internas, dispone el pueblo español de posibilidades de pensamiento y acción capaces de actuar sobre estas condiciones adaptándolas al progreso y al bien del país. Mi confianza no es irracional. A mi juicio, el pueblo español, especialmente la juventud española, poseen, en conjunción, vitalidad, capacidad creadora y deseos de renovación suficientes para ser, con unos u otros condicionamientos, el fulminante de Europa.

R. I.: No compartimos, desde luego, su fe en la eficacia revolucionaria de lo que usted llama "clase media" a través de su movilización ideológica. A este respecto entendemos como tarea primordial la realización de un análisis de las distintas clases que componen la sociedad española y de sus actuales relaciones, sus compromisos y sus luchas. Esta empresa significa, para un marxista, el indispensable punto de arranque para establecer una estrategia y una táctica justas. También nos gustaría discutir con usted acerca de su concepción de la dialéctica. Sabemos que este momento prepara un ensayo sobre este tema, uno de los fundamentales del marxismo. La discusión deberá, pues, quedar relegada hasta la publicación de su trabajo.

Notas. Libros

Jorge Semprún

«Las ruinas de la muralla» o los escombros del naturalismo

1. Lo malo con las novelas en clave –cuando se conoce la clave– es que resulta imposible olvidarse de los hombres, o mujeres, reales, en que se inspiran los personajes. Entonces, al resurgir el hombre tras el personaje, la complejidad de aquél, su riqueza y su polivalencia psicológicas, contrastan crudamente con el esquematismo, la cortedad caricatural de éste: del personaje novelesco. Se me dirá, con razón, que un personaje puede ser mucho más rico, más vitalmente complejo que el hombre real que le dio ser. Pero es que estoy hablando de la última novela de Jesús Izcaray, *Las ruinas de la muralla* {{1) Jesús Izcaray, *Las ruinas de la muralla*. Colección Ebro, París, 1965.}, en la que no ocurre así, en la que ocurre todo lo contrario. Cuando se piensa que Higinio –personaje de la novela– se inspira en el hombre de verdad que fue Benigno Rodríguez, dan ganas de llorar. O de tirarle a Izcaray los trastos a la cabeza, con alguna palabra fuerte de añadidura. El retrato de Higinio-Benigno tiene, en cuanto a la superficie física, palpable, precisión fotográfica. Yo diría que hasta resulta malévolamente una tal precisión fotográfica, un semejante ahínco naturalista en el detalle de la descripción física. Pero lo esencial no es esto: lo esencial es que la personalidad real, compleja, contradictoria, de Higinio-Benigno escapa, por completo, al retrato naturalista que Izcaray propone. Poner en boca de Higinio-Benigno (p. 271), una frase como esa que dice al joven comunista Esteban Valdés: «Ya conoces mi escaso gusto por la grandilocuencia, pero no encuentro otras palabras para decirlo: vosotros veréis

la España [89] prometida», es hacerle hablar por boca de ganso. Tal vez, el ganso, en este caso, sea sencillamente el propio Izcaray.

Pero se me dirá, con razón, que el noventa y nueve por ciento de los lectores de la novela, ni saben que Higinio pretende ser la personificación novelesca del hombre de verdad que fue Benigno Rodríguez, ni han conocido a éste, y que no harán, por tanto, esa comparación que estoy haciendo. Así es, en efecto. Y esta crítica mía es perfectamente subjetiva: total y conscientemente subjetiva. Es un a modo de desahogo personal, la expresión de una cólera privada, ante esta lamentable caricatura de un hombre conocido a lo largo de quince años: conocido, querido y admirado.

Pero, dejemos los humores personales. Vayamos a un problema más fundamental: ¿cuáles son las raíces del naturalismo idealista de Izcaray, que en *Las ruinas de la muralla*, anula todos los valores éticos y estéticos de una novela trabajosamente concebida y escrita?

2. Nos encontramos aquí con un tema ya trillado, teóricamente: el tema del realismo. Desde que Marx y Engels escribieron sobre literatura —no mucho, y casi nunca rectamente entendido— ya se sabe que una obra puede estar compuesta de elementos ciertos y no ser verídica; de trozos o retazos de realidad y no ser realista. Se sabe que el realismo hay que lograrlo al nivel de la estructura interna, dinámica, de la obra de arte, y no al nivel del detalle, aunque la exactitud de éste sea fotográfica. Se sabe que el realismo hay que lograrlo al nivel de las relaciones dialécticas entre la obra de arte y el universo (mundo, sociedad, intimidad) real, y no al nivel de un universo idealizado — barnizado—, no conflictivo, automáticamente en desarrollo hacia un utópico progreso indefinido. Se sabe todo esto, y podía suponerse que Izcaray también lo sabía, al menos teóricamente. Pero en su labor práctica de creación, se ha estrellado, una vez más, contra los escollos ya tradicionales, y ya fastidiosos, del naturalismo. ¿Por qué?

Podría decirse, sencillamente, que por falta de talante, talento y temple de escritor. Escribir es una empresa soberbia y humilde, desesperada e inexcusable: escribir de verdad, quiero decir. Exige muy fuertes virtudes: talento, temple y talante. Y las exige aún más de un escritor comunista, porque en éste la zona de inconsciencia, de azarosa genialidad, se reduce al máximo, dada la precisión crítica de su conciencia ideológica. Pero al margen de razones personales, conviene ahondar un poco en las motivaciones

objetivas de esa falta de talento, temple y talante de escritor, tan evidente en Las ruinas de la muralla.

3. La primera motivación, la principal raíz del naturalismo de Izcaray, reside en su concepción de la política y en el método seguido para introducir la política en su universo novelesco. Me aclaro enseguida, para evitar, en la medida de lo posible, falsas interpretaciones. La raíz del naturalismo de Izcaray no reside en la ideología comunista que le inspira, ni en el hecho de que su novela sea tendenciosa, como diría Engels, de que sea política. Reside en algo muy diferente: en que su ideología no funciona como instrumento crítico, medio de aprehensión de la realidad, sino como mediación ilusoria, cuasi religiosa, entre el proyecto novelesco y la realidad reflejada. Reside la raíz de su naturalismo en que la política nunca está inserta en la situación, sino que es como un barniz, como un pegote apriorístico. La novela, en una palabra, se politiza, mal y superficialmente, sólo en función del autor, nunca en función de las situaciones y de los personajes. Ideología y política son siempre algo exterior a la estructura real de la obra, nunca están interiorizadas.

Parece que en esta ocasión Izcaray ha desoído –pero tal vez no esté en condiciones de oírlo– el consejo de Engels, cuando éste escribía a Minna Kautsky (26 de noviembre de 1885): «Pero creo que la tendencia debe desprenderse de la situación y de la acción mismas, sin que se formule explícitamente, y el poeta no debe verse obligado a dar ya hecha al lector la solución histórica futura de los conflictos sociales que describe». En otra ocasión (carta a Miss Harkness, de abril de 1888), Engels precisaba aún más su pensamiento: «Cuanto más ocultas permanezcan las opiniones políticas del autor, mejor será para la obra de arte. El realismo de que hablo se manifiesta incluso completamente al margen de las opiniones del autor».

Cierto que Engels ha escrito esto en otra época y que sus palabras sólo tienen valor metodológico, pero en este sentido lo tienen, y serio. Aquí surge otro tema, que rebasa las posibilidades de estas notas: la necesidad de someter a una radical crítica marxista la tradición teórica que, de Plejanov a Zdanov, ha ido forjando dogmáticamente los moldes del tan traído y llevado «realismo socialista». Crítica radical para la que ya han ido acumulándose las experiencias históricas y los primeros materiales de elaboración teórica. [90]

Volviendo a nuestro tema de hoy: Lo malo, en Las ruinas de la muralla no es que sobren la ideología y la política: es que están de prestado. Es que no desempeñan su función artística. Es que son elementos de encubrimiento y de idealización de la realidad, en lugar de serlo de su desvelamiento y de su aprehensión realista. Y ello, porque son exteriores a la obra, apriorísticos.

Hay, a este respecto, y en demostración de lo que digo, unas cuantas páginas extraordinarias (cinco exactamente, de la 127 a la 132) en la novela de Izcaray. Se describe en ellas un breve viaje de Esteban Valdés, joven comunista residente en París, y de su mujer, Yvonne, por tierras de Castilla: de Medina del Campo a una ciudad llamada Nobleda, que puede ser cualquier ciudad castellana. Hace años que Esteban Valdés no ha estado en España, y éste es el primer viaje que hace con su mujer. Desde la ventanilla del tren, Valdés contempla el paisaje y lo comenta, para su compañera. Desde sus primeras palabras, nos damos cuenta de que vamos a asistir a un breve curso de formación política acelerada: «No hay paisaje, pero habrá que hacerlo –soñó él volviendo a coger el hilo de su idea anterior. Cuestión de agua, de árboles, de que la gente de estos campos trabaje para sí y no para el diablo... Entonces, esta tierra, probablemente no será tan patética, pero será más humana...» Y yo me pregunto: ¿por qué los comunistas de tantas novelas comunistas hablan como tontos de solemnidad? ¿Por qué son cursis, grandilocuentes y pesados? En el compartimento del tren, Izcaray ha reunido a unos cuantos «personajes típicos», que le van a permitir ilustrar su breve curso político. Allí tenemos al guardia de la Policía Armada, simpático y desastrado, representante químicamente puro de los «miembros de las fuerzas armadas y de orden público, cuyos intereses no consisten en defender un régimen gastado y en plena descomposición, sino en contribuir a que la voluntad popular se abra camino sin violencias sangrientas». (Ahora, no cito a Izcaray, cito un documento político). Allí tenemos al teniente de cuchara, que terminó la guerra civil como sargento, desasosegado y muerto de hambre. Y allí está el alférez provisional que estuvo en el Alto de los Leones, y que fue diez años concejal de Valladolid: honesto y desilusionado. Y tampoco falta la mujer del pueblo, cuyas palabras –*vox populi, vox dei*– como las de un coro griego, van subrayando la moraleja de la historia. Cinco páginas de lección política, incrustada por personajes arquetípicos, según los cánones de una visión apriorística de la realidad.

Para ese viaje, en verdad, no se necesitan alforjas novelescas: con hacer un montaje de documentos políticos, basta. Basta y sobra.

4. La segunda motivación objetiva del naturalismo de Izcaray reside, a mi modo de ver, en el conservadurismo estético del autor. Leyéndole, uno se sorprende a veces al topar con ciertos detalles, que remiten a realidades de la segunda mitad del siglo XX. Porque la estructura formal de la novela está anticuada, tiene un inconfundible sabor de fin de siglo. Se trata de una estructura formal absolutamente inadecuada para aprehender la realidad moderna. Por ello, tal vez –pero no sólo por ello: también por el lastre de una determinada visión política del exilio– no aparecen en *Las ruinas de la muralla* más que trozos de una España inerte, marginal al desarrollo económicosocial de estos años, en que brillan por su ausencia los problemas de las capas y clases sociales en expansión cuantitativa y cualitativa, y, en primer lugar, los problemas de la clase obrera industria . A ratos, la novela nos parece, y no es un juego de palabras, mera investigación arqueológica.

En fin de cuentas, la novela de Izcaray pone crudamente de manifiesto la crisis del naturalismo populista y a medida que nos vamos adentrando en los tediosos senderos de su obra, parece que nos hundimos, desganadamente, entre los escombros del naturalismo.

J.S.

Francisco Fernández-Santos

Un nuevo filósofo marxista

Después de la muerte de Stalin y sobre todo a partir del XX Congreso del Partido comunista soviético, el deshielo ideológico dentro del bloque oriental europeo no ha dejado de seguir un proceso ascendente, a pesar de múltiples altibajos y retrocesos provocados por el miedo de la burocracia a lo desconocido y a la libertad intelectual no estrictamente controlada. La destalinización, impuesta por necesidades históricas y por tensiones sociales y no por el simple arbitrio de los gobernantes, se refleja en el terreno cultural quizás con más vigor y relieve que en otros terrenos, debido probablemente a la menor inercia de la actividad ideológica y a que es en ese terreno donde los absurdos del stalinismo se manifiestan más a las claras. El lado más espectacular de la destalinización cultural lo constituye sin duda la literatura.

Pero hay otro terreno más profundo y decisivo —el de la teoría, el de la filosofía— donde la liberación ha realizado también progresos considerables, aunque más sordos, lentos y ocultos. En esto, las diferencias entre los diversos países del bloque son considerables, a veces acusadas.

En general, la reflexión teórica y filosófica en la Unión Soviética ha seguido, salvo aisladas excepciones, los caminos trillados. Con el estira y afloja característico del periodo post-estalinista, los ideólogos oficiales siguen de todos modos imponiendo casi universalmente la escolástica mecanicista a que el periodo staliniano dejó prácticamente reducida la reflexión filosófica marxista. Los vientos nuevos del marxismo oriental no vienen, pues, de Rusia. Vienen, en cambio, cada vez más fuertes, de algunos países del bloque que, por no haber sufrido durante tanto tiempo la "apisonadora" stalinista y por la mayor afinidad con el pensamiento marxista y la cultura occidentales, han conservado una fuerte vitalidad filosófica. El Octubre polaco llevó a la primera plana de la actualidad a los nuevos filósofos polacos no conformistas -con Kolakowski y Adam Schaff a la cabeza. En Hungría, a pesar de la gran tradición de los Lukacs, Revai, Fogarasi, el movimiento liberador dio sobre todo poetas, novelistas, dramaturgos. En Alemania oriental se mantenía, aunque en difíciles condiciones, el grupo de Ernst Bloch y sus discípulos (hasta que Bloch hubo de marcharse a la Alemania occidental porque las autoridades orientales le hacían imposible su ejercicio docente). ¿Y Checoslovaquia, país al que tantos lazos antiguos y recientes unen a la cultura progresista de Occidente? Aunque más tardíamente, también allí la reflexión teórica se va liberando del ortopédico armazón pseudo-filosófico del stalinismo. Un ejemplo eminente de ello, que vamos a evocar brevemente, es el de Karel Kosik.

A Karel Kosik comienza a conocerse públicamente en Occidente cuando las autoridades checoslovacas le acusan, en 1959, de "revisionismo hegeliano". De todos modos, en Checoslovaquia se ha iniciado ya el deshielo, lo que impide que se tomen contra el filósofo calificado de "revisionista" medidas extremas de coerción, como en la peor época staliniana. Así, a fines de 1963, las ediciones de la Academia Checoslovaca de Ciencias publican en Praga el libro de Karel Kosik, *Dialektika konkrétního. Studie o problematice cloveka a sveta* (Dialéctica de lo concreto. Estudio sobre los problemas del hombre y del mundo). En 1961, la revista italiana *Aut-Aut* publica el texto de una conferencia de Kosik sobre la dialéctica de lo concreto, que es como un avance de los temas fundamentales de su libro. Y a principios de 1964, el filósofo checo interviene, junto con Sartre, Garaudy, Paci y otros filósofos occidentales, en el Coloquio sobre moral y sociedad organizado en Roma por el Instituto Gramsci. El texto de su intervención se publica, con el título de "La dialettica della morale e la morale della dialettica" en la revista del P.C.I., *Critica Marxista* (mayo-junio de 1964).

Se trata sin duda alguna de la mejor contribución hecha al coloquio de Roma, demostrativa de la envergadura intelectual del filósofo checo. Aunque sus textos fundamentales son aún poco conocidos en Occidente (el libro *Dialéctica de lo concreto* está a punto de salir en italiano), Kosik ejerce ya entre los filósofos occidentales una influencia apreciable. Y su nombre va acompañado de viva estimación intelectual, incluso en los medios no marxistas o antimarxistas.

Veamos un ejemplo de opinión occidental sobre Kosik. Nos lo ofrece la revista *Studies in Soviet Thought*, editada en inglés en Dordrecht (Holanda). En su número de septiembre de 1964, Nicolás Lobkowitz, profesor de filosofía de la Universidad de Notre-Dame (Indiana) y discípulo del Padre Joseph Bochenski, por consiguiente nada sospechoso de complacencia para con el marxismo soviético "oficial" expresa su entusiasmo intelectual por el libro de Kosik, que para él sólo puede compararse en [95] potencia intelectual con *Historia y conciencia de clase* de Lukacs. "Si después de la segunda guerra mundial –escribe el profesor Lobkowitz– ha aparecido una publicación capaz de persuadir a los filósofos occidentales de que hay que tomar en serio el marxismo-leninismo, es este libro".

Otro testimonio, éste marxista. En *Crítica Marxista* (enero-febrero de 1964), el crítico checo Lubomir Sochor califica la aparición del libro de Kosik de "auténtico acontecimiento para la filosofía checoslovaca, que hasta ahora no excedía de los límites de un estrecho profesionalismo o de la esfera de la vulgarización de un nivel medio". "Lo demuestra el extraordinario interés que ha despertado esta obra, pues no es sólo que un libro de filosofía atraiga tan rápidamente a los intelectuales de las más diversas profesiones: no sólo filósofos e historiadores sino también escritores, pintores y escultores. Lo demuestran también los calurosos comentarios que han dedicado al libro todas las publicaciones culturales, desde las revistas de ciencias sociales a los semanarios y revistas mensuales de carácter artístico y literario". "Tal interés se relaciona sin duda alguna con la situación general de la cultura checoslovaca, ya que, a medida que se supera la práctica del periodo staliniano, se va tomando consciencia de la acusada vacuidad de una concepción naturalista y cientificista del marxismo en relación con el estudio de la historia."

De esta consagración semioficial de la obra de Kosik quizá alguien deduzca que se trata de una obra prudentemente anticonformista, que cuida de no pasar ciertos límites "oficiales". No hay tal. El libro de Kosik es vigorosamente anticonformista y se opone radicalmente a lo que ha sido y es todavía la línea fundamental de la interpretación soviética del marxismo. Kosik es un marxista decididamente hegeliano, en el sentido

de que frente a toda interpretación vulgarmente materialista o mecanicista del marxismo como "ciencia" positivista y antifilosófica, pone de relieve todo lo que en el pensamiento de Marx es concepción dialéctica no determinista y elaboración de una filosofía de la praxis que debe muchos de sus conceptos a la dialéctica hegeliana. En este sentido, Kosik pertenece a la misma estirpe de pensadores marxistas que Lukacs, Bloch, Gramsci, Kojève, Adorno, Marcuse, Benjamin... "La obra de Kosik –dice Lubomir Sochor– se apoya sustancialmente en una rigurosa diferenciación entre el naturalismo filosófico y la conexas concepción objetivista de la realidad y del sujeto, por una parte, y, por la otra, el materialismo filosófico de Marx, para el que la realidad social objetiva no es una objetividad naturalista, sino praxis histórica de la humanidad". De este modo, Kosik dedica su investigación a aquellos aspectos del marxismo que el stalinismo ha suprimido o tergiversado completamente y que hasta ahora sólo han desarrollado ciertos pensadores marxistas de Occidente, empezando por Lukacs: la dialéctica del sujeto y del objeto, la teoría de la reificación, la teoría del fetichismo de la mercancía, la dialéctica de la totalidad concreta, la teoría de la reproducción espiritual de la realidad... De particular interés en la reflexión filosófica de Kosik es su esfuerzo por elucidar los aspectos ontológicos de la concepción dialéctico-materialista. "En su esencia y generalidad, la praxis desvela el secreto del hombre como ser ontocreador, como ser que crea socialmente la realidad humano-social y concibe por consiguiente la realidad (humana, pero no sólo humana)".

Como ya he dicho antes, la relación del libro de Kosik con Historia y conciencia de clase de Lukacs es estrecha. De todos modos, Kosik rechaza toda concepción escatológica de la praxis revolucionaria, la acepción quiliástica o milenarista de la conciencia de clase (que le ha valido a Lukacs el reproche justificado en este aspecto de idealismo) y la concepción clasicista lukacsiana del arte y la literatura.

Kosik emprende su reconstitución del pensamiento original de Marx a partir de escritos frecuentemente descartados o torcidamente interpretados durante el periodo staliniano, como los Manuscritos de 1844, las Tesis sobre Feuerbach, los Grundrisse der Kritik der Politischen Oekonomie y los trabajos preparatorios de El Capital de 1862-1863. A este respecto, Kosik sostiene la fundamental continuidad entre los Manuscritos económico-filosóficos y El Capital, pasando por los trabajos intermedios, respecto de temas fundamentales como la alienación, el hombre total, la relación entre necesidad y libertad, &c.

Para Kosik, la única realidad está constituida por el hombre y la naturaleza –ambos transformables por la acción humana. No existen leyes eternas, salvo las de la

naturaleza. Todas las demás "leyes" –en particular las relativas al desarrollo histórico-social– son productos de la propia praxis humana, sedimentaciones de su propia actividad. Y la praxis revolucionaria es para Kosik, "el proceso de la humanización del hombre".

Pero Kosik no se limita a reflexionar sobre los textos de Marx y de los marxistas. Ninguno de [96] de los grandes pensadores contemporáneos le es ajeno. Husserl, Heidegger, Abbagnano, Merleau-Ponty, Sartre, Max Weber... están presentes en su obra, a veces en forma polémica y crítica. Ciertos pasajes de su libro recuerdan la Crítica de la razón dialéctica de Sartre. Al contrario que tanto marxista escolástico o stalinizado, Kosik reconoce y utiliza los descubrimientos hechos y los problemas planteados por los pensadores no marxistas. Para él, por ejemplo, la elaboración filosófica del existencialismo no es, como para el marxismo soviético "oficial" –y aun para el peor Lukacs de El asalto a la razón– un producto idealista y decadente de la sociedad burguesa en declive, sino "una transcripción idealista-romántica, un desciframiento dramatizado de los conceptos revolucionarios materialistas".

Gracias a esta asimilación superadora, a esta profunda integración dialéctica, el libro de Kosik logra, dice el profesor Lobkowitz, justificar como pocos la tesis de que la filosofía marxista "es la culminación de la historia de la filosofía desde el Renacimiento".

F.F.-S.

P.S. Después de escrita esta nota he tenido ocasión de leer la traducción, recién publicada, del libro de Kosik (Dialettica del concreto, Bompiani, Milán, 1965). No creo exagerar nada si digo, después de haberlo leído en su totalidad, que el libro del filósofo checo quedará como uno de los textos fundamentales de la filosofía –no sólo marxista– del siglo XX. Y espero que algún editor español o hispanoamericano inicie pronto su traducción. La cultura filosófica en lengua española se enriquecerá con esta obra excepcional que nos llega del corazón de Europa.

Pintura

Joan Roig [Francesc Vicens]

Realismo y formalismo

Cinco pintores españoles exponen en París. Durante el mes de mayo han coincidido en París tres exposiciones de artistas españoles sobre tema español. {(1) «Espagne», pinturas de Hernández, Millares, Ortega y Saura, en la Galerie Peintres du Monde, 43 rue Vivienne. «25 ans de Paix», pinturas de Eduardo Arroyo en la Galerie André Schoeller Jr. 31 rue de Miromesnil. «Saura, Œuvres graphiques» en la Galerie Stadler, 51, rue de Seine.}. La colectiva de la Galerie Peintres du Monde y la individual de Arroyo representan bajo títulos suficientemente explícitos. En cuanto a la exposición individual de Saura, basta la visita para ver enseguida que pese a su título exclusivamente técnico («Œuvres graphiques»), las obras que la componen están en su mayoría enfocadas sobre mismo objetivo.

Creemos que la comparación de las tres exposiciones entre sí ofrece la oportunidad de reflexionar sobre el problema del contenido en arte y sobre esa «constante» que se dice característica del arte español: el realismo. [102]

Para centrar el problema puede servir el texto que J. M. Moreno Galván ha escrito como presentación de la exposición colectiva «Espagne». Dice Moreno Galván: «La «barbarie» de nuestro arte procede de la barbarie de nuestra vida, mantenida, sin posibilidad de compromiso, entre los dueños y los servidores: la violencia es la violencia de la vida entre la justicia y la injusticia; los contrastes máximos han sido establecidos –y obstinadamente mantenidos– en la vida de los hombres que, sintiéndose libres, han sido sometidos, sin embargo, de forma permanente a las tiranías: es el contraste sin término medio, sin vida intermedia, sin clase media, entre la grandeza arrogante de los grandes y la terrible miseria de los pequeños. Permítaseme pensar que, paralelamente a las situaciones sociales que «no pasan de los libros a la vida sino de la vida a los libros» la realidad de un arte realista «no pasa del arte a la vida sino de la vida al arte». Moreno Galván explica que en España, durante el primer periodo de los «veinticinco años de paz», surgió un arte sin fuerza, «irreal pese a su decidido carácter figurativo» interiormente decaído. Era el arte «imperial» de los «ángeles con espadas» y del Valle de los Caídos. «La morbidez de ese

arte no se derivaba –como antes de la guerra civil– del hecho de haberse dejado adormecer en el academicismo de las soluciones, sino más bien del hecho de haber suprimido fraudulentamente los problemas»: Ese arte –dice Moreno Galván– «no era ni sintético ni contradictorio: era andrógino». Y añade que, hacia 1956, lo que desde el extranjero se llamó el «despertar del arte español» fue posible porque coincidió con «el verdadero despertar del pueblo de España». Moreno Galván termina su texto de presentación refiriéndose al movimiento actual «por el cual la actividad creadora asume de nuevo la tradición realista y expresiva de la pintura de España, y aclara: «escribo la palabra realista sabiendo las relaciones que comporta en un mundo conceptual fundamentalmente formado de convenciones. No voy a justificarme largamente: ya sabemos que la representación no es la realidad; un arte es realista cuando su testimonio tiene raíces en la vida».

Efectivamente, el término realismo, a causa de la forma como ha sido manejado, se encuentra en tal situación de confusión que hoy es difícilmente utilizable. Probablemente, los máximos responsables de la confusión que lo ha sumergido son los «teorizadores» del arte pretendidamente marxistas. El resultado es que hoy, después de más de un siglo de desarrollo del pensamiento marxista, no existen apenas las bases de una estética marxista. El término de «realismo socialista» ha caído en tal desprestigio que los marxistas serios han dejado de usarlo, en especial a partir de 1956, es decir, a partir del momento en que se ha iniciado la lucha contra el dogmatismo. Los trabajos más interesantes que el pensamiento marxista ha producido en el último decenio (Antonio Banfi, Roccó Mussolino, Roger Garaudy, Ernst Fischer, &c.) se orientan a explorar los verdaderos problemas que habían sido ocultados y mixtificados durante la etapa estalinista de dogmatización del marxismo: forma y contenido, arte y superestructura, arte y cultura. Garaudy, al enfrentarse –aunque tímidamente– con el desprestigio en que ha caído el «realismo socialista» postula un «réalisme sans rivages».

La formulación que nos ofrece Moreno Galván tiene la ventaja de ser una formulación abierta: «un arte es realista cuando su testimonio tiene sus raíces en la vida». En este sentido, todo arte verdadero (y no la simple decoración) es realista. Esta formulación aparece mucho más clara todavía cuando se aplica a ejemplos concretos, como es el caso de la exposición que Moreno Galván presenta. Se trata de cuatro pintores, uno de los cuales, Ortega, podría ser calificado de «figurativo», y los otros tres, Hernández, Millares y Saura, de «no figurativos». Es evidente que las expresiones «figurativo» y «no figurativo» carecen de todo rigor científico, pero, a falta de otras mejores, nos vemos obligados a seguirlas usando todavía para intentar una clasificación provisionalmente útil.

Así pues, realismo es una categoría estética que no tiene nada que ver con la de pintura «figurativa». Está situada a otro nivel.

Para el espectador atento, las obras de la exposición de referencia permiten otra observación interesante: la que se deriva de la adherencia relativa de forma y contenido en la obra de cada uno de los pintores representados. Hoy –afortunadamente– ya es un lugar común decir que forma y contenido en arte son conceptos que sólo pueden ser separados con fines gnoseológicos. En la realidad de la obra de arte, forma y contenido son categorías que aparecen fundidas e inseparables, puesto que el contenido de la obra de arte sólo es aprehensible a través de la forma. Los artistas saben bien que cualquier variación formal, por mínima que sea, cambia el contenido expresivo, y que –en el proceso de creación– les es imposible disociar contenido y forma. Precisamente la separación metafísica de contenido y forma en la obra de arte ha sido una de las [103] alteraciones más características del dogmatismo en la estética marxista.

Siendo esto así, ¿qué sentido tiene hablar de la adherencia relativa de forma y contenido en la obra de un artista? Al emplear esta expresión nos referimos a un fenómeno bien conocido por la crítica de arte: el academismo, es decir, la reducción a fórmulas, más o menos convencionales, de las posibilidades expresivas de un estilo. Se trata, como es bien sabido, de un fenómeno al que ya se ha acostumbrado todo espectador de la vertiginosa evolución de los estilos en la pintura contemporánea. Todo camino nuevo en la exploración del mundo sensible es abierto por artistas verdaderamente creadores, pero inmediatamente irrumpen tras ellos los seguidores, incapaces de una creación personal, que se dedican a especular con los nuevos hallazgos y academizan rápidamente el nuevo camino abierto por los creadores. El academismo es la utilización de los aspectos puramente formales de un estilo, que así deja de ser un camino capaz de penetrar en nuevas zonas de la realidad, y se convierte en un conjunto de fórmulas convencionales cada vez más incapaces de expresar un contenido. La relación dialéctica entre forma y contenido, característica de toda auténtica obra de arte, queda cortada y deriva hacia la aplicación de fórmulas y de «maneras», hacia los innumerables manierismos, hacia un formalismo incapaz de explorar la inagotable riqueza de la realidad. Creemos que los términos que se oponen entre sí no son realismo y «abstracción» (o «no-figuración»), sino realismo y formalismo {(2) Queremos aclarar que todo arte realista, por el hecho de serlo, es abstracto. Es decir: abstrae ciertos aspectos del inagotable mundo real y, como es lógico, prescinde de otros. Esto es lo que demuestra toda la historia del arte,

empezando por el bisonte de Altamira. Lo que varía en todo arte realista es el grado de abstracción, pero esto es ya otro problema.}

La exposición «Espagne» es muy interesante porque permite ver cómo desde el terreno de la «no-figuración» se producen obras de arte realistas, y como desde el terreno de la «figuración» se puede llegar al formalismo, a la pérdida de contacto con la realidad. En esta exposición, Millares y Saura (pintores «no-figurativos») encarnan el realismo de hoy, en cambio Ortega ("figurativo") y Hernández ("no-figurativo") tienden hacia el formalismo.

Esta constatación aparece de forma mucho más clara si relacionamos entre sí las tres exposiciones mencionadas.

En la Galerie Stadler, Saura expone 67 obras en las que han sido utilizadas gran diversidad de técnicas (tinta, óleo, collage, flomaster, gouache, serigrafía, &c. y las combinaciones entre ellas). El denominador común de todas ellas es la elevada emotividad que caracteriza toda creación artística, la correspondencia entre forma y contenido. Por eso Saura es un gran pintor realista. Y precisamente porque ante cada una de esas obras el pintor se ha planteado una idea, un problema nuevo, y lo ha resuelto sin someterse a ninguna preocupación por la forma, Saura posee un estilo propio, una personalidad.

En la Galerie André Schoeller Jr., Arroyo presenta 15 grandes óleos bajo el título general «25 años de paz». Se trata de un artista «figurativo» que probablemente los amantes de las clasificaciones académicas colocarán en el apartado de la «nueva figuración». Son clasificaciones que no tienen ninguna importancia. Arroyo propone al espectador la crítica de toda una serie de mitos españoles, antiguos y recientes, y para ello –al margen de toda preocupación de estilo– invita al espectador a ingresar en un mundo en el que la ironía y la insolencia circulan en libertad. Porque resulta que incluso aquí, en la «figuración» más legible, también es posible la libertad.

En cambio, en la Galerie Peintres du Monde, Ortega y Hernández muestran cómo – independientemente de su carácter «figurativo» o no– la repetición de fórmulas, la preocupación por las características formales de un estilo, vacían a la pintura de contenido, interrumpen su contacto con la realidad. No conocíamos antes la

producción de Mariano Hernández, pero su muestra en esta ocasión produce al espectador la impresión de ver repetido a tamaños y formatos diversos el mismo cuadro. Las mismas manchas de rojo, ocre, azul y blanco no bastan (aunque se mezclen a ellas las inscripciones Sol, Sombra y Viva España) para comunicar al espectador un contenido que no existe. Con Hernández nos encontramos ante un formalismo «no-figurativo», no ante el realismo. José Ortega, por su parte, sigue desarrollando su serie de campesinos. En realidad, se trata de su campesino, siempre el mismo rostro barbudo y rugiente que viene repitiendo desde hace años. Ortega insiste en su fórmula salida del Picasso de «Guernica».

Es lástima que sus referencias a temas que tienen un dramatismo real, queden en alusiones que tienen más de literario que de plástico. Para que esos temas pudiesen comunicar algo al espectador no basta con la reiteración del mismo rostro estereotipado. El realismo exige correr el riesgo de plantearse problemas nuevos, [104] en lugar de la repetición –evidentemente más comfortable– de una fórmula bien aprendida. Con Ortega nos encontramos ante una pintura que tiende al formalismo (esta vez «figurativo») de manera tan peligrosa como las manchas coloreadas de Hernández.

Leonardo decía «la pittura é cosa mentale». Es decir, la pintura –si es algo más que formalismo, si es realismo–, requiere un esfuerzo mental, requiere un esfuerzo de creación continuo: el planteamiento constante de ideas nuevas y su resolución por procedimientos exclusivamente plásticos. Requiere esa relación dialéctica entre contenido y forma que hace impensables a uno y otra por separado. Estas tres exposiciones de cinco artistas españoles en París son una buena invitación a reflexionar sobre realismo y formalismo. Junto a obras densas, porque su contenido se manifiesta inseparablemente adherido a la forma, encontramos otras que ofrecen – por decirlo con el lenguaje de Leonardo– el extraño espectáculo, por desgracia hoy tan frecuente, de una desmentalización» de la pintura.

¿Dialogar?

La anteúltima maniobra

por Luis Ramírez

«Señores: parecía que íbamos ganando las izquierdas pero resulta que hemos ganado las derechas.» Esta frase atribuida a Pittaluga ante sus alumnos en los años de la República la hacen suya ahora, muy seriamente e invirtiéndola, desde Emilio Romero en Pueblo hasta Rodrigo Royo en SP; desde Arriba hasta Sindicalismo. Señores; parecía que éramos de derechas pero resulta que intentamos ganar con las izquierdas. Más o menos izquierdistas, más o menos democráticos, más o menos obreristas, más o menos enemigos de esto o aquello según más o menos el régimen continúa firme o se trastabilla a punto de caerse.

Durante los primeros meses del año Arriba ha venido publicando unos inesperados artículos sobre la posibilidad de oponerse. De entre ellos dos han marcado más precisamente el nivel variable de sus temores. Uno, «Inmovilismo, oposición y desarrollo» es curioso porque en él, y por primera vez desde el fin de la guerra, el Movimiento pide la paz en vez de exigir el reconocimiento incondicional de su victoria.

El artículo es curioso por que se inicia: «Todo país en desarrollo atraviesa siempre por la necesidad de superar continuamente las dificultades que se le oponen. Dichas dificultades tienen que ver con dos tipos de problemas: los problemas que pudiéramos llamar físicos, tales como crear riqueza, obras públicas, &c.; y aquellos a los que denominaríamos sociales, es decir, el grado de asentimiento, de participación social en las tareas de desarrollo. De entre estos, cabe señalar principalmente dos: el inmovilismo y la negación a participar en una senda evolutiva, como una oposición que no admite diálogo».

El artículo es curioso porque según sus palabras es la oposición al régimen triunfante en la guerra civil quién ha negado el saludo al Poder, quién le ha perseguido silenciándole.

El artículo es curioso porque desarrolla después una alucinada teoría sobre lo que llama: «Actitud opositora a ultranza, esterilizada en su propia rigidez».

El artículo es curioso porque este desarrollo es tan insólito que llega a afirmar que esa oposición coincide a la larga con la burguesía inmovilista en la defensa de los mismos intereses económicos, ya que se niega «al progreso [107] del avance, a la dialéctica del desarrollo». Insistiendo: «Atacar ciegamente, negando al sistema el diálogo que por otra parte se ofrece y se exige, equivale a enfrentarse con el porvenir sin base, sin tradición y sin historia».

Pero el artículo es curioso, sobre todo, por la conclusión con que cierra una argumentación nunca esgrimida antes en la prensa oficial. Esa conclusión de que: «en la dialéctica del Movimiento se conservan latentes dos cosas: primera, la absoluta posibilidad de superar toda tendencia inmovilista; segunda, un repertorio de razones tanto democráticas como sociales, capaces de sobra para calmar y rebasar las más exigentes reivindicaciones» Finalizando: «Todo consistirá entonces en aceptar el juego planteado, en aportar a él con gallardía una función crítica, toda la posible capacidad de construcción junto a una sincera lealtad con el futuro».

Aparte la habitual ambigüedad de la literatura falangista, por primera vez en estos veinticinco años de victoria agresiva, el régimen tiende una mano, ofrece la paz. No discutamos más, parece decir, olvidemos antiguas historias, dialoguemos.

La oferta interesa. El entercamiento en el silencio puede ser una falta de sentido político. El dar la espalda sistemáticamente a toda posibilidad de inserción en la realidad activa de España también. El diálogo es palabra de actualidad. No seamos violentos, todo puede solucionarse siempre con una conversación sincera.

Bien. Dialoguemos. Pero: ¿Cómo? ¿Con quién? ¿Sobre qué? El régimen, el Movimiento, que cuando, ha tenido su fuerza intacta se ha negado a todo cambio de puntos de vista, que ha rechazado siempre no sólo cualquier diálogo sino incluso las más respetuosas peticiones, ahora —ahora que se acelera su descomposición ideológica, ahora que la unidad entre sus componentes es sólo la tapadera que oculta un hervidero de intereses encontrados, ahora que se ha hundido estrepitosamente su plan de desarrollo, ahora que sólo se siente sostenido por la violencia represiva—,

ahora olvida las viejas palabras. La oposición, «horda roja» un tiempo, «asesinos a sueldo» tantos años, «tontos útiles», «conciencias vendidas» son ahora gentes a las que sentar a la mesa, a las que ofrecer tabaco y preguntar amablemente: ¿qué, cómo va eso?

Es difícil aceptar el cambio de modales. Pero la apariencia de ese artículo es tan candorosa que cualquier interlocutor olvida. Olvida que intentó dialogar Grimau, que intentaron dialogar los mineros asturianos en 1962 y 1963 entre otras ocasiones, que lo intentaron los obreros barceloneses en varias fechas; olvida que intentaron dialogar los intelectuales con Fraga en 1963, olvida que intentaron dialogar los universitarios en 1956, en 1957, en 1964 y 1965; olvida que, bien o mal, intentaron dialogar los hombres de Munich, y que quizá quería dialogar Luis Tomás Poveda Sánchez, el estudiante herido gravemente en las últimas manifestaciones universitarias de Madrid, sólo que no le dieron tiempo a abrir la boca. Ese interlocutor olvida que hay una revista que se llama Cuadernos para el diálogo, precisamente, a la que en cada número suprimen la mitad de los originales, es decir, la mitad del diálogo. Ese [108] interlocutor que sigue el sencillo razonamiento de Arriba olvida todos los sucesivos intentos de dialogar, todas las veces que abrió la boca y se la cerraron a bofetadas. A bofetadas físicas y a bofetadas del lápiz rojo de una censura huraña que prefiere el monólogo.

Lo olvida todo puesto que aseguran que todo está cambiando, y porque no es rencoroso. La petición de Arriba debe ser atendida. Hay razones democráticas y sociales sobre las que conversar y quizá incluso sobre las que coincidir. De acuerdo. No nos neguemos la palabra y el saludo. De acuerdo. No nos obstinemos en un silencio hostil. De acuerdo. Hay sitio para todos y posibilidades para mucho. De acuerdo. Dialoguemos por tanto. De acuerdo, de acuerdo, de acuerdo.

Sin embargo, un mes después de ese artículo Arriba publicaba otro, complementándole, que se titulaba «Estrategia de la subversión», en el que sin ceder aparentemente en su postura dialogante hace unas de esas «aclaraciones embarulladoras» a las que tan propensa es la literatura falangista; debe ser el eczema orteguiano mal curado que Falange arrastra desde su infancia.

En ese artículo ya se define tan precisamente a la oposición, y tan en estilo falangista, que oposición puede serlo todo y nada puede ser oposición. Primero aclara que la

subversión no reviste necesariamente formas violentas. Después: Entendemos por subversión la negación total de un orden establecido, el grado más radicalizado de oposición, no sólo funcional sino sobre todo doctrinal, de principios. La estrategia actual de la subversión está formada por una triple operación inteligente y bien dirigida. Consiste en lo siguiente: primero en asumir la bandera de todos los motivos de descontento; segundo, en identificar las deficiencias funcionales del gobierno con defectos sustanciales del sistema; tercero, en capitalizar los errores y las lagunas producidas por y desde el sistema. En toda sociedad hay siempre motivos para el descontento. Algunos de esos motivos son en sí irrealizables, otros tienen perfecta solución. Estos últimos constituyen el objeto de la oposición; al no existir ésta, la subversión los asume y los radicaliza, los lleva al extremo y, sobre todo, los identifica como producto de una misma situación. Dado que el sistema es reacio a conceder lo posible, el paso siguiente es exigir lo imposible por naturaleza».

Aparte de que la frase final debiera decir: «lo imposible por la naturaleza de ese sistema», cosa importante, a través de tal selva de abstracciones parece poderse extraer la sospecha de que la oposición no es todo lo que en el anterior artículo parecía. Es decir, que ya no es la materialización de las fuerzas de opinión que hoy se enfrentan con el régimen sino un mero «reflejo denunciante» de lo que el gobierno, y no el sistema, deja de hacer. Aun admitiendo tanta limitación hay que seguir olvidando gran parte de esos intentos de «hacer oposición» que antes enumeraba como frustrados. Porque ni el diálogo universitario imposibilitado ni el de los intelectuales de plantear públicamente las violencias de la policía con los mineros asturianos, que es un problema que «tiene perfecta solución», ni las denuncias contra la [109] violación de correspondencia que sigue siendo sistemática, caen en la definición de subversión. Como muchas otras situaciones silenciadas ya no sé si por el gobierno o por el sistema.

Porque, además, ¿cómo mantener la diferencia del gobierno con el sistema? El gobierno no es el representante de la colectividad momentáneamente delegada en un grupo determinado, sino el representante permanente de un sistema económico drásticamente impuesto hasta a las «figuraciones» políticas admitidas, como Falange y Arriba saben perfectamente. Los errores del gobierno son automáticamente errores del sistema porque dentro de él no hay lugar a opciones.

La oposición se queda así limitada a reflejo de insuficiencias. El Estado «puede hacer que el centro de gravedad del descontento, de la oposición, pueda ser canalizado desde el sistema. La subversión aprovecha la ausencia del Estado en esa zona

intermedia entre ella y el Estado; ahora bien, el Estado puede comparecer en ese sector de la sociedad, puede atender el descontento, puede admitir la oposición».

El Movimiento admite la existencia de deficiencias, pero no cree en la necesidad de su superación porque sean deficiencias sino para privar de armas a la oposición. «El segundo paso consiste en dejarla sin razones. La subversión maneja como argumento lo que está por hacer y que no puede hacerse. El Estado ha de reconocer la deficiencia y demostrar que es posible corregirla. Quiere decirse que hay que socializar antes de que esto se exija, que hay que dar libertad antes que su necesidad produzca malestar, que hay que recoger las banderas del desarrollo, de la socialización y de la democracia antes de que vayan a ser privativas reivindicaciones de la subversión». Yo creo que lo que esto demuestra es la urgente necesidad que tienen los españoles de que se generalice eso que Arriba llama la subversión, única manera de que las deficiencias se corrijan por unos o por otros.

Pero ¿cómo encarar desde esos supuestos la tarea de la oposición invocada en el primer artículo de la serie? ¿Cómo reprochar el silencio de quienes no saben ni su tarea exacta ni como llevarla a cabo? El diálogo entre un ente real, tangible en sus medios y en sus efectos –con una materialidad agobiante más que palpable, opresiva incluso– con una generalización tan vaga como «oposición» no puede producirse ni espontánea ni inorgánicamente. Porque, y sobre todo después de la imprecisa frontera trazada entre lo lícito y lo intolerable: ¿quién es para el Movimiento la oposición? Y suponiéndola una figura concreta y determinada: ¿cómo y a través de qué medios puede manifestarse? Y después: ¿a quién se dirigiría? No a un jefe de Estado intangible, infalible, sacralizado, casi taumatúrgico, sobre quien jamás ha podido expresarse ni una duda. No tampoco con el jefe del gobierno, que es él mismo. ¿Con quién, a qué escala dialogar?

Un paso más. La revista que dirige Rodrigo Royo, SP, ha publicado a últimos del mes de abril un número de portada restallante: «Después de Franco [110] ¿qué?» La preocupación es evidente. La buena fe de los artículos de Arriba obedece a una situación de miedo inmediato que SP no hace más que sintetizar en su portada. En realidad «Después de Franco ¿qué?» es la pregunta que agita a toda esa marea de «recuperación del Movimiento» la inquietud, el nerviosismo que impone un futuro cada día más imperfecto... y más distante de sus ambiciones o de sus deseos. El artículo recoge toda la teoría de la oposición, primero con un deje implorante, como haciéndose perdonar, después dejando abiertas puertas para una posible –probable más que posible– represión de los opuestos.

¿Cómo opinar, cómo hacer oposición así y frente a quién? ¿Cómo dialogar y con quién? ¿Hacerlo con la ideología política del régimen y sobre ella? ¿Pero cuál es y en quién se encuentra encarnada realmente si la división entre sus componentes inutiliza en la práctica toda definición unitaria? Dialogar quizá con los grupos de presión que conforman y refuerzan el sistema, pero ¿a través de qué canales, de qué cauces si el sindicato es el régimen y no la oposición? ¿Dialogar con la prensa y a través de ella? Pero cómo si la censura sigue siendo un instrumento incontrolado por una posible opinión pública? No sobre la libertad, no sobre estructuras, no sobre los grupos de presión económica, no sobre el tentacular dominio del dinero, no sobre represiones, no sobre la violación diaria del Fuero de los Españoles por las propias autoridades que lo han impuesto, no sobre la situación real en el campo, en las minas, en las factorías industriales o en la Bolsa. No sobre las fechas, no sobre los símbolos, no sobre las personas.

Es difícil así otra cosa que el silencio. Ese silencio necesariamente hostil que posiblemente sea ya la subversión según tan sutiles apreciaciones. Cualquier diálogo es imposible y cualquier oposición se convierte automáticamente en subversión. ¿La invitación a discutir es una trampa? Algo peor: un instrumento de dispersión ideológica, una justificación y una lamentable pérdida de tiempo puesto que quien puede definir lo que es todavía oposición y lo que ya, por un corrimiento inapreciable de los factores, es subversión tiene en sus manos un poder totalitario que esteriliza cualquier intento de diálogo sereno y serio sobre la realidad española.

El número de SP citado, en trance de salvar lo que se pueda de un naufragio que ellos –o para ellos– imaginan inminente, intenta ofrecer algo a cambio de un seguro de existencia. La primera petición de un diálogo franco y sin contrapartida, matizada después por el miedo a la subversión, es ahora ya un sistema de intercambio de seguridades. Después de unos párrafos con más citas a Ortega y la necesaria palabrería pedante del partido para llegar a «conclusiones aristotélicas» nada menos, dice el editorial: «este país está buscando afanosamente el cauce que le permita solidificar y garantizar la continuidad de cara a un largo futuro, de los veinticinco años de concordia sustantiva, que ha venido disfrutando y que le han permitido prosperar en la medida que todos sabemos. Esa búsqueda, ante un horizonte cerrado por la fuerza de las circunstancias, se sintetiza en esta sola y rotunda frase, [111] pronunciada mentalmente todos los días por treinta millones de españoles preocupados: después de Franco ¿qué?».

Ese futuro les preocupa, evidentemente. Respecto a quienes «han prosperado en la medida que todos sabemos» se trata sólo del deseo, muy lógico, de mantener lo que personalmente se ha prosperado sobre una situación que ahora se les escapa. Porque en cuanto a la generalidad de los españoles al margen de un progreso de elemental inercia copio algunos títulos del último número de Sindicalismo, realista falangista: «El dinero de las Mutualidades en la empresa capitalista» y tras cifras de miles de millones de pesetas y el nombre de las empresas a que benefician, un recuadro: «Reforzando el capitalismo» con este párrafo; «Estas son algunas cifras reveladoras que pueden servir para que muchos españoles comprendan la realidad. Con el dinero de los trabajadores, a través de las inversiones de Montepíos y Mutualidades, Instituto Nacional de Previsión y Cajas de Ahorro, se financian las grandes empresas, para beneficio, principalmente, de los controladores de ellas. Es decir, que las inversiones de los trabajadores sirven para reforzar las posiciones de los capitalistas, sin que a ellos les valga un solo puesto en los consejos de administración, ni una participación activa en la vida y dirección de cualquiera de los organismos directivos de la empresa».

Sindicalismo puntualiza a SP indirectamente: «¿Dónde quedan las ocho horas de trabajo? Vuelven las jornadas agotadoras». Y también: «El desamparo de los jurados y enlaces» en cuyo texto denuncia: «En los últimos meses han sido despedidos, por su inquietud social, treinta y nueve trabajadores de la Empresa Nacional de Autocamiones Pegaso (Factoría de Madrid) y ocho jurados y enlaces fueron suspendidos de empleo y sueldo, como trámite previo a su separación de la plantilla de la Empresa». Después, y antes, asegura que los Sindicatos no pueden hacer nada por impedirlo y que esos obreros serán despedidos siempre que «su actividad sindical llegue a ser considerada molesta o perjudicial para los intereses capitalistas».

Los sindicatos, el gobierno, las empresas, el sistema: ¿dónde está la diferencia? Y enfrentarse a esa situación mediante los escasos medios de que puede disponerse, extralegales por la teoría misma de los sindicatos, ¿es oposición o subversión? ¿Es atacar al sistema protestar por medios que, según falangistas citados, no pueden ser los sindicales? Pero no disponiendo de otros medios y siendo notorias esas «deficiencias»: ¿por qué cauces hacer transcurrir la oposición a esas medidas del gobierno que son imposiciones del sistema y consustanciales con él?

Todo no es más, entonces, que una simple maniobra. La última maniobra de un régimen asustado en ocasiones y envalentonado después, provocador y suplicante, indeciso, anárquico en su dirección y en sus decisiones. ¿Dureza o diálogo? ¿Quién sabe ya lo que conviene...? Maniobra para perdurar, maniobra para conservar la mera

aparición física del Movimiento que sabe que desaparece, que se borra, que se esfuma y no por empuje de la oposición sino porque cada día le sirve para menos al sistema.

Mitad súplica, mitad amenaza, maniobra, son también las palabras finales [112] del editorial que firma Rodrigo Royo: «El Movimiento Nacional debe ser a España lo que la Corona es a Inglaterra, o la Constitución es a Estados Unidos, o el Partido es a Rusia. Debe ser el gran tabú, el único tabú, aquél que no se discute, con objeto de que todos los demás pequeños tabús –en los que abunda España en demasía– puedan ser abolidos». Luego: «Y si el Movimiento Nacional se entendiese así, los señores de la oposición podrían hacer a decir todo lo que les viniera en gana. Que echen por delante su profesión de fe en el Movimiento Nacional, que digan explícitamente que ellos también están a este lado de la trinchera, y entonces podremos dialogar, discrepar, discutir y tirarnos los trastos a la cabeza como buenos amigos. Pero que nieguen el punto fundamental, que se coloquen y se declaren en la trinchera de enfrente, y entonces verán cómo reponemos en escena la dialéctica de los puños y las pistolas, en la que les podemos dar muchísimas lecciones. Que no se equivoquen en esto los señores de la oposición». «Miradas así las cosas puede verse con toda claridad que el problema del futuro de España no es tan oscuro como a algunos les parece a primera vista».

El resumen es fácil. La «oposición» si es en la conciencia del Movimiento algo más tangible que un elemento fantasmagórico al que se apela mecánicamente, necesita de un instrumental, de una técnica de dialogar y de un respeto más una libertad para, aceptando el orden material, discrepar en lo que razonadamente considere discrepable, sea el Movimiento o no. Y ese instrumental sólo puede dárselo quien hasta ahora ha cerrado todos los caminos y monopolizado todas las técnicas políticas e informativas.

Lo demás, las diferencias entre oposición y subversión, los «exámenes de ingreso» con pruebas eliminatorias como la fe en la trinchera, la amenaza para quienes no la acepten, y hasta la vaguedad en que se deja el camino para que se opongan quienes acepten el Movimiento Nacional –¿pero a qué oponerse entonces?, a disentir sobre el alcantarillado nadie puede llamarlo oposición...– es sólo maniobra, un intento final de salvarse del naufragio. La última maniobra. Mejor dicho, la anteúltima, porque la más última, la que cierra brillantemente toda la argumentación falangista sobre la oposición es la que España acaba de vivir: centenares de guardias armados, docenas de agentes de la brigada política han atacado brutalmente en Bilbao, San Sebastián y

algunos otros lugares, a los obreros que trataban de manifestarse pacíficamente el primero de mayo ante una situación económica que se agrava día por día y ante una situación sindical totalmente degradada ya. Los obreros han sido golpeados, detenidos, apaleados nuevamente en las comisarías. Ha habido numerosos arrestos previos. Toda reunión prohibida. Deformación de la verdad en los periódicos.

Esa sí que es la última maniobra. La última y la primera, porque lo mismo es el primero de mayo de 1965 que el 18 de julio de 1936. Las discusiones, las puntualizaciones, Ortega y Aristóteles, la dialéctica y la oposición, son elementos admitidos a escala de corbata. A escala de alpargata, el régimen, el gobierno y el sistema no conocen más diálogo que la violencia.